DUDA RAZONABLE
EVIDENCIA
TESTIGO?
11:15 AM
"DUDA RAZONABLE"
SALVADOR RANGEL ABUD

DUDA RAZONABLE

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

La sala de deliberaciones huele a café rancio y a decisión aplazada. Doce jurados han escuchado el mismo juicio, visto las mismas pruebas, y habitan conclusiones irreconciliables. El caso Wilson —un ingeniero en sistemas acusado de haber saboteado remotamente una infraestructura crítica, provocando la muerte del director financiero de la empresa que lo despidió— ha producido una fractura que siete días de deliberación no han podido cerrar: siete votos por culpabilidad, cinco por absolución. No hay ignorancia en esa división. Hay algo más perturbador: interpretación.

Duda Razonable es una novela coral de deliberación jurídica que explora la pregunta más difícil que un jurado puede enfrentar: no si el acusado es culpable, sino si la evidencia disponible es suficiente para saberlo. Cuando el juez Ezra Steinberg introduce en la sala a SURA —un sistema de inteligencia artificial diseñado para orientar la deliberación sin decidir su resultado—, los doce jurados se enfrentan no solo al caso Wilson sino a algo más incómodo: la arquitectura de su propio pensamiento.

SURA no vota. No sentencia. No introduce información nueva. Hace algo más perturbador: muestra al jurado cómo está deliberando. Qué argumentos descansan en hechos verificados y cuáles en inferencias plausibles. Qué dudas surgen de vacíos reales en la evidencia y cuáles surgen del miedo, la urgencia o la incomodidad con la responsabilidad de decidir. Y en esa distinción, que ninguno de los doce habría podido hacer con la misma precisión por sus propios medios, reside la pregunta central de la novela: ¿puede una herramienta que ayuda a los seres humanos a pensar mejor hacerlo sin influir en lo que piensan?

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene deliberación jurídica de alta complejidad técnica, un debate filosófico sobre los límites del conocimiento humano bajo incertidumbre, una inteligencia artificial que no decide pero que transforma todo lo que toca, y un veredicto que no resuelve la ambigüedad que lo produjo. Contiene también doce seres humanos que intentan hacer algo difícil de la manera más honesta posible y que no siempre lo consiguen. Eso, más que el caso Wilson, es de lo que trata esta novela.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado con más de cien novelas publicadas.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Duda Razonable

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela jurídica / Thriller de ideas / Ficción filosófica

Extensión: ~32,000 palabras aproximadamente

Estructura: Prólogo + 15 capítulos + Epílogo

Ambientación: Tribunal Federal del Distrito, ciudad no identificada, tiempo presente

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que el futuro ya está formulando: ¿puede la inteligencia artificial participar en los procesos de decisión colectiva sin sustituir la decisión misma? No como herramienta de cálculo ni como árbitro de verdades, sino como espejo cognitivo: algo que muestra a los seres humanos cómo piensan para que puedan pensar mejor. La respuesta que propone *Duda Razonable* no es tecnológica ni jurídica. Es epistémica. Y la pregunta que deja abierta al terminar es, quizá, la más importante que los sistemas de justicia tendrán que responder en las próximas décadas.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información:

creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

jurado · duda razonable · inteligencia artificial · deliberación jurídica · sistema judicial · evidencia · inferencia · thriller de ideas · filosofía del derecho · novela jurídica · novela en español · ética tecnológica · decisión bajo incertidumbre · orientación cognitiva · precedente

TEMAS PRINCIPALES

Duda Razonable no trata sobre tecnología sino sobre epistemología aplicada: cómo los seres humanos distinguen —o no pueden distinguir— entre lo que saben y lo que creen saber, entre la duda que surge de la evidencia y la duda que surge de sí mismos. A lo largo de sus quince capítulos, la novela explora la duda razonable como concepto jurídico y como experiencia vivida, la inteligencia artificial como herramienta de orientación que no decide pero que transforma, la deliberación colectiva como proceso cognitivo con sus propias patologías y sus propios límites, y el veredicto como acto de responsabilidad moral que ningún sistema puede asumir por quienes lo producen.

CITAS DESTACADAS

"La evidencia no habla por sí misma. Nunca lo hace."

"No estoy diciendo que Wilson sea inocente. Estoy diciendo que no tengo certeza suficiente de que sea culpable. Y esa diferencia, finalmente, es la única que importa en esta sala."

"Estoy aquí para ayudarles a ver mejor lo que ya tienen. No para decirles qué ver."

"SURA no nos dio la honestidad. Nos dio la claridad que la honestidad necesita para ser útil."

"La justicia no depende solo de la evidencia. Depende de la calidad del pensamiento con que la evidencia es procesada."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *Duda Razonable* un territorio narrativo cercano, con el rigor filosófico y la tensión dramática que le son propios.

Reginald Rose (*Doce hombres en pugna*): la sala de deliberaciones como escenario de conflicto humano donde las posiciones son el reflejo de quienes las sostienen, aunque en *Duda Razonable* el antagonista no es el prejuicio sino la complejidad epistemológica.

Arturo Pérez-Reverte (*La tabla de Flandes*, *El club Dumas*): la inteligencia como herramienta narrativa, el análisis como forma de tensión dramática, y la certeza como lujo que los personajes más honestos nunca pueden permitirse.

Franz Kafka (*El proceso*): la opacidad de los sistemas de justicia como experiencia existencial, aunque *Duda Razonable* propone que esa opacidad puede ser, al menos parcialmente, iluminada.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Catherine Cavallo afirma que su experiencia médica en la toma de decisiones bajo incertidumbre la capacita para deliberar, pero también la condiciona. ¿En qué sentido puede la experiencia profesional convertirse en un sesgo dentro de un proceso jurídico?

Spencer Truman llega a la sala razonando por convergencia —buscando el punto donde la mayor evidencia apunta en la misma dirección— y Donna Lasalle razona por fisura —buscando el punto donde la narrativa se quiebra—. ¿Cuál de los dos métodos le parece más apropiado para un jurado penal? ¿Por qué?

SURA distingue entre duda estructural, duda inferencial y duda proyectiva. ¿Cree usted que esa distinción es válida como criterio jurídico? ¿Debería el sistema de justicia adoptarla formalmente?

Jonas Mann vota culpabilidad como único jurado en un resultado de once a uno. ¿Su voto representa un fracaso del proceso deliberativo o su más alta expresión?

El epílogo describe tres corrientes de reacción al caso Wilson: la que abraza SURA, la que lo cuestiona filosóficamente, y la que lo usa sin escrutinio. ¿Cuál considera usted más probable que prevalezca? ¿Cuál sería más deseable?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). *Duda Razonable*. Internet Archive. https://archive.org

MLA: Rangel Abud, Salvador. *Duda Razonable*. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *Duda Razonable*. Internet Archive, 2026.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de ciento sesenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller histórico, la novela de ideas, la ficción filosófica, la crónica costumbrista, el drama psicológico, la novela política, la ficción especulativa, la sátira social y —como demuestra esta entrega— la novela jurídica de alto contenido filosófico con propuesta concreta sobre el futuro de la justicia.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Los sistemas de justicia llevan siglos confiando en que doce seres humanos, encerrados en una sala, pueden llegar a una verdad que el proceso probatorio no pudo establecer con certeza. Esa confianza no es ingenua. Es la apuesta

más honesta que una sociedad puede hacer sobre sí misma: que la deliberación colectiva, cuando es honesta, produce algo que ningún individuo ni ningún algoritmo puede producir solo.

Duda Razonable no argumenta contra esa apuesta. Argumenta que puede hacerse mejor. Que las herramientas que ayuden a los jurados a ver con más claridad lo que ya tienen —sin decidir por ellos, sin sustituir su juicio, sin eliminar la incertidumbre que el caso no permite eliminar— son herramientas que la justicia tiene la obligación de considerar seriamente.

El precedente que deja el caso Wilson no es tecnológico. Es la posibilidad de pensar mejor antes de decidir.

Y eso, en el territorio donde la libertad y la condena se producen, vale la pena intentarlo.

ÍNDICE

PRÓLOGO: La grieta en la mesa
CAPÍTULO 1: La arquitectura de la acusación
CAPÍTULO 2: El jurado como campo de fuerzas
CAPÍTULO 3: La duda razonable como territorio incierto
CAPÍTULO 4: El empate estructural
CAPÍTULO 5: La propuesta del juez Steinberg
CAPÍTULO 6: La entrada de SURA
CAPÍTULO 7: Cartografía de la deliberación
CAPÍTULO 8: La calidad de la duda

CAPÍTULO 9: El espejo cognitivo
CAPÍTULO 10: La sospecha sobre la máquina
CAPÍTULO 11: El colapso de una certeza
CAPÍTULO 12: La depuración del desacuerdo
CAPÍTULO 13: La casi unanimidad
CAPÍTULO 14: El límite de la orientación
CAPÍTULO 15: El veredicto
EPÍLOGO: El precedente silencioso

DUDA RAZONABLE
Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

La grieta en la mesa

Sala de deliberaciones, Tribunal del Distrito Norte de California, día doce

Hay un tipo de silencio que solo existe en los lugares donde se decide el destino de alguien. No es el silencio de la ausencia, sino el de la acumulación: doce respiraciones contenidas, doce pares de manos sobre una mesa que ha visto demasiadas horas, doce cerebros que giran sobre el mismo eje sin encontrar salida. Ese silencio lo conozco bien. Lo he escuchado en salas de urgencias, al pie de camas donde la medicina ya no tiene más que ofrecer y lo que resta es la decisión.

Nunca imaginé que volvería a escucharlo en una sala sin monitores, sin expedientes clínicos, sin la asepsia tranquilizadora del protocolo. Una sala con sillas de respaldo rígido, una ventana de persiana fija y una pantalla apagada

en la pared que durante once días no fue más que un rectángulo oscuro, testigo mudo de todo lo que dijimos y de todo lo que no pudimos decir.

Escribo esto seis meses después. No como integrante número siete del jurado del caso Wilson, sino como médico que aprendió algo sobre el pensamiento humano que ningún posgrado le había enseñado. Escribo porque el silencio de esa sala merece ser articulado, y porque lo que ocurrió en ella —lo que permitimos que ocurriera, lo que decidimos aceptar— tendrá consecuencias que ninguno de los doce alcanzamos a medir del todo cuando salimos por esa puerta.

Permítanme empezar por el principio. No por el crimen, no por el juicio, no por las pruebas que durante semanas desfilaron frente a nosotros como piezas de un rompecabezas al que le faltaba la imagen de referencia. Permítanme empezar por la votación inicial, porque en ese primer conteo de manos alzadas se reveló todo lo que vendría después.

Siete votos por culpabilidad. Cinco por absolución.

No era una división entre personas informadas y personas ignorantes. No era la brecha entre quienes habían puesto atención durante el juicio y quienes habían soñado despiertos. Era algo más desconcertante, más profundo, más difícil de remediar: era una fractura en la interpretación. Doce personas que habían escuchado las mismas palabras, visto las mismas pruebas, padecido el mismo calor en esa sala de audiencias con el sistema de aire acondicionado deficiente, y habitaban conclusiones que no lograban tocarse.

Luke Wilson. Ingeniero en sistemas. Treinta y ocho años. Consultor externo de Nexura Infrastructure durante tres años. Especialista en detectar las grietas de los sistemas antes de que se convirtieran en catástrofes. Acusado de haber provocado precisamente eso: una catástrofe.

Fue una sobrecarga en una subestación automatizada. Una explosión. Un hombre muerto: Sterling Vanderbilt, director financiero de la compañía, el mismo que había ignorado las advertencias de Wilson sobre los recortes presupuestales que debilitaban los protocolos de seguridad, el mismo que había firmado la terminación de su contrato.

La narrativa de la fiscalía era seductora en su coherencia. Registros de acceso remoto vinculados a credenciales de Wilson. Comandos ejecutados con precisión técnica que solo alguien con conocimiento interno del sistema podría replicar. Un conflicto previo documentado. Un motivo que cualquier jurado podía entender sin necesidad de formación técnica: la humillación del experto ignorado, la represalia del profesional desplazado.

La defensa no destruyó esa narrativa. Hizo algo más inquietante: le mostró las costuras.

Las credenciales no habían sido completamente desactivadas tras la salida de Wilson. El sistema no contaba con doble factor de autenticación en el módulo crítico. La secuencia de comandos ejecutados podía haber sido reproducida por alguien con acceso a la documentación interna. Y la intención… esa intención

que la fiscalía presentaba como consecuencia lógica de los hechos, no era deducible de los datos técnicos. Era una interpretación. Una interpretación plausible, sí. Pero una interpretación.

Siete personas vieron en eso una cadena de evidencia suficiente. Cinco vimos una cadena de inferencias que no podía sustentar una condena.

Sí…Yo estaba entre los cinco.

No por simpatía con el acusado, al que nunca había visto fuera de la sala de audiencias y cuya expresión durante el juicio era la de alguien que ha aprendido a no mostrar lo que siente porque sabe que cualquier cosa que muestre será interpretada. No por desconfianza automática hacia la fiscalía, que presentó su caso con una solidez que reconocí y respeté. Sino porque en veinte años de medicina de urgencias he aprendido que la diferencia entre lo probable y lo demostrado puede ser la diferencia entre la vida y la muerte. Y aquí, en esa sala, era la diferencia entre la libertad y la prisión.

Conocí a Spencer Truman en la primera ronda de presentaciones del jurado, esa liturgia incómoda en que doce desconocidos intercambian nombres y ocupaciones como si eso fuera suficiente para construir un equipo capaz de decidir sobre la vida de otro. Exmilitar. Cuarenta y seis años. Hombros cuadrados y una forma de escuchar que sugería que ya había procesado la información antes de que el otro terminara de hablar.

Spencer veía en la cadena de evidencia lo que había aprendido a ver en los informes de inteligencia: una estructura con dirección, una lógica que señalaba un objetivo. La duda, para él, era un estado transitorio que la información correcta debía eliminar. Y la información correcta, en su lectura del caso, ya estaba sobre la mesa.

Donna Lasalle era todo lo contrario. Profesora de filosofía. Cincuenta y dos años. Cabello gris recogido con la indiferencia de quien ha dejado de prestarle atención a ese tipo de cosas hace mucho tiempo. Donna desconfiaba de las narrativas perfectas con la misma sistematicidad con que Spencer confiaba en las cadenas de mando. Para ella, que una historia encajara demasiado bien era evidencia de que alguien la había ensamblado. La duda razonable no era un obstáculo para la justicia. Era su condición de posibilidad.

Jonas Mann tenía cincuenta y un años, un negocio de importación de artículos de cocina en el centro de la ciudad y la mirada de alguien que ha pasado demasiados años resolviendo problemas concretos para tener paciencia con los abstractos. Jonas quería una respuesta. No necesariamente la respuesta correcta en sentido filosófico, sino una respuesta que le permitiera salir de esa sala y regresar a su vida. Esa urgencia, que en principio parecía pragmatismo, iría revelándose a lo largo de doce días como algo más complicado: el miedo disfrazado de eficiencia.

Y luego estaba yo. Catherine Cavallo. Médica intensivista. Cuarenta y cuatro años. Acostumbrada a tomar decisiones bajo presión con información incompleta, a actuar sobre la hipótesis más probable cuando la certeza es un lujo que el tiempo no permite.

Creí, al inicio de ese proceso, que esa experiencia me daba ventaja. Que sabía algo sobre la incertidumbre que los demás no sabían. Tardé varios días en entender que me había equivocado en la dirección del error: no me faltaba tolerancia a la duda. Me sobraba. Y ese exceso tenía sus propias distorsiones.

Durante los primeros once días, deliberamos. O algo que se parecía a deliberar desde el exterior, pero que desde adentro tenía más la forma de una trinchera: cada uno desde su posición, repitiendo argumentos que el otro ya conocía, esperando que la repetición produjera el efecto que la lógica no había logrado. Siete a cinco. Siete a cinco. Y se repetía una y otra vez. El ritual de la votación se convirtió en una confirmación de que nada cambiaba, y esa confirmación endurecía las posiciones en lugar de suavizarlas.

El juez Ezra Steinberg recibió el informe de estancamiento y tomó una decisión que ninguno de nosotros esperaba. No declaró el juicio nulo. No nos instruyó a seguir deliberando sin más. Vino a la sala —algo inusual en sí mismo— con una gravedad que anticipaba la excepcionalidad de lo que estaba por plantear.

Existe un sistema experimental, nos dijo. Se llama SURA. Ha sido desarrollado para contextos de alta complejidad deliberativa. No emite juicios. No sugiere veredictos. No introduce información nueva al proceso. Analiza la estructura lógica de los argumentos y clasifica la naturaleza de las dudas presentes en la deliberación.

La reacción fue inmediata y reveladora. Spencer preguntó por la cadena de mando del sistema. Donna preguntó quién había definido los criterios filosóficos de sus clasificaciones. Jonas preguntó cuánto tiempo tomaría. Yo no pregunté nada. Pensé en algo que mi jefa de residencia me dijo durante el primer año de especialidad, cuando me sorprendió mirando el monitor cardíaco en lugar de al paciente: las herramientas no piensan por ti, Cavallo. Pero sin las herramientas correctas, tampoco tú piensas bien.

Votamos ocho a cuatro para aceptar la intervención. Yo voté sí. Donna votó no, con una honestidad que respeto: no confío en que ninguna herramienta sea neutral. Jonas votó sí porque quería que algo cambiara. Spencer votó sí con reservas que enunció en voz alta para que quedaran registradas en su propia conciencia.

Lo que ocurrió después no fue lo que ninguno esperaba. No porque SURA resolviera el caso. Sino porque hizo algo que once días de deliberación humana no habían logrado: nos mostró cómo estábamos pensando. Y al vernos pensar, empezamos a pensar de otra manera.

No mejor en sentido absoluto. No con certeza donde antes había duda. Pero sí con una claridad sobre la naturaleza de nuestras propias incertidumbres que cambió la calidad de la conversación de una manera que todavía no sé cómo describir sin recurrir a metáforas médicas. Fue como la diferencia entre un dolor referido y un dolor localizado. Seguía siendo dolor. Pero al menos sabíamos dónde buscarlo.

El veredicto al que llegamos no fue perfecto. Ningún veredicto lo es. Fue consciente, y eso —lo entiendo ahora— es algo distinto y más difícil de alcanzar.

Escribo esto porque lo que vivimos en esa sala merece ser contado. No como victoria de la tecnología sobre la limitación humana. No como advertencia sobre los peligros de delegar el pensamiento a las máquinas. Sino como algo más preciso y más incómodo: como la historia de doce personas que aprendieron, en doce días y con ayuda de una herramienta que ninguna de ellas había pedido, que la justicia no depende solo de la evidencia. Depende de la calidad del pensamiento con que la evidencia es procesada.

Y esa calidad, descubrimos, puede mejorarse.

La pregunta que nos dejó el caso Wilson —la pregunta que, estoy convencida, seguirá abierta mucho después de que este testimonio sea olvidado— no es si la inteligencia artificial debe participar en los procesos judiciales. Es cuánto de lo que llamamos justicia ha dependido siempre, sin que lo supiéramos, de la calidad del pensamiento humano en un momento dado. Y cuántos veredictos diferentes habrían producido las mismas pruebas si los doce jurados hubieran podido verse pensar.

Esa es la grieta en la mesa. No la que dividió al jurado en siete y cinco. La otra. La que lleva ahí desde siempre y que, por primera vez, alguien tuvo la incomodidad de iluminar.

CAPÍTULO 1

La arquitectura de la acusación

Sala de deliberaciones, Tribunal del Distrito Norte de California, día uno

La sala de deliberaciones huele a café rancio y a decisión aplazada. Son las diez de la mañana del primer día y ya hay algo en el aire que sugiere que esto va a durar más de lo que cualquiera quisiera admitir. Doce sillas.

Una mesa rectangular que en otro contexto sería simplemente funcional, pero que aquí, con doce personas sentadas alrededor de ella, adquiere la solemnidad involuntaria de los objetos que presencian momentos que importan. Una jarra de agua. Dos jarras de café. Una pantalla apagada en la pared norte que nadie ha mencionado todavía.

Harriet Hucklberry fue elegida presidenta del jurado en los primeros diez minutos con esa eficiencia silenciosa que producen las personas que irradian competencia sin esfuerzo aparente. Contadora pública, cincuenta y ocho años, manos siempre sobre la mesa y mirada siempre sobre el interlocutor. Su primera decisión es tan razonable que nadie puede objetarla, lo cual sospecho que era exactamente el punto.

—Antes de votar quiero que cada uno diga brevemente cómo leyó el caso —propone, con un tono que no admite discusión sin parecer autoritario—. No para convencer a nadie. Solo para entender desde dónde parte cada quien.

Las intervenciones se suceden durante casi una hora. Las escucho con la misma atención con que escucho a un paciente describir sus síntomas: buscando no solo lo que dice, sino la lógica que organiza lo que dice. Hay jurados que empiezan por la evidencia técnica.

Los hay que empiezan por el móvil. Y los hay que empiezan por Wilson mismo, por lo que vieron en su cara durante el juicio, por algo en su manera de sentarse que les pareció demasiado controlado o no suficientemente angustiado. Ese último grupo me preocupa, pero todavía no es el momento de decirlo.

Spencer Truman habla primero, sin que nadie se lo pida, con los antebrazos apoyados sobre la mesa en un gesto que es casi una declaración de principios.

—Para mí es claro. Wilson tenía acceso. Wilson tenía el conocimiento técnico. Los registros lo ubican en el sistema esa noche. Y tenía razones para hacerlo. Cuatro elementos. Los cuatro apuntan en la misma dirección. Eso no es coincidencia.

—Eso es una narrativa —responde Donna Lasalle, sin levantar la vista de sus notas—. Una narrativa bien construida. Pero narrativa al fin.

Spencer la mira con la paciencia tensa de alguien que ya anticipaba la objeción y la considera insuficiente.

—¿Usted distingue entre narrativa y evidencia?

—Siempre —dice Donna, y ahora sí levanta la vista—. La evidencia son los registros de acceso, la secuencia de comandos, el conflicto previo. La narrativa es la conclusión de que todo eso lo hizo Wilson deliberadamente con intención de causar daño. Esa conclusión no está en los registros. La puso ahí Sorpasso.

Jonas Mann, que había estado mirando su vaso de café como si esperara que le diera alguna señal, interviene con la impaciencia de alguien que lleva demasiado tiempo en una reunión que debería haber terminado antes.

—A ver, seamos prácticos. ¿Alguien en esta mesa cree que fue un accidente? Porque si fue un accidente, la defensa tenía semanas para probarlo. Y no lo probó.

—La defensa no tiene que probar nada —dice Donna—. Esa es exactamente la cuestión.

—Lo sé, lo sé —Jonas agita una mano—. Teoría jurídica. Pero en la práctica, si tienes una explicación alternativa, la presentas. Y ellos no presentaron ninguna que se sostuviera.

—Presentaron la vulnerabilidad sistémica preexistente —digo—. Los informes técnicos que el propio Wilson había elaborado documentando fallas en el sistema. Un perito independiente que testificó que la subestación estaba en condiciones de fallar sin intervención externa.

—La fiscalía respondió a eso —dice Spencer—. Dijo que esas fallas no explican la secuencia específica de eventos. Que no hubo fallo espontáneo sino

alteración deliberada. Y eso quedó probado. Lo que no quedó probado, según la defensa, es quién hizo la alteración.

—Exactamente —dice Donna—. Ahí está el problema. La alteración está probada. La autoría, no.

Jonas suelta una pequeña carcajada sin humor.

—Dios mío. Vamos a estar aquí un mes.

—Quizá —dice Donna, impávida—. La libertad de un hombre vale un mes.

Harriet interviene antes de que Jonas responda.

—Propongo que revisemos las pruebas en orden. Empecemos por los registros de acceso, que son la columna de la acusación, y vayamos una por una.

Es la decisión correcta. El expediente pasa de mano en mano. Los registros de acceso tienen la frialdad de los documentos técnicos: fechas, horas, identificadores de sesión, direcciones IP, una secuencia de comandos ejecutados con una lógica que el perito de la fiscalía explicó durante hora y media con la paciencia de quien sabe que está hablando para personas que no son ingenieros.

Autenticación. Elevación de privilegios. Desactivación de protocolos de seguridad. Modificación de parámetros de flujo energético. Todo en un orden que, según el perito, no podía ser accidental.

—Lo que me cuesta aceptar como definitivo —digo, después de releer las páginas— es el vínculo entre las credenciales y la persona. El perito de la defensa fue muy específico: esas credenciales no habían sido desactivadas completamente tras la salida de Wilson. Y el módulo crítico no tenía doble factor de autenticación activo.

Spencer no cede terreno.

—El perito de la defensa dijo que era posible que las credenciales hubieran sido suplantadas. No que lo hubieran sido. Hay una diferencia enorme entre posible y demostrado.

—La misma diferencia que hay entre probable y demostrado —respondo—. Y esa diferencia es la que separa la sospecha fundada de una condena penal.

—La dirección IP corresponde a la zona donde Wilson vivía —insiste Spencer—. No es cualquier lugar del mundo. Es su barrio.

—Vivía —dice Donna, subrayando el tiempo verbal—. Meses atrás. Ya no residía ahí en el momento del incidente. Y una IP de zona no identifica a una persona. Identifica a un proveedor de servicios en una colonia.

Spencer exhala por la nariz, un gesto que en él equivale a conceder un punto sin verbalizarlo.

—Bien. Asumamos por un momento que las credenciales pudieron ser suplantadas. ¿Por quién? ¿Con qué propósito? ¿Y por qué esa persona elegiría precisamente las credenciales de Wilson, de entre todas las que podría haber usado?

—Para incriminarlo —dice Donna, con una calma que roza la provocación.

—¿Y quién querría incriminar a Wilson?

—Alguien a quien le convenía que el foco recayera sobre él. Alguien con acceso real al sistema y con más que perder que Wilson si la investigación miraba en otra dirección.

El silencio que sigue es denso. No porque el argumento sea irrefutable, sino porque abre una puerta que hasta ese momento nadie había querido nombrar. Jonas la cierra de inmediato.

—Eso es especulación pura. No hay ni una sola prueba de que alguien haya armado esto contra Wilson.

—No hay ni una sola prueba de que Wilson lo hiciera —replica Donna—. Hay indicios. Hay coherencia circunstancial. Pero no hay prueba directa. Esa es la realidad del caso.

Decido intervenir antes de que la conversación se convierta en un intercambio de posiciones sin avance.

—Hay algo que quiero poner sobre la mesa y que creo que no hemos examinado con suficiente cuidado: el testimonio sobre el conflicto previo. Sorpasso lo usó para construir el móvil. Pero cuando Jackson presentó los mismos correos, la imagen cambió completamente. Wilson no amenazaba a Vanderbilt. Le advertía sobre riesgos reales que después resultaron ser exactamente lo que él decía.

—La advertencia y la represalia no se excluyen —dice Spencer—. Puedes tener razón sobre los riesgos y aun así reaccionar mal cuando te ignoran y te sacan.

—Cierto —admito—. Pero entonces el móvil deja de ser transparente. Se vuelve interpretativo. ¿Estamos condenando a Wilson por lo que hizo o por cómo interpretamos su estado emocional después de perder el contrato?

Jonas apoya los codos sobre la mesa y se frota la cara con ambas manos.

—Lo que me resulta difícil de ignorar es la secuencia de comandos. Spencer lo dijo antes y tiene razón: no es alguien que entró al sistema y pulsó un botón. Es alguien que supo exactamente qué desactivar y en qué orden para provocar ese resultado específico. Ese conocimiento no es genérico. Es particular. Y Wilson lo tenía.

—Wilson lo tenía —confirma Donna—. Y también lo tenía cualquiera que hubiera tenido acceso a la documentación interna del sistema. Jackson lo demostró. La secuencia de comandos ejecutados en la noche del incidente es idéntica a la secuencia documentada en un informe de pruebas que Wilson mismo elaboró dieciocho meses antes. Ese informe estaba en los servidores de la empresa. Accesible para cualquiera con permisos de nivel medio.

Spencer la mira un momento antes de responder.

—¿Usted está diciendo que alguien leyó el informe de Wilson y lo copió para inculparlo?

—Estoy diciendo que esa posibilidad no fue descartada. Y si no fue descartada, genera duda razonable.

—Genera una hipótesis —dice Spencer—. Hay diferencia.

—En derecho penal, una hipótesis alternativa coherente y no descartada es exactamente lo que constituye la duda razonable.

Hay un silencio breve en que cada uno parece tomar nota mental de dónde quedó el intercambio. Lo rompe Jonas, y lo hace por el lado que menos esperaba.

—¿Alguien más sigue pensando en la presencia de Vanderbilt esa noche? Porque a mí eso no me cierra.

—La fiscalía dijo que fue coincidencia —respondo.

—La fiscalía dijo que fue irrelevante —corrige Donna—. Que el objetivo del sabotaje era el sistema, no la persona. Que la muerte de Vanderbilt fue una consecuencia no buscada por el autor.

—Lo cual —añado— cambia la naturaleza del cargo. Si no hubo intención de matar a Vanderbilt específicamente, el dolo eventual que Sorpasso construyó con tanto cuidado empieza a verse diferente.

—No necesariamente —dice Spencer—. Si saboteas deliberadamente una infraestructura crítica, asumes el riesgo de que alguien muera. No importa quién. Eso sigue siendo dolo eventual. No necesitas apuntar a una persona específica para responder por su muerte.

—Es un argumento jurídicamente válido —admite Donna—. Pero la pregunta que yo me hago es otra: ¿qué hacía Vanderbilt ahí? No estaba programado que visitara la subestación esa noche. No hay registro de que hubiera comunicado a nadie su intención de ir. Simplemente apareció. Y murió.

—Las personas hacen cosas no programadas —dice Jonas—. Eso no es evidencia de nada.

—No es evidencia. Pero es una irregularidad que nadie explicó. Y las irregularidades que nadie explica en un caso donde todo lo demás encaja demasiado bien merecen al menos una pregunta.

—¿Cuál? —dice Spencer, con un tono que sugiere que está dispuesto a escuchar aunque no a cambiar de postura.

—¿Y si Vanderbilt sabía que algo podía fallar esa noche? ¿Y si su presencia en el lugar no fue coincidencia sino consecuencia de información que tenía y que nunca salió durante el juicio?

El silencio que sigue es de otro tipo. No el silencio del desacuerdo, sino el de una posibilidad que nadie había formulado en voz alta y que ahora, una vez dicha, no puede retirarse.

—Eso abre un escenario completamente diferente —digo, pensando mientras hablo—. Si Vanderbilt sabía que el sistema podía fallar esa noche, alguien se lo dijo. Y si alguien se lo dijo, ese alguien sabía lo que iba a ocurrir. Y si sabía lo que iba a ocurrir, probablemente fue quien lo provocó.

—Que no necesariamente era Wilson —completa Donna.

Spencer apoya las manos sobre la mesa con la precisión de alguien que pone un punto final.

—O era Wilson, que le avisó para que no estuviera ahí y Vanderbilt decidió ir de todas formas. O era Wilson, que quería que estuviera ahí y por eso lo hizo cuando supo que iba a ir. Las dos interpretaciones son igualmente posibles con lo que tenemos.

—Exactamente —dice Donna—. Igualmente posibles. Y cuando dos interpretaciones opuestas son igualmente posibles con la evidencia disponible, lo que tienes es duda razonable.

Harriet levanta una mano con suavidad pero con autoridad.

—Creo que hemos cubierto suficiente terreno para una primera votación. Podemos seguir después del resultado.

Las papeletas circulan. Las recoge. Las cuenta sin dramatismo, con la misma expresión con que probablemente revisa columnas de números en su despacho.

—Siete por culpabilidad. Cinco por absolución.

Nadie celebra. Nadie protesta. Spencer asiente levemente, como confirmando algo que ya sabía. Donna cierra su cuaderno sin comentario. Jonas mira el techo con una expresión entre el cansancio y la resignación. Yo anoto el resultado y, debajo, casi sin pensarlo, una pregunta que no tiene destinatario concreto pero que desde ese momento no me abandonará:

¿Estamos evaluando la evidencia o estamos evaluando nuestra propia capacidad para vivir con la duda?

Afuera, en algún lugar del edificio, Luke Wilson espera. Yo no sé si es culpable. Y lo más perturbador de todo es que tampoco sé si lo que siento al no saberlo es rigor intelectual o cobardía moral disfrazada de escepticismo.

Esa distinción, comprenderé después, es exactamente el corazón del problema.

CAPÍTULO 2

El jurado como campo de fuerzas

Sala de deliberaciones, Tribunal del Distrito Norte de California, días uno y dos

El segundo día empieza con el mismo café y una tensión diferente. La del primer día era la tensión de quienes se miden antes de pelear. Esta es la de quienes ya saben cómo pelea el otro y han pasado la noche calculando. Llego diez minutos antes de la hora y encuentro a Spencer ya sentado, con el expediente abierto frente a él y un subrayador en la mano. Me saluda con un gesto de cabeza. No hay hostilidad, pero tampoco calidez. Hay la cortesía funcional de dos personas que respetan la inteligencia del otro sin compartir sus conclusiones.

Donna llega puntual, con un libro bajo el brazo que no llega a abrir en todo el día. Jonas llega tres minutos tarde, con cara de quien ha dormido mal, y se sienta con el peso específico de alguien que preferiría estar en cualquier otro lugar. Los demás jurados ocupan sus sillas en el orden que ya se ha vuelto costumbre, esa organización tácita que los grupos humanos establecen en los primeros días sin que nadie la proponga y sin que nadie la note hasta que alguien la rompe.

Harriet llama al orden y propone retomar desde donde se quedaron: la pregunta sobre la presencia de Vanderbilt en la subestación, que el día anterior quedó sin respuesta satisfactoria para ninguno de los dos bandos.

—Antes de eso —interviene Spencer, dejando el subrayador sobre la mesa con cuidado—, quiero proponer algo. Creo que estamos debatiendo de manera desordenada. Mezclamos hechos con interpretaciones, pruebas con hipótesis, y eso nos impide avanzar. Propongo que hagamos una distinción formal: lo que está probado en el expediente por un lado, y lo que es inferencia por el otro. Si logramos ponernos de acuerdo en qué columna va cada elemento, la discusión será más productiva.

—Me parece razonable —dice Harriet.

—Me parece una trampa —dice Donna, pero lo dice sin animosidad, como quien enuncia una observación técnica—. Porque la división entre hecho e inferencia no es neutral. Depende de a quién le corresponde demostrar qué. Y en este proceso, la carga de la prueba está completamente del lado de la fiscalía.

—Nadie está discutiendo eso —dice Spencer.

—Entonces aceptemos que la columna de hechos probados es más corta de lo que la fiscalía quisiera, y la de inferencias es más larga de lo que admitió Sorpasso en su alegato final.

Jonas, que ha estado escuchando con los brazos cruzados, decide intervenir.

—¿Podemos hacer ese ejercicio sin convertirlo en otro debate sobre quién tiene razón? Porque si Spencer propone escribir dos columnas y Donna lo convierte en un argumento antes de que tengamos el papel, vamos a seguir igual que ayer.

Hay un silencio breve. Luego Donna asiente, con la expresión de quien concede el procedimiento sin conceder el fondo.

—Bien. Hagamos las columnas.

Harriet pide una hoja grande al guardia que vigila la puerta y la coloca en el centro de la mesa. Spencer toma el subrayador. Durante los siguientes veinte minutos, el jurado construye algo que ningún abogado habría aprobado en su forma pero que tiene una utilidad que todos reconocen: una cartografía tosca del caso.

En la columna de hechos: hubo una alteración deliberada en los parámetros del sistema. Las credenciales usadas estaban registradas a nombre de Luke Wilson. La secuencia de comandos ejecutados coincide con documentación

elaborada por Wilson. Hubo un conflicto laboral documentado entre Wilson y la empresa. Vanderbilt murió como consecuencia de la explosión.

En la columna de inferencias: Wilson ejecutó la alteración. La dirección IP corresponde a Wilson. La intención era causar daño. El conflicto laboral constituyó un móvil suficiente para el sabotaje.

—Ahí está —dice Donna, cuando la hoja queda sobre la mesa para que todos la lean—. La acusación se construye casi enteramente sobre la segunda columna.

—La segunda columna son inferencias razonables a partir de la primera —dice Spencer—. Eso es exactamente lo que hace la fiscalía en cualquier caso donde no hay confesión ni video. Nadie graba sus crímenes.

—Inferencias razonables no es lo mismo que prueba suficiente —responde Donna.

—¿Cuánta prueba es suficiente para usted? —Spencer lo pregunta sin ironía, y eso lo convierte en la pregunta más honesta que se ha formulado en esa sala —. Porque si el estándar es la certeza absoluta, ningún juicio produce condenas. Y si el estándar es la probabilidad razonable basada en evidencia sólida, este caso la supera.

Donna lo mira un momento antes de responder, y en ese momento noto algo que no había visto hasta entonces: no hay desprecio en su mirada. Hay algo más parecido al respeto de quien reconoce que el argumento del otro es mejor de lo que quisiera.

—El estándar no es la certeza absoluta ni la probabilidad razonable. Es la ausencia de duda razonable. Y eso, Spencer, es un estándar deliberadamente asimétrico. Deliberadamente difícil de cumplir. Porque el sistema prefiere absolver a un culpable antes que condenar a un inocente.

—Lo sé —dice Spencer—. Y también sé que ese estándar puede convertirse en un escudo detrás del cual nadie paga por nada.

—¿Y preferiría un sistema donde pagar por algo sea más fácil aunque a veces sea el equivocado quién paga?

El silencio que sigue es incómodo para todos, incluyendo para mí, que llevo varios minutos sin hablar porque estoy ocupada haciendo lo que hago cuando un caso clínico me supera: observar el sistema completo antes de intervenir en él. Y el sistema que tengo frente a mí no es el caso Wilson. Son cuatro personas —Spencer, Donna, Jonas y yo— que no solo discuten sobre evidencia. Discuten desde lugares distintos sobre qué significa saber algo con suficiente certeza para actuar sobre ello.

Jonas es el primero en romper el silencio, y lo hace por el camino más corto.

—¿Alguien quiere más café?

Hay una pequeña risa colectiva que no es alegría sino alivio. Harriet aprovecha para proponer un receso de quince minutos. Durante ese tiempo, me quedo en la sala mientras los demás salen a estirar las piernas. Miro la hoja con las dos columnas. Pienso en cuántas veces en urgencias he tomado decisiones

basadas exactamente en esa segunda columna, en inferencias construidas sobre indicios, en probabilidades que nunca alcanzan la certeza pero que son todo lo que el tiempo permite. La diferencia, me digo, es que cuando me equivoco en urgencias el paciente muere o sobrevive, y en ninguno de los dos casos va a prisión por algo que no hizo.

Cuando el jurado regresa, la dinámica ha cambiado ligeramente. El receso ha servido para que cada uno recalibrase. Spencer vuelve más reflexivo. Donna vuelve con el libro que traía bajo el brazo, lo abre un momento, escribe algo en el margen y lo cierra. Jonas vuelve con dos vasos de café, uno para él y uno, sin decir nada, para mí.

—Quiero hablar de algo que creo que no hemos discutido lo suficiente —digo, cuando todos están sentados—. El perfil de Wilson. No su perfil psicológico, porque eso sería especular. Su perfil profesional. Este es un hombre que dedicó tres años a detectar vulnerabilidades en ese sistema. Que elaboró informes documentando fallas. Que advirtió repetidamente sobre los riesgos que representaban los recortes presupuestales. Y que, cuando lo ignoraron y lo despidieron, no amenazó a nadie, no hizo declaraciones públicas, no interpuso ninguna denuncia formal adicional. ¿Ese es el perfil de alguien que meses después ejecuta un sabotaje técnico que termina en homicidio?

—El perfil no es evidencia —dice Spencer.

—No. Pero es contexto. Y el contexto importa cuando la evidencia directa no existe.

—Jackson usó exactamente ese argumento —dice Jonas—. Y Sorpasso respondió que el perfil de alguien que advierte repetidamente y es ignorado repetidamente es exactamente el perfil de alguien que llega a un punto de quiebre. Que la acumulación de frustraciones no lo absuelve. Lo explica.

—Explicar no es justificar, y justificar no es demostrar —digo—. Si usamos el perfil para construir el móvil, tenemos que usarlo también para evaluar la plausibilidad de la conducta. Y la conducta que se le imputa a Wilson es un sabotaje técnico cuidadoso, ejecutado de manera remota, en el que el único vínculo con él son credenciales que nunca fueron desactivadas y una dirección IP de zona. Eso requiere un nivel de frialdad y premeditación que es perfectamente compatible con el perfil de alguien metódico y técnico. Pero también es perfectamente compatible con el perfil de alguien que fue elegido precisamente porque su perfil técnico hacía su incriminación creíble.

Donna levanta la vista de su cuaderno.

—Eso es lo que llevo dos días queriendo decir y no había encontrado la manera de decir sin que sonara a novela de espías.

—Sigue sonando un poco a novela de espías —admite Jonas—. Pero ya entiendo el argumento.

Spencer apoya las manos sobre la mesa, una a cada lado de la hoja con las dos columnas, y las mira durante un momento antes de hablar.

—Voy a decir algo que quizá no esperan de mí. El ejercicio de las columnas fue útil. Más de lo que pensaba. Hay inferencias en la segunda columna que yo asumí como hechos sin cuestionarlos, y eso no está bien. Eso no significa que cambie mi conclusión sobre el caso. Pero sí significa que tengo que ser más preciso sobre en qué baso esa conclusión.

Es la concesión más significativa que ha hecho desde el primer día, y todos lo saben. Donna no celebra. Harriet anota algo. Jonas asiente despacio.

Antes de que Harriet pueda retomar la conducción, habla por primera vez en todo el día un jurado que hasta entonces había permanecido en un silencio tan consistente que casi había logrado volverse invisible. Se llama Raymond Alekine, técnico en telecomunicaciones, cuarenta y tres años, y cuando abre la boca lo hace con la precisión de alguien que ha estado formulando lo que va a decir durante horas.

—Perdón que interrumpa. Quiero decir algo sobre la secuencia de comandos, porque creo que hay un detalle técnico que no se discutió bien durante el juicio y que a mí me parece importante.

Todos lo miran. En diez años de jurado —o eso supongo, porque ninguno ha hecho esto antes— debe de ser raro que alguien rompa un silencio de dos días con esa clase de autoridad tranquila.

—La secuencia de comandos que desactivó los protocolos de seguridad —continúa Raymond— requería no solo conocimiento del sistema, sino acceso a los manuales de configuración internos de Nexura. Esos manuales no son públicos. No están en internet. No se consiguen preguntando. Están en los servidores de la empresa, protegidos con permisos de acceso específicos.

—Eso ya se dijo —apunta Spencer—. Wilson tenía esos permisos durante su contrato.

—Durante su contrato, sí —dice Raymond—. Pero lo que no se discutió es cuántas otras personas en Nexura también los tenían. El perito de la fiscalía habló del acceso de Wilson. Nadie preguntó cuántos accesos de nivel equivalente existían en el sistema en el momento del incidente.

El silencio que sigue es diferente. No es el silencio del desacuerdo sino el de una omisión que acaba de volverse visible.

—¿Usted sabe cuántos eran? —pregunta Donna.

—No. Nadie lo preguntó. Y eso me parece una laguna importante en el caso de la fiscalía.

Spencer frunce el ceño, no con hostilidad sino con la concentración de alguien recalibrando.

—Sorpasso dijo que Wilson era la persona con más conocimiento específico del módulo crítico.

—Dijo que era la persona cuyo conocimiento estaba mejor documentado —corrige Raymond, con una paciencia que sugiere que ha estado esperando decir esto desde el primer día—. No es lo mismo. Que el conocimiento de

Wilson estuviera documentado porque él mismo elaboró los informes no significa que nadie más en esa empresa tuviera acceso equivalente al sistema. Significa que nadie más lo había puesto por escrito.

Harriet lo mira con algo que se parece al reconocimiento.

—¿Por qué no lo dijo antes?

Raymond se encoge levemente de hombros.

—Quería escuchar primero. Para ver si alguien más lo había notado.

—¿Y?

—Nadie lo mencionó.

Donna anota algo en su cuaderno con rapidez. Jonas mira a Raymond con una expresión nueva, la de alguien que acaba de revisar su evaluación de otra persona. Spencer permanece en silencio un momento más antes de hablar.

—Eso no invalida la evidencia contra Wilson. Pero sí significa que la fiscalía no demostró que Wilson fuera la única persona con capacidad de ejecutar esa secuencia. Solo demostró que era la persona más conveniente para esa narrativa.

Es la primera vez en dos días que Spencer formula una crítica a la acusación en sus propios términos, sin que nadie se la arranque. Es un movimiento pequeño. Pero en una mesa donde los movimientos se miden en milímetros, es significativo.

—¿Votamos? —pregunta Harriet.

—Votemos —dice Spencer.

Las papeletas circulan de nuevo con el mismo ritual de siempre. Harriet las cuenta.

—Siete por culpabilidad. Cinco por absolución.

Idéntico al día anterior. Pero no idéntico en lo que hay debajo. Spencer sigue en la misma columna, pero desde un lugar diferente. Y esa diferencia, por pequeña que parezca ahora, es la única grieta por la que algo podría cambiar. En medicina aprendí que los procesos no siempre avanzan en línea recta. A veces la mejoría no se ve en los signos vitales sino en la calidad del dolor. Y el dolor de esa sala, en ese segundo día, ha cambiado de calidad aunque no de intensidad.

Salgo por la tarde con la certeza de que esto no va a resolverse pronto. Y con algo más, algo que todavía no sé nombrar pero que se parece a la sospecha de que el problema no está en el caso. Está en nosotros.

CAPÍTULO 3

La duda razonable como territorio incierto

Sala de deliberaciones, día tres

El tercer día no empieza con el caso. Empieza con una pregunta que Jonas lanza al aire antes de que Harriet haya terminado de instalarse en su silla, con el tono de quien lleva horas esperando el momento de decirla.

—¿Alguien puede explicarme, de una vez, qué significa exactamente duda razonable? Porque llevamos dos días usando esa expresión como si todos entendiéramos lo mismo, y estoy bastante seguro de que no es así.

El silencio que sigue no es el silencio del desconcierto sino el de la honestidad incómoda. Jonas ha dicho en voz alta algo que todos han pensado y ninguno ha querido admitir porque admitirlo implica reconocer que el terreno sobre el que se está deliberando es menos sólido de lo que parecía.

Donna cierra el libro que acababa de abrir y lo aparta.

—Es una pregunta legítima. Y tiene más de una respuesta, lo cual es parte del problema.

—Empiece por la suya —dice Jonas.

—La duda razonable existe cuando, después de examinar toda la evidencia, un jurado racional encuentra una explicación alternativa a la culpabilidad que sea coherente con los hechos probados y que no pueda ser descartada con certeza. No es cualquier duda. No es la duda del que simplemente no quiere decidir. Es la duda que surge de la evidencia misma, no de la incomodidad con el proceso.

—Bien —dice Jonas—. ¿Y usted? —me mira.

Pienso un momento antes de responder, porque la pregunta me exige algo que no es habitual en mí: trasladar un concepto clínico a un terreno que no domino completamente.

—En medicina trabajamos con probabilidades. Nunca con certeza absoluta. Cuando tratamos a un paciente, actuamos sobre la hipótesis más probable dado el cuadro clínico. Pero en medicina el error tiene consecuencias reversibles o al menos distribuidas: si me equivoco en un diagnóstico, puedo corregir. Aquí no. Aquí el error es unidireccional. Por eso creo que la duda razonable es el mecanismo que el sistema jurídico inventó para compensar la irreversibilidad de la condena. No es un estándar de verdad. Es un estándar de prudencia.

Spencer, que ha escuchado con los brazos cruzados, interviene con una precisión que le reconozco: la de alguien que ha procesado la pregunta de Jonas antes que los demás y ya tiene lista su respuesta.

—En mi experiencia, la duda razonable es el punto donde la evidencia deja de señalar en una dirección clara. Mientras la evidencia tiene una dirección dominante y las alternativas requieren suposiciones no sustentadas, no hay duda razonable. Cuando las alternativas empiezan a sustentarse con la misma evidencia, ahí aparece. Mi lectura del caso Wilson es que las alternativas que ha propuesto la defensa requieren suposiciones encadenadas que ninguna de ellas está probada. Alguien que suplantó las credenciales, que tenía acceso a la documentación interna, que tenía un motivo para incriminar a Wilson específicamente. Eso es una construcción. No una evidencia.

—Una construcción posible —dice Donna.

—Muchas cosas son posibles —responde Spencer—. La justicia no puede detenerse ante todo lo posible. Solo ante lo razonablemente probable como alternativa.

—Ahí está el nudo —digo, y lo digo porque lo veo con claridad por primera vez —. Ustedes dos están usando definiciones distintas de razonable. Para Spencer, razonable modifica la alternativa: la alternativa tiene que ser razonablemente probable. Para Donna, razonable modifica la duda: la duda tiene que surgir de razones sólidas, no de especulación. Son dos estándares diferentes. Y con estándares diferentes, la misma evidencia produce conclusiones distintas.

Hay un silencio en la mesa. No el silencio del acuerdo, porque nadie está de acuerdo con nadie todavía, sino el silencio de quien acaba de ver el mapa de un territorio que hasta entonces pisaba a ciegas.

—¿Y cuál de los dos estándares es el correcto? —pregunta Jonas, con una practicidad que en otro momento podría parecer tosca pero que ahora resulta la pregunta más útil que alguien ha formulado en tres días.

—Eso —dice Donna— es exactamente lo que nadie nos explicó con suficiente precisión en las instrucciones del juez.

Tiene razón. Lo recuerdo: el juez Steinberg leyó la definición estándar con la solemnidad de quien recita un texto sagrado cuyo significado da por obvio. Duda razonable. Un jurado racional. Más allá de toda duda razonable. Las palabras sonaron precisas y resultaron ser un campo minado.

Raymond Alekine, que ayer rompió su silencio con el argumento sobre los permisos de acceso y hoy ha vuelto a la quietud, levanta una mano con una timidez que contrasta con la firmeza de su intervención anterior.

—Puedo decir algo desde un ángulo diferente.

—Adelante —dice Harriet.

—En telecomunicaciones, cuando un sistema falla, lo primero que hacemos es descartar causas antes de afirmar cuál fue la real. No concluimos que fue un error de hardware hasta haber descartado el software, la configuración, el operador. El proceso es de eliminación antes de ser de afirmación. Lo que me llama la atención del juicio es que la fiscalía hizo lo contrario: afirmó primero quién fue el autor y luego descartó las alternativas de manera parcial. No las eliminó. Las calificó de improbables. Eso, en mi campo, no sería suficiente para cerrar un caso.

Spencer lo mira con atención genuina.

—¿Usted está diciendo que el método de la fiscalía fue incorrecto?

—Estoy diciendo que el método fue narrativo en lugar de eliminatorio. Construyó la historia más coherente con la evidencia disponible. Eso es diferente a demostrar que no hay otra historia posible.

—Eso es lo que hace cualquier fiscal en cualquier juicio —dice Spencer—. La fiscalía no tiene la obligación de eliminar toda hipótesis concebible. Tiene la obligación de probar la suya más allá de la duda razonable.

—Sí —dice Raymond—. Pero si la hipótesis que prueba depende de premisas que no demostró, entonces no la probó. La hizo plausible. Y plausible no es lo mismo que probado.

Jonas tamborilea los dedos sobre la mesa con un ritmo que no es nerviosismo sino pensamiento en marcha.

—Bien. Asumamos que tienen razón. Que la fiscalía hizo plausible en lugar de probado. ¿Eso nos obliga a absolver? ¿O simplemente nos obliga a ser más cuidadosos antes de condenar?

—Nos obliga a absolver si la duda que genera esa diferencia es razonable —dice Donna.

—¿Y lo es?

—Esa es la pregunta que llevamos tres días intentando responder.

Hay algo ligeramente absurdo en esa respuesta, y Jonas lo percibe primero, porque suelta una carcajada breve y genuina, la primera en tres días, y eso produce un efecto extraño: todos sonríen, incluso Spencer, incluso Donna, y por un momento la sala parece menos una trinchera y más lo que se supone que debe ser: un espacio donde personas distintas intentan llegar juntas a algo que ninguna alcanza sola.

El momento pasa. Vuelve la seriedad. Pero algo ha cambiado en la temperatura del grupo, algo casi imperceptible que yo reconozco de los equipos de guardia: el instante en que dejan de verse como competidores y empiezan a verse como el problema compartido que son.

Decido aprovecharlo.

—Quiero proponer algo —digo—. En lugar de seguir debatiendo sobre la definición de duda razonable en abstracto, apliquémosla a cada prueba por separado. No al caso completo. A cada elemento. Y preguntémonos: ¿este elemento específico genera duda razonable por sí mismo? ¿O solo la genera en combinación con otro?

Spencer lo considera un momento.

—Eso podría ser útil. Si logramos aislar qué genera la duda y qué no, al menos sabemos dónde está el desacuerdo real.

—¿Y si resulta que el desacuerdo real está en todo? —dice Jonas.

—Entonces sabremos que el problema es estructural —dice Donna—. Y eso también es información.

Harriet asiente y propone que esa sea la tarea del día siguiente: examinar cada prueba por separado, con la misma disciplina con que Spencer propuso las columnas el día anterior, pero aplicando la pregunta de la duda razonable a cada una de manera individual. No es una solución. Pero es un método. Y en

ausencia de soluciones, los métodos son lo único que impide que una deliberación se convierta en una discusión.

Pero Jonas no ha terminado. Lo noto porque permanece inclinado sobre la mesa con la postura de alguien que está a punto de decir algo que le cuesta.

—¿Puedo hacer una pregunta que quizá no es del todo pertinente, pero que llevo días con ella encima?

—Adelante —dice Harriet.

—Si absolvemos a Wilson y resulta que sí lo hizo, ¿qué pasa? No legalmente. Moralmente. ¿Podemos vivir con eso?

El silencio que sigue es de otro orden completamente. Es el silencio de una pregunta que toca algo que todos han sentido y ninguno ha querido articular, porque articularlo parece inapropiado, como si la emoción no tuviera derecho a entrar en esa sala.

—Esa pregunta —dice Donna, con una calma que no es frialdad sino control— es exactamente la que no debemos hacernos. No porque no importe moralmente. Sino porque si empezamos a deliberar sobre las consecuencias emocionales de absolver a alguien que podría ser culpable, dejamos de deliberar sobre la evidencia. Y entonces el veredicto ya no protege a nadie. Ni al acusado ni al sistema.

—Lo entiendo en teoría —dice Jonas—. En la práctica es más difícil.

—Sí —admite Donna—. Siempre es más difícil en la práctica. Por eso existe el estándar. Para que la dificultad no decida por nosotros.

Spencer, que ha escuchado el intercambio con una atención que no muestra de manera obvia pero que yo he aprendido a leer en la tensión de su mandíbula, interviene con una suavidad que no le había escuchado antes.

—Jonas tiene razón en algo, aunque la conclusión sea la que dice Donna. El peso moral de esta decisión es real. No podemos fingir que no lo sentimos. Lo que sí podemos hacer es no dejar que ese peso caiga del lado equivocado. El miedo a absolver a un culpable y el miedo a condenar a un inocente son los dos lados del mismo problema. Y el sistema eligió, deliberadamente, que el segundo miedo fuera más grande. Eso no significa que el primero no existe. Significa que el sistema ya tomó esa decisión por nosotros, y nuestra función es honrarla aunque nos cueste.

Es la intervención más filosófica que le he escuchado a Spencer en tres días, y produce en la sala el efecto de una ventana que se abre: entra algo de aire donde había empezado a faltar.

—¿Puedo añadir algo? —dice una voz al otro extremo de la mesa.

Es Paula Méndez, enfermera de treinta y nueve años, que hasta ese momento había intervenido con monosílabos o con asentimientos que nadie sabía bien a qué respondían.

—Por supuesto —dice Harriet.

—Yo trabajo en oncología. Llevo quince años diciéndole a familias cosas que no quieren escuchar. Lo que he aprendido es que la honestidad no es lo opuesto de la compasión. Es su forma más difícil. Creo que lo mismo aplica aquí. El veredicto más honesto no es el que nos hace sentir mejor. Es el que podemos defender con lo que realmente sabemos, no con lo que queremos creer.

Nadie responde de inmediato. Y en ese silencio colectivo hay algo que se parece, por primera vez en tres días, a un entendimiento compartido. No sobre el caso. Sobre la responsabilidad de estar ahí.

Antes de la votación, pido la palabra un momento más.

—Quiero decir algo que quizá incomoda, pero que creo que es necesario poner sobre la mesa. Llevamos tres días debatiendo con mucha intensidad y con mucha inteligencia. Todos en esta sala son personas razonables que están razonando bien dentro de sus propios marcos. Y sin embargo no convergemos. Eso me hace pensar que el problema no es de información ni de inteligencia. Es de marcos. Estamos midiendo la misma evidencia con reglas distintas y no nos hemos puesto de acuerdo en las reglas. Antes de seguir debatiendo sobre el caso, quizá deberíamos debatir sobre eso.

Nadie responde de inmediato. Donna me mira con una expresión que no sé leer del todo. Spencer frunce el ceño, no con hostilidad sino con la concentración de quien está procesando algo que no encaja fácilmente en sus categorías habituales. Jonas, sorpresivamente, asiente.

—Tiene razón —dice—. Y no sé cómo se resuelve eso.

—Yo tampoco —admito—. Pero creo que es la pregunta correcta.

Harriet propone la votación. Las papeletas circulan. El resultado llega con la puntualidad de un metrónomo.

—Siete por culpabilidad. Cinco por absolución.

El número no se mueve. Pero la pregunta que lo rodea se ha vuelto más honda, más honesta, más difícil de ignorar. Y en esa profundidad hay algo que todavía no sé nombrar pero que esa noche, mientras conduzco de regreso a casa por calles que no veo porque estoy pensando en otra cosa, empieza a tomar la forma de una sospecha: que doce seres humanos encerrados en una sala sin más herramientas que su propia razón pueden estar perfectamente equipados para deliberar y completamente incapacitados para ver cómo deliberan. Y que esa ceguera, más que la evidencia o la falta de ella, es lo que nos tiene atascados.

CAPÍTULO 4

El empate estructural

Sala de deliberaciones, días cuatro al siete

Hay un tipo de estancamiento que no se parece al estancamiento. Tiene la apariencia del movimiento: hay palabras, hay argumentos, hay votaciones, hay personas que llegan por la mañana con nueva energía y se marchan por la

tarde con el mismo número en la cabeza. Siete a cinco. Siete a cinco. Siete a cinco. El ritual se repite con la puntualidad siniestra de un reloj que funciona perfectamente y no sirve para nada.

El cuarto día aplicamos la propuesta que hice al final del tercero: examinar cada prueba por separado, preguntando si genera duda razonable de manera individual antes de evaluar el conjunto. Es un método ordenado y produce una discusión más precisa que las anteriores. También produce el mismo resultado. Porque el problema no estaba en el desorden. Estaba en algo más hondo que el orden no puede resolver.

Lo que descubrimos al aplicar el método es que el desacuerdo no está distribuido de manera uniforme sobre el caso. Está concentrado en puntos específicos, lo cual en principio parece un avance.

En la práctica resulta ser una forma más sofisticada del mismo estancamiento, porque los puntos de desacuerdo son exactamente aquellos donde la evidencia es más ambigua y donde ninguna cantidad de análisis adicional puede producir certeza sin información nueva. Hemos llegado, sin saberlo todavía, al borde de lo que la deliberación humana sin herramientas externas puede alcanzar.

Los registros de acceso: generan duda razonable por sí solos. Ocho jurados de doce están de acuerdo en eso. Las credenciales no desactivadas y la ausencia de doble autenticación son fisuras reales. La duda existe.

La secuencia de comandos: aquí la mesa se divide de manera diferente. Seis jurados consideran que la precisión técnica de la secuencia, combinada con la coincidencia con el informe elaborado por Wilson, genera una inferencia suficientemente sólida.

Cuatro consideran que la misma coincidencia podría usarse para incriminar a Wilson precisamente porque ese informe existía y era accesible. Dos no tienen opinión clara y lo dicen sin vergüenza, lo cual en este punto me parece el gesto más honesto de la sala.

El conflicto laboral como móvil: nueve jurados lo aceptan como contexto. Tres señalan que el contexto no es evidencia. Nadie en la mesa niega que existió el conflicto. La discusión es sobre qué peso tiene en la cadena de la acusación.

La presencia no programada de Vanderbilt: esto, curiosamente, es lo que produce mayor unanimidad en la sala, aunque de una manera extraña. Doce jurados están de acuerdo en que no tiene explicación satisfactoria.

Doce jurados están de acuerdo en que esa falta de explicación podría interpretarse de varias maneras incompatibles entre sí. Y doce jurados están de acuerdo en que ninguna de esas interpretaciones puede probarse con lo que tienen. Lo que no logran acordar es si eso constituye duda razonable o simplemente una irregularidad sin consecuencia jurídica.

Al final del cuarto día, el resultado es el mismo. Siete a cinco. Y algo más: la sensación de que hemos llegado al fondo del pozo metodológico. Hemos sido más precisos. Hemos sido más rigurosos. Y el número no se mueve.

El quinto día empieza con una propuesta de Spencer que nadie esperaba.

—Quiero intentar algo —dice, y en su tono hay algo que no había estado ahí antes: no exactamente humildad, sino la disposición de quien reconoce que sus herramientas habituales no están siendo suficientes—. Quiero que alguien que vote por absolución me explique, con el mayor detalle posible, cuál es la hipótesis alternativa completa. No solo las dudas. La historia completa de lo que creen que pudo haber pasado si Wilson no lo hizo.

Donna lo mira con una expresión que podría ser cautela o podría ser reconocimiento.

—¿Por qué?

—Porque creo que parte de lo que nos bloquea es que los que votamos culpabilidad escuchamos una lista de dudas pero no una narrativa alternativa coherente. Y si existe una, quiero escucharla. Si no existe, quiero que eso quede claro también.

Es una propuesta inteligente y ligeramente agresiva al mismo tiempo. Donna lo sabe. Pero la acepta.

—Bien —dice—. La hipótesis alternativa completa, tal como yo la entiendo: alguien dentro de Nexura, con acceso de nivel medio o superior a los servidores de la empresa, utilizó las credenciales de Wilson —que nunca fueron desactivadas completamente— para ejecutar una intervención en el sistema. Esa persona tenía acceso al informe técnico que Wilson elaboró dieciocho meses antes, donde se documentaba la secuencia exacta de comandos que podría provocar una sobrecarga en la subestación. Ejecutó esa secuencia de manera remota, desde una conexión enrutada a través de un proveedor en la zona donde Wilson había vivido anteriormente, de modo que la investigación apuntara a él. La muerte de Vanderbilt fue una consecuencia no buscada, o buscada, de ese acto.

Donna hace una pausa y mira a Spencer directamente.

—¿Quiere que le diga quién podría ser esa persona?

—Si tiene alguna idea, sí.

—No tengo nombre. Tengo perfil: alguien que conocía el sistema, que sabía que Wilson había documentado sus vulnerabilidades, que tenía razones para querer que Wilson cargara con la responsabilidad de algo que iba a ocurrir de todas formas o que esa persona planeaba provocar. Alguien, dicho sea de paso, a quien los recortes presupuestales de Vanderbilt podían beneficiar de alguna manera, o a quien la presencia de Wilson como consultor externo resultaba incómoda por razones que el juicio no investigó.

—Eso es especulación —dice Spencer.

—Sí —admite Donna—. Exactamente igual que la narrativa de la fiscalía sobre el estado emocional de Wilson después del despido. La diferencia es que la especulación de la fiscalía se presentó como evidencia y la mía como hipótesis. Pero ambas son inferencias sobre motivaciones que nadie pudo probar directamente.

Jonas apoya los codos sobre la mesa con la expresión de quien está procesando demasiado al mismo tiempo.

—El problema con esa hipótesis —dice— es que requiere que alguien haya planificado todo esto con una precisión considerable. Usar las credenciales de Wilson, enrutar la conexión hacia su zona anterior, replicar exactamente la secuencia de su informe. Eso no es una decisión impulsiva. Es una operación.

—Sí —dice Donna—. Y eso nos dice algo sobre el tipo de persona que pudo haberlo hecho. No un intruso externo sin conocimiento del sistema. Alguien de adentro. Alguien con tiempo, acceso y un propósito.

Raymond Alekine levanta la mano desde su extremo de la mesa.

—Puedo añadir algo técnico a esto. El enrutamiento de la conexión a través de un proveedor en la zona anterior de Wilson no es trivial. No es algo que se hace accidentalmente. Requiere configurar un punto de salida deliberado o usar un servidor intermediario. Alguien con conocimiento técnico suficiente para manipular los parámetros de la subestación tendría ese conocimiento también. Lo cual es un argumento de doble filo: sirve para decir que Wilson pudo hacerlo, pero también para decir que quien quería incriminarlo sabía exactamente cómo hacerlo parecer Wilson.

Spencer lo mira con la expresión de quien acaba de escuchar un argumento que no puede desestimar fácilmente.

—¿Usted está diciendo que la sofisticación técnica del acto es evidencia tanto de culpabilidad como de montaje?

—Estoy diciendo que no es evidencia exclusiva de culpabilidad. Que puede leerse en las dos direcciones. Y que la fiscalía la presentó como si solo hubiera una.

El silencio que sigue tiene la densidad de los silencios productivos: no es vacío sino procesamiento. Spencer no responde de inmediato. Cuando lo hace, su tono ha cambiado levemente, como si hubiera calibrado algo internamente sin querer mostrarlo del todo.

—O —dice Spencer, con una calma que le hace justicia— alguien que lleva tres años trabajando en ese sistema como consultor, que conoce cada vulnerabilidad porque las documentó él mismo, que fue humillado profesionalmente y despedido en condiciones que él consideraba injustas, y que tuvo meses para planificar. Esa persona también existe. Y tiene nombre.

El silencio que sigue es el más largo del día. Nadie tiene respuesta para eso. Porque Spencer tiene razón. Las dos personas existen. Y la evidencia disponible no distingue entre ellas con la precisión necesaria.

El sexto día es el peor. No porque haya más violencia en la discusión, sino porque hay menos. Y esa ausencia de violencia es en sí misma una señal de alarma que reconozco de los turnos de guardia largos: cuando un equipo deja de pelear es porque ya no tiene energía para pelear, no porque haya resuelto algo.

Las personas que llevan mucho tiempo en una posición sin poder moverla dejan de argumentar y empiezan a resistir. Y la resistencia no necesita palabras. Se manifiesta en la forma en que alguien coloca el vaso sobre la mesa, en el ángulo en que cruza los brazos, en la brevedad con que responde a un argumento que antes le habría dedicado un párrafo.

Jonas llega con ojeras y sale sin haber dicho nada sustantivo. Spencer responde a cada objeción con una concisión creciente que ya no es eficiencia sino agotamiento. Donna hojea sus notas sin tomar nuevas.

Yo observo todo esto y pienso en algo que aprendí en el primer año de residencia: cuando un equipo de guardia lleva demasiadas horas en un caso sin resolución, el pensamiento no se deteriora de manera uniforme. Se deteriora por los bordes primero. Las conexiones menos establecidas se pierden antes. Lo que queda es el núcleo más consolidado de cada creencia, y ese núcleo es precisamente el más difícil de mover porque es el más antiguo.

El séptimo día, Harriet convoca la votación antes de que la discusión empiece, porque intuye, con la sabiduría silenciosa que la ha convertido en una presidenta eficaz, que ese día la discusión no va a producir nada nuevo. Tiene razón. Pero antes del resultado, Jonas habla. No para argumentar. Para decir algo que ninguno esperaba de él.

—Quiero que quede constancia de algo —dice, con una voz más seria que la de costumbre—. Yo no sé si Wilson es culpable. Honestamente no lo sé. Y llevo seis días fingiendo que sí lo sé, o que no, dependiendo del momento, porque la alternativa es admitir que estoy completamente perdido en este caso. Y eso me da miedo. Quería decirlo antes de votar otra vez, porque me parece que es lo más honesto que puedo hacer.

Nadie lo interrumpe. Donna lo mira con algo que podría ser, por primera vez, genuina solidaridad. Spencer asiente despacio, como quien reconoce en el otro un estado que él mismo conoce aunque no lo haya verbalizado.

—Gracias por decirlo —dice Harriet, con una sencillez que vale más que cualquier argumento.

—¿Sirve de algo? —pregunta Jonas.

—No sé si sirve —digo—. Pero es lo más verdadero que alguien ha dicho en esta sala en varios días.

—Siete por culpabilidad. Cinco por absolución.

Cuatro votaciones consecutivas sin variación. Harriet redacta el informe de estancamiento con la misma expresión con que haría cualquier otro documento. Lo sella. Lo entrega al guardia.

Jonas mira la pantalla apagada en la pared norte. No es la primera vez que lo hace. Lo he visto hacerlo en varios momentos muertos de la deliberación, siempre con la misma expresión levemente ausente, como si la pantalla le ofreciera algo que la mesa no puede darle: una superficie en blanco sobre la que proyectar algo diferente a lo que hay ahí.

—¿Para qué sirve esa pantalla? —pregunta, en voz alta pero sin dirigirse a nadie en particular.

Nadie responde. Harriet guarda sus papeles. Spencer cierra el expediente. Donna recoge su libro del respaldo de la silla.

Yo miro la pantalla un momento más antes de levantarme. Y pienso en la pregunta de Jonas no como la pregunta práctica que es, sino como la pregunta filosófica que podría ser. Para qué sirve una superficie que podría mostrar algo y permanece oscura. Para qué sirve una herramienta que nadie ha activado. Para qué sirve, en definitiva, la capacidad de ver mejor si nadie la pone en marcha.

No tengo respuesta esa tarde. Pero la pregunta se queda conmigo durante la noche con la persistencia de las preguntas que están a punto de encontrar su respuesta sin saber todavía cómo.

Al día siguiente entra el juez Steinberg.

CAPÍTULO 5

La propuesta del juez Steinberg

Sala de deliberaciones, día ocho — mañana

El juez Ezra Steinberg no es un hombre que entre a una sala. Es un hombre que ocupa una sala. No por su estatura, que es mediana, ni por su voz, que es más bien grave pero no poderosa en sentido teatral. Es por algo más difícil de describir: una densidad de presencia que sugiere que lleva mucho tiempo tomando decisiones difíciles y que eso ha dejado una marca en la manera en que se mueve, en cómo coloca las manos sobre la mesa antes de hablar, en el segundo exacto que deja pasar antes de empezar. Ese segundo vale más que la mitad de los argumentos que hemos escuchado en siete días.

Llega a las nueve de la mañana del octavo día sin anunciarse, lo cual en sí mismo es una señal. Los jueces no visitan la sala de deliberaciones salvo en circunstancias excepcionales. Todos lo sabemos. Y todos lo miramos con la atención específica que se reserva para las excepciones.

—Buenos días —dice, y toma asiento en la silla vacía al extremo de la mesa, el lugar que nadie ocupa porque nadie es el decimotercero—. He recibido el informe de estancamiento. Siete días. Cuatro votaciones sin movimiento. Antes de tomar cualquier decisión procesal, quería hablar con ustedes directamente.

Harriet asiente con la compostura de quien ha estado esperando esta visita aunque no supiera exactamente cuándo llegaría.

—La situamos, señoría —dice—. Tenemos una división estable. Siete por culpabilidad, cinco por absolución. Los argumentos de ambas posiciones han sido expuestos con rigor y ninguna de las dos ha logrado mover a la otra.

—Lo sé —dice Steinberg—. Lo que no sé, y lo que me importa entender, es si están estancados porque la evidencia es genuinamente ambigua o porque el proceso de deliberación ha llegado a sus propios límites.

El silencio que sigue a esa pregunta es revelador. Porque nadie la responde de inmediato, lo que significa que nadie tiene una respuesta preparada, lo que significa que la pregunta toca algo que ninguno había formulado con esa precisión.

Soy yo quien habla primero, y lo hago porque en siete días he pensado exactamente en eso sin encontrar la manera de decirlo.

—Ambas cosas, señoría. La evidencia es genuinamente ambigua. Pero también hemos llegado al límite de lo que podemos hacer con ella desde dentro de nuestros propios marcos de razonamiento. No es que no hayamos intentado ser rigurosos. Es que el rigor que cada uno aporta parte de supuestos diferentes, y esos supuestos no son negociables por vía del argumento.

Steinberg me mira un momento antes de responder.

—¿Médica?

—Intensivista. Sí.

—Eso explica la formulación —dice, con algo que no es exactamente una sonrisa pero se le parece—. Bien. Lo que voy a proponer no tiene precedente en este tribunal. Lo digo para que lo evalúen con la seriedad que merece, no para que lo acepten por deferencia.

El tono cambia levemente. Es el tono de alguien que ha tomado una decisión difícil y ha dejado atrás la duda sobre ella. Algo que reconozco, que he sentido antes de entrar a una sala de urgencias sabiendo lo que me espera.

—Existe un sistema —dice Steinberg— desarrollado por un consorcio de investigación jurídica y computacional en el que han participado varios tribunales en carácter experimental durante los últimos tres años. Se llama SURA. Su función específica es analizar la estructura lógica de una deliberación: identificar los argumentos presentes, clasificar las relaciones entre ellos, y distinguir entre los distintos tipos de duda que generan. No emite juicios. No sugiere veredictos. No introduce información que no esté ya en el expediente. No puede hacerlo porque está diseñado para no hacerlo, y ese diseño está auditado por un comité independiente del tribunal.

—¿Quién lo controla? —pregunta Spencer, con la inmediatez de alguien para quien esa pregunta es siempre la primera.

—El tribunal, bajo supervisión del comité de ética judicial del distrito. Los criterios de análisis son públicos y revisables. El sistema no opera en la caja negra.

—¿Y quién diseñó esos criterios? —pregunta Donna, con la misma inmediatez pero desde un ángulo diferente.

—Un equipo interdisciplinario que incluyó juristas, filósofos del derecho y especialistas en lógica formal. Los criterios están basados en teoría estándar de la argumentación jurídica. No son los únicos criterios posibles. El sistema lo reconoce explícitamente.

—¿Qué hace exactamente? —pregunta Jonas, con la practicidad que lo define —. En términos concretos.

Steinberg apoya las manos sobre la mesa y las mira un momento antes de responder, como si estuviera eligiendo las palabras con una precisión que la pregunta merece.

—Analiza lo que ustedes han dicho durante la deliberación. Descompone los argumentos en sus componentes: premisas, inferencias, conclusiones. Muestra cómo se relacionan entre sí. Identifica qué conclusiones dependen de qué suposiciones. Y clasifica las dudas que emergen de ese análisis según su naturaleza: si provienen de vacíos reales en la evidencia, de inferencias débiles, o de factores que no tienen que ver con la evidencia sino con quien la evalúa.

—¿Y eso cambia algo? —pregunta Jonas.

—Eso —dice Steinberg— es lo que no puedo decirles. Porque depende de ustedes.

El silencio que sigue tiene la textura de los silencios en que las personas están pensando en serio, no esperando que otro hable primero.

Donna es la primera en articular lo que todos han empezado a procesar.

—Lo que usted está describiendo es una herramienta que clasifica la calidad de nuestro razonamiento. No la calidad de la evidencia.

—Ambas cosas están relacionadas —dice Steinberg—. Pero sí, en esencia, es eso.

—¿Y si el sistema clasifica mal? ¿Si sus criterios producen una categorización incorrecta de una duda legítima?

—Pueden cuestionarlo. El sistema muestra su metodología. No es una autoridad. Es una herramienta.

—Las herramientas tienen sesgos —dice Donna—. Los sesgos de quien las diseña.

—Sí —dice Steinberg—. Igual que los tiene cada uno de ustedes. La diferencia es que los sesgos de esta herramienta están documentados y son revisables. Los de cada jurado, con todo el respeto, no lo están.

Es la observación más incómoda que alguien ha hecho en esa sala en ocho días, y la hace el juez con una serenidad que le impide parecer una provocación aunque lo sea en algún sentido profundo.

Spencer habla, y lo hace con la precisión de alguien que quiere dejar su posición registrada con claridad.

—Quiero saber una cosa antes de decidir. Si aceptamos la intervención de este sistema y el resultado de la deliberación cambia como consecuencia, ¿ese resultado tiene el mismo peso jurídico que uno alcanzado sin él?

—Sí —dice Steinberg sin dudar—. El veredicto lo producen ustedes. El sistema no vota. No puede votar. No está diseñado para votar. Lo que produzca esta

sala seguirá siendo el veredicto de un jurado humano, alcanzado mediante deliberación humana.

—Orientada por una máquina —dice Donna.

—Orientada por una herramienta —corrige Steinberg—. Igual que los orientan el expediente, los testimonios periciales y las instrucciones que yo mismo les di al inicio del proceso. Ninguna de esas cosas decidió por ustedes. Tampoco lo haría SURA.

La distinción es válida y todos lo saben. Lo que no todos saben todavía es si están dispuestos a aceptarla.

—¿Podemos deliberar sobre si aceptamos? —pregunta Harriet.

—Por supuesto. Tengo que salir de esta sala de todas maneras. —Steinberg se pone de pie con la misma economía de movimientos con que se sentó—. Lo que les pido es que lo decidan hoy. No porque haya prisa, sino porque hay un hombre esperando un veredicto.

Sale. La puerta se cierra. Y la sala queda con un silencio diferente a todos los anteriores: el silencio de algo que acaba de cambiar de forma sin que nadie pueda todavía decir exactamente cómo.

Jonas es el primero en hablar, y lo hace con una honestidad que en él ya es casi un hábito adquirido.

—Yo voto que sí. No porque confíe plenamente en la herramienta. Sino porque llevamos siete días dando vueltas en círculos y al menos esto es algo diferente.

—Eso no es una razón suficiente —dice Donna.

—Quizá no. Pero es la mía.

—Quiero entender algo —dice Raymond Alekine, con la calma característica de quien ha esperado a que los demás terminen antes de hablar—. El sistema analiza lo que hemos dicho durante la deliberación. ¿Eso significa que ha estado escuchando todo este tiempo?

—Las sesiones han sido transcritas desde el inicio, como parte del protocolo estándar —dice Harriet—. El juez lo mencionó el primer día. ¿Alguien lo recuerda?

Hay un silencio de reconocimiento colectivo. Nadie lo recuerda con claridad porque el primer día nadie pensaba que importaría.

—¿Y esas transcripciones son las que va a analizar SURA? —pregunta Raymond.

—Eso entiendo —dice Harriet.

Raymond asiente despacio.

—Entonces ya tiene el material. Solo falta que lo procesemos juntos en lugar de que quede en un archivo que nadie lee.

Es una observación tan práctica y tan sensata que desactiva parcialmente la tensión que la propuesta de Steinberg había generado. No completamente, porque Donna sigue con los brazos cruzados y una expresión que no ha

cambiado desde que el juez salió. Pero sí lo suficiente para que la conversación pueda avanzar.

Paula Méndez, la enfermera de oncología, habla sin levantar mucho la voz, como siempre.

—En mi trabajo usamos sistemas de apoyo a la decisión clínica. Algoritmos que analizan síntomas y sugieren diagnósticos posibles. Nadie los llama médicos. Nadie les da el veredicto final. Pero tampoco los ignoramos. Los usamos como lo que son: una segunda mirada entrenada en patrones que el ojo humano puede pasar por alto. No veo por qué esto tendría que ser diferente en principio.

—Porque la medicina trabaja con patrones biológicos que son relativamente estables —dice Donna—. La justicia trabaja con intenciones humanas, que no lo son. Y un sistema entrenado para clasificar argumentos jurídicos habrá sido entrenado con una muestra de argumentos jurídicos que refleja los sesgos de quienes los produjeron. Eso no es neutral. Es historia comprimida.

—Todo es historia comprimida —dice Paula—. Incluyendo lo que cada uno de nosotros aprendió sobre cómo razonar.

Donna la mira un momento.

—Sí —admite—. Pero yo puedo explicar mis sesgos si me los señalan. La máquina no puede hacer eso del mismo modo.

—El juez dijo que puede —apunta Spencer—. Que muestra su metodología.

—Puede mostrar su lógica. No puede mostrar lo que no sabe que no sabe. Igual que nosotros, por cierto. La diferencia es que de nosotros esperamos esa limitación. De ella, si no tenemos cuidado, empezaremos a no esperarla.

Es el mejor argumento que Donna ha hecho en ocho días, y todos lo reconocen. Spencer no responde de inmediato. Yo tampoco. Porque tiene razón en algo importante: la autoridad que los humanos tienden a conceder a los sistemas formales es a menudo mayor que la que se merecen, precisamente porque esa formalidad produce la ilusión de objetividad.

Y sin embargo.

—Donna —digo, con la calma que se usa cuando se quiere que alguien escuche de verdad—, llevamos siete días sin movernos. No porque seamos irracionales. Porque somos racionales de maneras distintas y no tenemos un idioma común. SURA no va a darnos ese idioma. Pero quizá puede mostrarnos dónde está la brecha. Y si la vemos, podemos decidir qué hacemos con ella nosotros mismos.

Donna me mira durante un momento que se siente más largo de lo que es.

—¿Y si lo que muestra es que la brecha no tiene solución dentro de lo que el caso ofrece?

—Entonces sabremos que la duda es genuina y estructural —digo—. Y eso también es información. Quizá la más importante que podemos tener.

Spencer tamborilea los dedos sobre la mesa una sola vez, un gesto que en él equivale a tomar una decisión.

—Yo también voto que sí. Con reservas que quiero dejar explícitas: si en algún momento siento que el sistema está dirigiendo la deliberación en lugar de organizarla, lo digo en voz alta y lo detenemos.

—Aceptado —dice Harriet—. ¿Donna?

Donna guarda silencio durante un momento que no es indecisión sino formulación. Cuando habla, lo hace mirando a la pantalla apagada en la pared norte, no a ninguna persona en particular.

—Voto que no. Y quiero que mi voto negativo quede registrado no como obstrucción sino como objeción filosófica: ninguna herramienta de clasificación del razonamiento es neutral, y aceptar su autoridad sin cuestionarla es exactamente el tipo de deferencia acrítica que la filosofía lleva siglos advirtiendo que no debemos a ninguna institución, humana o artificial. Dicho eso, acepto la decisión de la mayoría.

—¿Catherine? —dice Harriet.

Pienso en lo que mi jefa de residencia me dijo hace veinte años. En la pantalla apagada. En la pregunta de Jonas. En siete días de un tipo de esfuerzo que ha producido todo menos claridad.

—Sí —digo—. Pero quiero añadir algo a lo que dijo Donna. No como contraargumento. Como complemento. La herramienta no va a pensar por nosotros. Nos va a mostrar cómo estamos pensando. Y eso, que puede parecer lo mismo, no lo es. Uno lo sustituye. El otro lo ilumina. Si en algún momento cruza esa línea, lo vemos juntos y decidimos juntos qué hacer.

La votación final es ocho a cuatro a favor de aceptar la intervención. Harriet lo comunica al guardia, que sale a transmitir el mensaje. En algún lugar del edificio, alguien activa algo.

Al día siguiente, la pantalla se enciende.

CAPÍTULO 6

La entrada de SURA

Sala de deliberaciones, día ocho — tarde

La pantalla se enciende sin anuncio. Sin sonido. Sin el destello inicial que los monitores de urgencias hacen cuando arranca el sistema. Solo cambia de negro a un gris neutro, y luego aparece texto sobre ese fondo, en una tipografía sin ornamento, sin jerarquía visual de ninguna clase. Como si alguien hubiera decidido que la forma en que se presenta la información ya es en sí misma una declaración de intenciones.

SURA — Sistema de Análisis de Deliberación Jurídica Modo: Orientación estructural. Sesión activa. Función: Análisis de argumentos y clasificación de dudas. Sin capacidad de veredicto.

Y debajo, después de una pausa que dura exactamente lo suficiente para que todos lean las tres líneas:

Estoy aquí para ayudarles a ver mejor lo que ya tienen. No para decirles qué ver.

Jonas suelta el aire por la nariz con un sonido que no es exactamente una risa pero se le parece.

—Al menos es directo.

—Es una frase programada —dice Donna, sin hostilidad pero sin concesiones.

—Todo lo que decimos está programado de alguna manera —dice Spencer—. Por experiencia, por educación, por lo que nos enseñaron a valorar. La pregunta es si lo que dice es verdad, no si lo dice un humano o una máquina.

Donna lo mira con una expresión que reconozco: la de quien acaba de escuchar un argumento que no puede refutar del todo y prefiere no intentarlo ahora.

La siguiente aparición de texto en la pantalla no es una pregunta ni una instrucción. Es algo que ninguno esperaba: un mapa.

No en sentido geográfico. En sentido estructural. Lo que aparece es una representación visual de la deliberación hasta ese momento: cada argumento principal identificado con una etiqueta breve, y líneas que muestran cómo se relacionan entre sí. Qué conclusiones dependen de qué premisas. Qué premisas comparten argumentos que en apariencia son opuestos. Qué elementos del caso no han sido conectados con ningún argumento de ninguno de los dos lados.

El efecto es inmediato y, para mí al menos, físicamente desconcertante. Como cuando en una guardia de urgencias ves el electrocardiograma de un paciente y reconoces un patrón que llevas tres horas buscando sin saberlo. La información estaba ahí. Solo necesitaba la forma correcta para volverse visible.

—Eso es lo que hemos discutido estos siete días —dice Raymond, inclinándose hacia la pantalla con la atención de un técnico que examina un diagrama de red—. Todo está ahí. Solo que... ordenado de otra manera.

Donna estudia el mapa sin hablar. Lo hace con la misma intensidad con que leo un electrocardiograma: buscando la anomalía, el patrón que no encaja, la línea que va en una dirección que no debería. Cuando habla, lo hace despacio.

—Hay algo en este diagrama que me resulta revelador y perturbador al mismo tiempo.

—¿Qué? —pregunta Jonas.

—Que los argumentos de las dos posiciones comparten más premisas de lo que cualquiera de nosotros habría admitido. Miren esto. —Señala con el dedo sin tocar la pantalla, como si le diera un poco de reparo hacerlo—. El argumento de Spencer sobre la precisión técnica de los comandos y mi argumento sobre la posibilidad de suplantación parten de la misma premisa verificada: que la secuencia requería conocimiento interno. Hemos estado peleando sobre la conclusión sin notar que compartíamos el punto de partida.

Spencer la mira con una expresión que tarda un momento en clasificar.

—Eso no cambia que las conclusiones sean distintas.

—No. Pero cambia la naturaleza del desacuerdo. No estamos en desacuerdo sobre los hechos. Estamos en desacuerdo sobre qué hacer con ellos. Y eso es un problema diferente, con una solución diferente, si es que tiene alguna.

El mapa permanece en la pantalla mientras hablamos, inmóvil y detallado, como un plano de un edificio que todos han habitado durante días sin saber que existía. Jonas lo mira de reojo con la expresión de alguien que no está seguro de si le produce más alivio o más inquietud verlo así representado.

—Me siento un poco raro —dice, finalmente—. Como cuando te muestran una foto tuya que no sabías que te habían tomado.

—Eso —digo— es exactamente lo que es. Una foto del proceso, no del caso.

—¿Puede ampliarse alguna sección? —pregunta Spencer, con la practicidad de alguien que ya ha aceptado la herramienta y está listo para usarla.

El texto aparece inmediatamente:

Sí. Pueden señalar cualquier nodo del diagrama para ver el análisis detallado del argumento correspondiente.

Harriet mira alrededor de la mesa.

—¿Por dónde empezamos?

—Por lo que más nos ha dividido —digo—. La secuencia de comandos y la inferencia de autoría.

El nodo correspondiente se expande. Lo que aparece es la estructura completa del argumento de la fiscalía sobre ese punto, descompuesta con una precisión que ninguno de nosotros había logrado por sus propios medios, no porque no tuviéramos la inteligencia para hacerlo sino porque cuando estás dentro de una discusión es casi imposible verla desde afuera al mismo tiempo.

ARGUMENTO CENTRAL — FISCALÍA (Secuencia de comandos): Premisa 1 : La secuencia de comandos ejecutada requería conocimiento técnico interno del sistema Nexura. Premisa 2 [declarada como probable, no demostrada]: Luke Wilson era la única persona con ese nivel de conocimiento específico en el momento del incidente. Premisa 3 : Wilson tuvo acceso al sistema durante su periodo como consultor. Conclusión [inferida]: Wilson ejecutó la secuencia.

Nota estructural: La conclusión se deriva lógicamente de las tres premisas combinadas. La solidez del argumento depende de la solidez de la Premisa 2. Esta premisa fue contestada por la defensa y no fue reestablecida de manera concluyente durante el juicio.

Spencer lee la pantalla sin hablar. Lo miro. En su cara no hay la expresión de alguien que está siendo rebatido. Es la expresión de alguien que está viendo con claridad algo que ya sabía pero que no había podido ver con esa nitidez.

—La premisa dos —dice, finalmente, en voz baja.

—La premisa dos —confirmo.

—Sorpasso la presentó como si fuera evidente. Como si fuera parte de la premisa uno.

—Sí. Y funcionó durante el juicio porque nadie la separó con esta claridad. Jackson la atacó pero no la aisló de esta manera.

—Lo que SURA acaba de hacer —dice Donna, con una calma que no oculta del todo su sorpresa— es exactamente lo que yo llevo siete días intentando decir. Que la cadena lógica tiene un eslabón que no está soldado.

—Lo que SURA ha hecho —dice Spencer, con una precisión que me parece importante señalar— es mostrarnos dónde está ese eslabón. No ha dicho que el argumento sea falso. Ha dicho que depende de una premisa que no fue probada de manera concluyente.

—Eso es exactamente lo que yo decía —repite Donna.

—Sí —admite Spencer—. Pero cuando tú lo decías yo escuchaba un argumento de defensa. Cuando lo veo así, escucho una descripción estructural. No es lo mismo emocionalmente, aunque sea lo mismo lógicamente.

Es la observación más honesta que Spencer ha hecho en todo el proceso, y produce en la sala algo que no habíamos tenido antes: no acuerdo, pero sí un momento de comprensión mutua. La diferencia entre los dos no era de evidencia. Era de formato. Spencer necesitaba ver el argumento en una forma que no tuviera la carga emocional del debate para evaluarlo con la misma frialdad con que evalúa cualquier otra estructura.

Jonas mira la pantalla con una expresión que tarda en descifrar. Cuando habla, lo hace con la voz de quien acaba de entender algo que había estado rondando sin forma.

—¿Puede mostrar el mismo análisis para el argumento de la defensa? Para ver si también tiene eslabones flojos.

Sí.

El diagrama cambia. Aparece la estructura del argumento central de Jackson sobre la suplantación de credenciales.

ARGUMENTO CENTRAL — DEFENSA (Suplantación de credenciales): Premisa 1: Las credenciales de Wilson no fueron completamente desactivadas tras su salida de Nexura. Premisa 2: El módulo crítico no tenía doble factor de autenticación activo. Premisa 3 : Un tercero con acceso a las credenciales y al sistema pudo haber ejecutado la intervención. Conclusión: La autoría de Wilson no está probada más allá de duda razonable.

Nota estructural: La conclusión se sostiene parcialmente sin la Premisa 3. Las Premisas 1 y 2 establecen una vulnerabilidad real que genera duda sobre la atribución exclusiva. La Premisa 3 introduce una hipótesis alternativa que amplía esa duda pero que no está respaldada por evidencia directa.

—Ahí está —dice Jonas, señalando la pantalla—. El argumento de la defensa también tiene un eslabón flojo. La premisa tres.

—Pero con una diferencia importante —dice Donna—. La conclusión de la defensa no requiere que la premisa tres sea cierta. Solo requiere que las premisas uno y dos sean suficientes para generar duda razonable. Y eso es un estándar diferente al de la fiscalía, que sí necesita que su premisa dos sea verdadera para que la conclusión se sostenga.

—¿Puede SURA mostrar esa diferencia? —pregunto, dirigiéndome a la pantalla por primera vez de manera directa, con la incomodidad leve de quien no sabe bien el protocolo para hablarle a algo que no es exactamente una persona.

El texto aparece:

Sí. La asimetría es estructural y jurídicamente relevante. En un proceso penal, la acusación debe probar la culpabilidad. La defensa debe generar duda razonable. Estos son estándares distintos que producen cargas argumentativas distintas. Un argumento de defensa con una premisa débil puede ser jurídicamente suficiente si las premisas sólidas restantes generan duda razonable. Un argumento de acusación con una premisa débil puede ser jurídicamente insuficiente aunque las premisas sólidas restantes sean convincentes.

En este caso: Las Premisas 1 y 2 de la defensa están verificadas. Generan una duda sobre la atribución exclusiva de la autoría. Esa duda tiene peso estructural independientemente de la Premisa 3.

Spencer lee el análisis dos veces. La segunda vez con una lentitud que en él es señal de procesamiento intenso, no de dificultad.

—Eso —dice finalmente— es lo que yo no había distinguido con suficiente claridad. Que la defensa no necesita probar la hipótesis alternativa. Solo necesita que la hipótesis alternativa sea posible dado lo que sí está probado.

—Sí —dice Donna, con una suavidad que no había tenido antes—. Eso es exactamente lo que significa la duda razonable.

El silencio que sigue no es el silencio del estancamiento. Es el silencio de algo que se está reorganizando internamente en cada persona de la mesa, a distintas velocidades y de maneras distintas, pero en la misma dirección.

No hacia el acuerdo todavía. Hacia la comprensión de por qué el desacuerdo existía.

Y eso, comprendo mientras miro la pantalla todavía encendida con su tipografía austera y su fondo gris, es más de lo que siete días de deliberación sin ella habían logrado en cualquier votación.

Antes de la votación, pido la palabra.

—Quiero decir algo sobre lo que acaba de pasar. No sobre el caso. Sobre esto. —Señalo la pantalla—. Llevamos siete días en desacuerdo y en los últimos cuarenta minutos hemos tenido dos conversaciones que no habíamos podido tener: Spencer reconociendo que la Premisa 2 de la acusación es el punto débil, y Donna reconociendo que el argumento de la defensa también tiene un eslabón no probado. Ninguno de los dos ha cambiado de postura todavía. Pero ambos están viendo el mismo mapa. Eso antes no pasaba.

—Eso —dice Spencer, con una mesura que no oculta del todo cierta incomodidad— es verdad.

—Lo que no quiero —añado— es que veamos esto como una validación de la herramienta en abstracto. Es una herramienta con límites que Donna señaló con precisión. Lo que hemos ganado hoy no es certeza. Es claridad sobre dónde está el desacuerdo real. Y eso es distinto, pero es valioso.

Donna asiente. No con entusiasmo. Con la austeridad de quien concede un punto sin conceder el argumento completo.

—De acuerdo —dice—. Aunque sigo pensando que esta claridad debería haber sido posible sin ella.

—Debería —admito—. Y no lo fue. Eso también nos dice algo.

Harriet propone la votación del día. Las papeletas circulan con el mismo ritual. El resultado llega.

—Siete por culpabilidad. Cinco por absolución.

El número no ha cambiado. Pero algo debajo del número ha cambiado. Y esa diferencia, que no puede medirse en votos, es la única que importa ahora mismo.

CAPÍTULO 7

Cartografía de la deliberación

Sala de deliberaciones, día nueve

La segunda mañana con SURA activo empieza de manera diferente a todas las anteriores. No hay el ritual de instalación incómoda, el período de tregua tácita mientras cada uno ocupa su silla y organiza sus papeles como si eso pudiera ordenar también los argumentos. Esta vez hay algo que ninguno dice pero que todos hacen: mirar la pantalla antes de mirarse entre sí.

Es un cambio pequeño. Y es, como casi todos los cambios pequeños en ese tipo de procesos, mucho más significativo de lo que parece.

La pantalla está en modo de espera: el mapa del día anterior sigue ahí, estático, esperando que alguien lo active. Harriet propone que antes de pedir nuevos análisis al sistema, cada quien exponga lo que la sesión anterior le dejó. No para reabrir el debate, sino para tomar temperatura. Para saber desde dónde parte el noveno día.

Spencer habla primero, con una franqueza que ya es su marca pero que hoy tiene un tono diferente, más reflexivo que combativo.

—Estuve pensando anoche en la Premisa 2. En lo que SURA mostró ayer. Sorpasso la presentó de una manera que hizo que sonara como hecho verificado, y yo la traté como tal durante siete días. No lo era. Era una declaración de probabilidad. Y hay una diferencia que el juicio tendría que haber dejado más clara, y no lo dejó.

—¿Eso cambia su postura? —pregunta Jonas, con una curiosidad genuina que no tiene ningún matiz estratégico.

—Todavía no. Pero cambia la solidez con que la sostengo. Antes votaba culpabilidad con una certeza que ahora entiendo que era parcialmente prestada: la certeza con que Sorpasso presentó un argumento que dependía de una premisa no demostrada. Ahora voto culpabilidad, si es que sigo haciéndolo, desde un lugar más honesto sobre lo que sé y lo que no sé.

Donna lo escucha con una atención que no tiene nada de condescendiente. Cuando Spencer termina, ella asiente una vez, brevemente.

—Eso —dice— es lo único que he pedido desde el primer día. No que cambie de conclusión. Que sea preciso sobre las bases de esa conclusión.

—Lo sé —dice Spencer—. Y entiendo ahora por qué no podía escucharlo cuando lo decías tú.

El intercambio dura menos de un minuto. Pero en la economía de esa sala, donde cada concesión ha costado días de resistencia, es equivalente a un desplazamiento tectónico.

Harriet propone que trabajen con SURA de manera más sistemática ese día: en lugar de pedir análisis puntuales, pedirle que muestre el mapa completo de la deliberación con todas las ramas identificadas y que el jurado indique sobre cuáles quiere profundizar.

La pantalla responde con una nueva visualización, más detallada que la del día anterior. Ahora el mapa no solo muestra argumentos y relaciones sino que añade una dimensión que nadie había anticipado: marcadores que indican qué elementos del mapa han sido discutidos extensamente, cuáles han sido mencionados pero no desarrollados, y cuáles están presentes en el expediente pero no han aparecido en la deliberación en absoluto.

Esta última categoría detiene a todos.

—¿Hay elementos del expediente que no hemos discutido? —pregunta Jonas, con un tono entre la sorpresa y la alarma moderada de quien descubre que dejó algo en el horno.

El texto de SURA aparece:

Sí. Tres elementos presentes en el expediente no han recibido análisis sustantivo durante la deliberación:

1. El historial de accesos al sistema en los seis meses previos al incidente. El expediente incluye un registro completo que fue presentado por la fiscalía pero cuestionado solo parcialmente por la defensa.

2. La declaración del coordinador técnico de turno de Nexura la noche del incidente, que contiene una inconsistencia menor con el testimonio del perito de la fiscalía respecto al momento exacto de la primera alerta del sistema.

3. El informe de auditoría interna que Nexura encargó tras el incidente, cuyos hallazgos difieren en un punto específico de las conclusiones del perito independiente contratado por la defensa.

Raymond se inclina hacia adelante con la expresión de alguien que reconoce el tipo de detalle que en su trabajo puede cambiar un diagnóstico de red completo.

—El historial de accesos en los seis meses previos. ¿Eso significa que hay un registro de quién entró al sistema durante ese período, no solo la noche del incidente?

—Así es —digo, revisando mis notas del juicio—. Sorpasso lo usó para mostrar que durante el período de consultoría de Wilson los accesos con sus credenciales eran frecuentes y consistentes. Jackson no lo impugnó directamente. Solo señaló que eso demostraba que las credenciales eran activas, no que Wilson las hubiera usado personalmente cada vez.

—¿Y después de que terminó el contrato de Wilson? —pregunta Raymond—. ¿El historial muestra accesos con sus credenciales entre su salida y la noche del incidente?

El silencio que sigue tiene la calidad específica del silencio que se produce cuando alguien hace la pregunta correcta en el momento correcto y todos en la sala se dan cuenta al mismo tiempo de que nadie la había hecho antes.

Harriet hojea el expediente con urgencia controlada. Spencer hace lo mismo con su copia. Donna, que tiene sus notas organizadas con una meticulosidad académica que contrasta con la informalidad de su apariencia, localiza la referencia antes que los demás.

—Aquí —dice—. Fojas doscientos diecisiete a doscientos treinta y uno. El historial completo de accesos. —Lo lee en silencio durante un momento—. Hay tres accesos con las credenciales de Wilson en el período posterior a su salida y anterior al incidente. Datan de hace cuatro meses, tres meses y seis semanas antes del incidente respectivamente.

—¿Y eso se discutió en el juicio? —pregunta Spencer.

—Brevemente —dice Donna—. Jackson lo mencionó como prueba de que las credenciales seguían activas. Sorpasso respondió que esos accesos podían haber sido realizados por el propio Wilson desde una ubicación remota y que la terminación del contrato no implicaba la desactivación inmediata de todos sus permisos. El punto no se desarrolló más.

—Porque ninguno de los dos abogados lo vio como su mejor argumento —digo —. Para Jackson era suficiente con señalar que las credenciales estaban vivas. Para Sorpasso era cómodo sugerir que esos accesos también eran de Wilson, lo que en realidad reforzaba su narrativa.

—Pero —dice Raymond, con la precisión de quien ha llegado a una conclusión y quiere verificarla antes de enunciarla— si esos tres accesos anteriores también son de Wilson, entonces tenemos accesos regulares al sistema incluso después de que terminó su contrato. Lo que haría más plausible, no menos, que el acceso de la noche del incidente también fuera suyo.

—O —dice Donna— si esos accesos no son de Wilson, si fueron realizados por otra persona usando sus credenciales durante los cuatro meses previos al

incidente, entonces tenemos evidencia directa de que alguien más estaba usando su identidad digital antes de la noche del desastre. Lo que cambia completamente la naturaleza de la Premisa 2.

El silencio que sigue es de los más tensos del proceso. Porque lo que Donna acaba de decir no es una hipótesis filosófica. Es una posibilidad empírica que el expediente podría confirmar o descartar, si alguien se hubiera tomado el trabajo de analizarla con esa pregunta en mente.

—¿Puede SURA analizar esos accesos? —pregunta Spencer, dirigiéndose a la pantalla con una franqueza que hace una semana le habría resultado impensable.

El análisis de los datos del expediente está dentro de mis funciones. El historial de accesos en las fojas indicadas muestra lo siguiente:

Acceso 1 — cuatro meses antes del incidente: Credenciales de Wilson. IP origen: proveedor de servicios en zona norte del distrito. Horario: 3:17 AM. Duración: 4 minutos. Operación: consulta de registros de configuración sin modificaciones.

Acceso 2 — tres meses antes del incidente: Credenciales de Wilson. IP origen: proveedor de servicios en zona norte del distrito. Horario: 2:43 AM. Duración: 7 minutos. Operación: consulta de registros de configuración sin modificaciones.

Acceso 3 — seis semanas antes del incidente: Credenciales de Wilson. IP origen: proveedor de servicios en zona norte del distrito. Horario: 2:58 AM. Duración: 11 minutos. Operación: consulta de parámetros del módulo de control energético sin modificaciones.

Observación estructural: Los tres accesos comparten características consistentes: horario nocturno, misma zona de IP, operaciones de consulta sin modificaciones. El acceso de la noche del incidente comparte el horario nocturno y la misma zona de IP, pero difiere en el tipo de operación — modificación de parámetros en lugar de consulta— y en la duración, significativamente mayor.

Esta consistencia de patrón es compatible con dos hipótesis: (a) el mismo usuario realizó todos los accesos, incluyendo el del incidente, lo que sugeriría vigilancia previa antes de la acción; (b) el mismo tercero realizó todos los accesos utilizando las credenciales de Wilson, incluyendo el del incidente, lo que sugeriría una operación planificada con accesos de reconocimiento previos.

Ambas hipótesis son consistentes con el patrón de datos. El expediente no contiene información adicional que permita distinguir entre ellas.

Nadie habla durante un tiempo que resulta imposible de medir con precisión. Es Jonas quien rompe el silencio, y lo hace con una voz diferente a la de siempre. No la voz del que quiere terminar. La voz del que acaba de entender algo que cambia la dimensión del problema.

—Entonces llevamos nueve días discutiendo quién lo hizo sin saber que el expediente contiene accesos previos que podrían ser la clave del caso. Y nadie los analizó así durante el juicio.

—Los analizaron —digo—. Pero con una pregunta diferente. Nadie preguntó si el patrón de accesos previos era consistente con vigilancia o con reconocimiento. Nadie los conectó con el acceso de la noche del incidente de esta manera.

—¿Y eso genera duda razonable? —pregunta Spencer, y la pregunta ya no suena como una trinchera. Suena como una pregunta genuina.

—Genera —dice Donna, con cuidado— una inconsistencia no resuelta en el relato de la fiscalía. Si esos accesos previos son de Wilson, la fiscalía tendría que explicar por qué realizaba consultas nocturnas al sistema durante meses antes de actuar. Si no son de Wilson, la Premisa 2 se derrumba por completo.

Spencer asiente muy despacio.

—Votar esta tarde —dice— va a ser diferente a votar ayer.

Y tiene razón.

Pero antes de que Harriet llame a la votación, Raymond hace una pregunta que lleva varios minutos formulando en silencio y que ahora enuncia con la calma característica de quien sabe que lo que dice puede cambiar el rumbo de algo.

—¿Podemos pedirle a SURA que compare la dirección IP de los tres accesos previos con la del acceso de la noche del incidente? No la zona. La dirección específica.

El texto aparece casi de inmediato:

Las cuatro direcciones IP son del mismo proveedor de servicios y de la misma subred. Sin embargo, corresponden a cuatro IPs distintas dentro de esa subred. Esto es consistente tanto con asignación dinámica —habitual en conexiones residenciales o móviles donde la IP cambia en cada sesión— como con el uso de diferentes puntos de acceso dentro de la misma zona geográfica.

Esta información no permite distinguir si los accesos provienen del mismo dispositivo físico.

Raymond asiente para sí mismo.

—Asignación dinámica —dice—. Lo que significa que la zona es la misma pero el dispositivo puede ser diferente en cada acceso. Incluyendo el de la noche del incidente.

—¿Eso es relevante? —pregunta Jonas.

—Es relevante —dice Raymond— porque la fiscalía argumentó que la IP de la noche del incidente vinculaba el acceso con Wilson porque correspondía a su zona de residencia anterior. Pero si los accesos previos tienen la misma característica y no sabemos si son de Wilson o de otra persona, entonces la zona de IP no es un marcador de identidad. Es un marcador geográfico que cualquiera en esa zona podría producir.

—O alguien que enrutara deliberadamente desde esa zona —añade Donna.

—Sí —dice Raymond—. También eso.

Spencer mira el techo durante un momento. Es un gesto que en él nunca había aparecido antes: el gesto de quien necesita separarse físicamente del nivel de la discusión para pensar con claridad.

—Quiero decir algo —dice, sin bajar la vista todavía—. Y quiero que quede claro que no lo digo para capitular ni para complacer a nadie. Lo digo porque creo que es verdad.

Baja la vista. Mira a Donna primero, luego a mí.

—La Premisa 2 de Sorpasso no estaba probada. Lo vi ayer con el análisis de SURA. Lo que acaba de mostrar Raymond sobre las IPs confirma que tampoco el argumento geográfico es tan sólido como pensaba. No estoy diciendo que Wilson sea inocente. Estoy diciendo que el caso de la fiscalía tiene dos pilares que creía sólidos y que resultan ser menos sólidos de lo que parecían. Eso me obliga a reevaluar la certeza con que estaba votando.

Donna no dice nada. No hace falta. Lo que Spencer acaba de articular es exactamente lo que ella había pedido desde el primer día: no un cambio de postura, sino una revisión honesta de las bases.

Paula Méndez, desde su extremo de la mesa, habla con la suavidad de siempre.

—¿Podemos votar?

Harriet propone la votación. Las papeletas circulan.

—Seis por culpabilidad. Seis por absolución.

El número se ha movido por primera vez en nueve días. Un solo voto. Pero en esa sala, en ese momento, ese voto tiene el peso de todo lo que ha costado moverlo.

Harriet lo anota sin comentario. Pero la manera en que sostiene el lápiz un momento antes de escribir el resultado sugiere que ella también siente el peso de ese desplazamiento.

Nadie celebra. Nadie protesta. Pero la sala entera respira de manera diferente que hace una hora. Como si el aire mismo hubiera cambiado de presión.

CAPÍTULO 8

La calidad de la duda

Sala de deliberaciones, día diez — mañana

El décimo día comienza con una pregunta que nadie había formulado todavía y que yo llevo dos noches rondando sin encontrar la manera de plantearla sin que sonara a acusación.

La formulo mientras todos están todavía distribuyendo el café y acomodando sus papeles, antes de que el ritual de inicio le dé a la sesión su tono habitual. La formulo así, de improviso, porque he aprendido que las preguntas difíciles tienen más probabilidad de ser escuchadas cuando no parecen preparadas.

—Quiero pedirle algo a SURA que ninguno de nosotros ha pedido todavía —digo —. Quiero pedirle que distinga entre los tipos de duda que estamos manejando. No sobre el caso. Sobre nosotros.

Donna deja el vaso en la mesa con una lentitud que en ella significa atención, no cautela.

—¿A qué se refiere exactamente?

—Me refiero a que llevamos diez días con la sensación de que dudamos razonablemente. Pero no todos dudamos de lo mismo ni por las mismas razones. Y me parece que esa diferencia importa. Que no es lo mismo una duda que surge de un vacío en la evidencia que una duda que surge de la incomodidad con la responsabilidad de decidir.

Spencer me mira con una expresión que no había tenido antes: la de alguien que acaba de escuchar algo que lo incomoda precisamente porque lo reconoce.

—¿Está diciendo que algunas de nuestras dudas no son jurídicamente válidas?

—Estoy diciendo que quiero saberlo. Y que quizá SURA puede ayudarnos a verlo.

El texto aparece en la pantalla antes de que nadie más hable, como si el sistema hubiera estado esperando exactamente esa pregunta:

La distinción que plantea es metodológicamente relevante y está dentro de mis funciones analizar. Propongo clasificar las dudas identificadas en la deliberación según tres categorías:

DUDA ESTRUCTURAL: Surge de vacíos reales en la evidencia. No puede resolverse sin información nueva. Tiene peso jurídico máximo porque señala lo que el proceso probatorio no pudo demostrar.

DUDA INFERENCIAL: Surge de la fragilidad de una cadena lógica. Puede examinarse revisando las premisas que la sostienen. Tiene peso jurídico variable según la solidez de la inferencia cuestionada.

DUDA PROYECTIVA: Surge del evaluador, no de la evidencia. Puede originarse en experiencias personales, aversión al riesgo, incomodidad con la decisión o sesgos cognitivos. No tiene peso jurídico directo porque no habla del caso sino de quien lo evalúa.

¿Desean que aplique esta clasificación a las dudas identificadas durante la deliberación?

—Sí —dice Spencer, sin esperar a que Harriet conduzca.

El mapa de la deliberación se reorganiza. Los argumentos permanecen donde estaban, pero ahora cada nodo tiene una etiqueta de color que indica la categoría de la duda que genera o que sostiene. Azul para estructural. Amarillo para inferencial. Rojo para proyectiva.

La primera reacción colectiva es el silencio. La segunda es algo más difícil de nombrar: una incomodidad que no es exactamente vergüenza pero que se le parece.

Hay más rojo del que nadie esperaba.

—¿Puede explicar —dice Donna, con una calma que cuesta más de lo que aparenta— por qué ha clasificado mi duda sobre la hipótesis alternativa como inferencial en lugar de estructural?

La duda sobre la hipótesis alternativa —que un tercero pudo haber utilizado las credenciales de Wilson de manera deliberada— es inferencial porque requiere la existencia de un agente, un motivo y una capacidad que no están directamente evidenciados en el expediente. Las Premisas 1 y 2 de la defensa —credenciales activas y ausencia de doble autenticación— son estructurales: señalan un vacío real en la atribución. La hipótesis que construye sobre ellas es inferencial: depende de suposiciones sobre un tercero no identificado.

Distinción importante: La duda estructural que generan las Premisas 1 y 2 es suficiente para cuestionar la atribución exclusiva de la autoría, independientemente de si la hipótesis alternativa es cierta.

Donna procesa esto durante un momento.

—Entonces la parte de mi argumento que tiene peso estructural es más pequeña de lo que pensaba. Pero sigue existiendo.

Sí. Y es jurídicamente relevante.

—¿Y cuáles son las dudas que SURA ha clasificado como proyectivas? —pregunta Jonas, con una voz que tiene algo de quien pregunta por el resultado de un análisis clínico sabiendo que puede no gustarle lo que escuche.

El sistema despliega una lista. No hay nombres. Hay descripciones de patrones argumentativos.

Patrón 1: En varias intervenciones se invocó la necesidad de cerrar el proceso como argumento para evaluar la evidencia. La urgencia de la decisión no es un criterio jurídico válido para determinar culpabilidad o inocencia.

Patrón 2: En algunas intervenciones se mencionó la percepción de la conducta del acusado durante el juicio como elemento de evaluación. La expresión facial, la postura o el comportamiento del acusado en sala no forman parte de la evidencia del expediente.

Patrón 3: En varias intervenciones se expresó incomodidad con la posibilidad de absolver a alguien que podría ser culpable. Esa incomodidad es comprensible y humana, pero no constituye evidencia de culpabilidad.

Patrón 4: En algunas intervenciones la solidez de un argumento pareció correlacionarse con la autoridad del perito que lo respaldaba más que con su contenido lógico.

Nadie dice nada durante un tiempo que resulta significativamente más largo que los silencios habituales de esa sala. Porque todos reconocen algo propio en al menos uno de esos patrones. No necesariamente el mismo. Pero algo.

Harriet habla primero. No sobre sí misma sino sobre el proceso, con la compostura de siempre, aunque esta vez la compostura tiene algo de esfuerzo visible.

—¿Puede SURA aclarar algo? ¿La presencia de patrones proyectivos en la deliberación invalida el proceso?

No. La deliberación humana siempre contiene elementos no estrictamente jurídicos. La función de esta clasificación no es invalidar ninguna intervención sino permitir al jurado distinguir qué partes de su razonamiento tienen peso directo sobre la decisión y cuáles son parte del proceso humano de procesar información bajo incertidumbre. La distinción ayuda a evaluar con mayor precisión. No produce un jurado diferente ni una deliberación diferente.

Harriet asiente con alivio discreto. El resto del jurado también, aunque nadie lo diga.

Jonas es el primero en hablar desde un lugar personal, y lo hace con una honestidad que en él ya no sorprende pero que siempre conmueve un poco.

—El Patrón 1 es mío. La urgencia. Lo sé. Lo supe desde que lo dije hace días. Pero verlo ahí escrito, catalogado, le da una concreción que incomoda.

—¿Te incomoda porque es verdad o porque lo ven los demás? —le pregunta Paula Méndez, sin malicia.

Jonas lo piensa un momento genuino.

—Las dos cosas. Pero sobre todo porque es verdad. Porque durante varios días tomé la urgencia de salir de aquí y la usé como argumento sin llamarla por su nombre.

—Reconocerlo —dice Paula— ya es parte de lo que hace que un voto sea responsable.

—El Patrón 2 —dice Spencer, con una calma que cuesta un esfuerzo visible— también es mío, en parte. Hubo un momento en los primeros días en que argumenté sobre la actitud de Wilson durante el juicio. No debí haberlo hecho.

Miro a Spencer con algo que no es sorpresa sino reconocimiento. Porque ese tipo de admisión, en ese hombre, con ese entrenamiento en estructuras donde la admisión de error tiene consecuencias, representa algo que no se produce sin un esfuerzo real. En urgencias, cuando un residente admite que siguió un protocolo porque lo había aprendido así y no porque lo hubiera examinado con esa situación específica, eso no lo hace menos competente. Lo hace más honesto. Y la honestidad, en una sala de deliberaciones o en una sala de urgencias, es el primer requisito de cualquier decisión buena.

—El Patrón 4 —digo yo— tiene algo mío también. Durante varios días di más peso al testimonio del perito de la fiscalía no porque su argumento fuera más sólido sino porque su presentación era más segura. La seguridad no es evidencia. Tardé en separarlas.

Donna, que ha escuchado todo con los brazos cruzados y una expresión imposible de leer, habla al final.

—Yo no me reconozco en ninguno de esos patrones de manera clara. Pero tampoco voy a pretender que soy inmune a ellos. Lo que sí reconozco es que la clasificación tiene un efecto que no había anticipado.

—¿Cuál? —pregunta Harriet.

—Que al ver las dudas proyectivas separadas de las estructurales, lo que queda en la columna estructural es más pequeño de lo que parecía cuando todo estaba mezclado. No porque las dudas estructurales sean menos válidas. Sino porque ahora se ven solas, sin el ruido de lo proyectivo alrededor. Y eso las hace a la vez más claras y más frágiles.

—¿Más frágiles? —pregunta Jonas.

—Más precisas —corrige Donna—. Que es otra manera de decir más frágiles. Cuando una duda es precisa, es más fácil evaluarla. Y cuando puedes evaluarla con claridad, la incertidumbre sobre si es suficiente para impedir la condena se vuelve más aguda, no menos.

Es la observación más filosóficamente honesta que Donna ha hecho en todo el proceso, y viene acompañada de algo que yo no esperaba de ella: una expresión que se parece, por primera vez, a la genuina incertidumbre. No la incertidumbre performativa del escéptico entrenado. La incertidumbre real de alguien que ha examinado sus propias dudas con rigor y no está completamente segura de lo que encuentra.

Spencer, que la observa con la misma atención con que ella lo ha observado a él durante días, habla con suavidad.

—¿Eso significa que está más cerca de cambiar su voto?

—No —dice Donna—. Significa que estoy más cerca de entender exactamente por qué no lo cambio. Y eso, aunque parezca lo mismo, es diferente.

—¿Por qué no lo cambia? —pregunta Spencer, y esta vez la pregunta no tiene el tono del debate. Tiene el tono de quien quiere entender de verdad.

Hay un silencio breve. Suficientemente largo para que la pregunta se asiente y suficientemente corto para que no se vuelva presión.

Donna lo mira durante un momento. Y lo que veo en su cara en ese segundo no es resistencia. Es la expresión de alguien que ha examinado su propia posición con una honestidad que le duele un poco y que ha encontrado que sigue en pie, no por comodidad sino por convicción.

—Porque la duda estructural que queda, una vez separada del ruido proyectivo, sigue siendo real. La Premisa 2 de Sorpasso no fue probada. Los accesos previos no fueron analizados con la pregunta correcta. La presencia de Vanderbilt esa noche no fue explicada. Esos tres elementos juntos constituyen una incertidumbre genuina sobre la autoría. No es enorme. Pero es suficiente para que yo no pueda votar culpabilidad en buena conciencia.

Spencer asiente.

—Lo entiendo —dice—. Y lo respeto.

Es la primera vez en diez días que Spencer dice eso. No lo entiendo y tienes razón. No lo entiendo y estás equivocada. Lo entiendo y lo respeto. Que es algo completamente distinto.

Harriet propone la votación. Las papeletas circulan.

—Ocho por culpabilidad. Cuatro por absolución.

Dos votos más hacia la culpabilidad. El movimiento más grande en un solo día desde que comenzaron. Nadie lo celebra. Nadie lo lamenta. La sala lo recibe con la gravedad de quienes entienden que cada voto representa una persona que ha revisado honestamente sus bases y ha llegado a un lugar diferente al de ayer.

Donna sigue donde estaba. Su duda estructural intacta. Y esa integridad, aunque produzca tensión, es exactamente lo que el sistema necesita que sea.

Salgo esa tarde con algo que no había sentido en diez días: la sensación de que la deliberación ha dejado de ser un enfrentamiento y ha empezado a ser, muy lentamente, lo que siempre debió ser. No una batalla por tener razón. Un intento colectivo y honesto de saber qué es lo que realmente sabemos.

Es una distinción que parece pequeña. No lo es.

CAPÍTULO 9

El espejo cognitivo

Sala de deliberaciones, día diez — tarde

Hay algo que nadie me enseñó en la facultad de medicina y que tardé años en aprender en la práctica: que el mayor obstáculo para un diagnóstico correcto no suele ser la falta de información sino el médico mismo. La manera en que procesa lo que ve. Los atajos cognitivos que usa sin saberlo. Los patrones que reconoce antes de haber terminado de examinar al paciente porque se parecen a algo que ya ha visto, y que a veces son los mismos patrones que le impiden ver lo que tiene realmente frente a él.

Lo recuerdo esa tarde porque SURA está a punto de hacer algo que ningún maestro de residencia habría podido hacer: mostrarnos a cada uno de nosotros cómo pensamos mientras pensamos. No el contenido de nuestros argumentos. La estructura de nuestra manera de argumentar.

La sesión de la tarde comienza sin votación pendiente. Harriet propone usar el tiempo para examinar lo que SURA puede mostrar sobre los patrones individuales de razonamiento, no como ejercicio de exposición personal sino como herramienta de calibración. La propuesta tiene el mismo tono práctico que todas las suyas. Y como todas las suyas, nadie puede objetarla sin parecer que está evitando algo.

—Antes de que empecemos —dice Donna—, quiero dejar algo claro. Lo que estamos a punto de hacer tiene un riesgo que ninguno ha nombrado todavía.

—¿Cuál? —pregunta Spencer.

—Que al ver nuestros patrones de razonamiento reflejados en una clasificación externa, podemos caer en la tentación de corregirlos para que coincidan con lo que el sistema considera razonamiento de calidad, en lugar de examinar si esa clasificación es correcta. En otras palabras: que en lugar de pensar mejor, empecemos a pensar de manera que SURA apruebe.

El silencio que sigue no es el silencio del desacuerdo sino el de quien acaba de escuchar algo que no había considerado y que tiene razón.

—¿Tiene solución ese riesgo? —pregunta Jonas.

—Parcialmente —dice Donna—. Si mantenemos la disposición a cuestionar la clasificación del sistema cuando no nos convence, en lugar de aceptarla automáticamente.

—De acuerdo —dice Harriet—. ¿SURA puede garantizar que su análisis de patrones individuales no constituye una evaluación de la persona sino del argumento?

Sí. El análisis identifica patrones en los argumentos presentados, no en las personas que los presentan. Los mismos patrones pueden aparecer en cualquier persona independientemente de su formación, experiencia o posición en la deliberación. No existe ninguna clasificación de personas en esta sesión. Solo de argumentos.

—Bien —dice Donna, con la brevedad de quien ha obtenido lo que necesitaba para continuar—. Procedamos.

Lo que SURA despliega a continuación no tiene nombre en la pantalla. No hay etiquetas individuales, no hay columnas con nombres propios. Hay cuatro perfiles de razonamiento descritos de manera abstracta, sin atribuirlos a nadie. Pero todos en esa sala sabemos, con una certeza que no requiere verificación, a quién pertenece cada uno.

El primero describe a alguien que razona por convergencia: busca el punto donde la mayor cantidad de evidencia apunta en la misma dirección y toma ese punto como conclusión. Su fortaleza es la síntesis. Su vulnerabilidad es que trata las premisas no verificadas como verificadas cuando se acumulan en suficiente cantidad. Una premisa débil rodeada de premisas sólidas tiende a absorber la solidez de las que la rodean.

Spencer no dice nada. Pero la manera en que apoya los codos sobre la mesa y junta las manos frente a la boca es la postura de alguien que está procesando algo con toda su atención.

El segundo describe a alguien que razona por fisura: busca el punto donde la narrativa se quiebra y trabaja desde ahí hacia afuera. Su fortaleza es la precisión crítica. Su vulnerabilidad es que puede generar dudas sobre partes individuales del argumento sin ofrecer una evaluación del conjunto, lo que a veces produce una sensación de incertidumbre mayor que la que la evidencia justifica.

Donna lo lee dos veces. La segunda vez con una expresión que no es exactamente incomodidad sino algo más matizado: el reconocimiento de alguien que ha visto algo verdadero sobre sí misma y está decidiendo qué hacer con ello.

El tercero describe a alguien que razona por resolución: prioriza el cierre del proceso sobre la exhaustividad del análisis. Su fortaleza es la practicidad. Su vulnerabilidad es que puede interpretar la incomodidad con la indecisión como

señal de que la decisión ya está lista, cuando en realidad lo que está listo es el agotamiento.

Jonas suelta el aire lentamente por la nariz. No dice nada, pero asiente una vez con una pequeña honestidad en el gesto.

El cuarto describe a alguien que razona por integración: intenta articular los marcos de los demás antes de evaluar el propio. Su fortaleza es la perspectiva sistémica. Su vulnerabilidad es que puede confundir la tolerancia a la complejidad con la neutralidad, y la neutralidad con la objetividad, cuando en realidad tiene sus propios sesgos que simplemente se manifiestan de manera menos visible.

Lo leo y lo reconozco como mío antes de haber terminado el segundo párrafo. Y lo que me produce no es incomodidad sino algo más específico: la sensación exacta que tengo cuando reviso el historial clínico de un paciente que traté hace meses y veo una decisión que tomé convencida de que era la mejor posible y que ahora, con distancia, reconozco que tenía una parte de comodidad propia disfrazada de ecuanimidad.

—¿Podemos preguntar al sistema algo sobre estos perfiles? —dice Spencer, con una franqueza que ya no sorprende.

—Adelante —dice Harriet.

Spencer se dirige a la pantalla.

—¿Cuál de estos perfiles tiende a producir los errores más costosos en un proceso de deliberación jurídica?

La respuesta de SURA llega con una pausa levemente más larga que las anteriores, como si el sistema necesitara calcular algo antes de responder. O como si alguien lo hubiera diseñado para que pareciera que lo hace.

Ninguno de los cuatro perfiles tiende a producir errores sistemáticamente más costosos que los otros. Cada perfil tiene fortalezas que compensan sus vulnerabilidades en diferentes fases de la deliberación. Los errores más costosos en procesos deliberativos surgen típicamente de la interacción entre perfiles cuando los participantes no son conscientes de sus diferencias estructurales. Un grupo donde todos razonan por convergencia tiende a producir certeza prematura. Un grupo donde todos razonan por fisura tiende a producir parálisis. Un grupo mixto, como el presente, tiene el mayor potencial de corrección mutua, pero también el mayor riesgo de bloqueo si los perfiles no logran comunicarse entre sí de manera efectiva.

—Un grupo mixto como el presente —repite Jonas, con algo en la voz que podría ser ironía o podría ser afecto—. Al menos nos llama grupo.

Hay una pequeña risa colectiva. Breve. Pero genuina. Y en esa brevedad hay algo que llevo días esperando que apareciera: la sensación de que estos doce no son doce posiciones enfrentadas sino doce personas compartiendo el mismo peso.

Paula Méndez aprovecha el momento de distensión para hacer la pregunta que yo misma estaba a punto de formular.

—¿Puede SURA decirnos si hay alguna combinación de estos cuatro perfiles que tienda a producir mejores veredictos? No más rápidos. Mejores.

La investigación sobre deliberación jurídica no ofrece evidencia concluyente de que ningún perfil individual o combinación específica de perfiles produzca sistemáticamente mejores veredictos. Lo que sí muestra es que los grupos donde los participantes son conscientes de sus propios patrones de razonamiento tienden a producir deliberaciones más precisas: no necesariamente más cortas ni más unánimes, pero sí más capaces de identificar con claridad dónde está el desacuerdo real y qué tipo de información lo resolvería o no.

En el presente jurado, la consciencia de los patrones ha aumentado en las últimas dos sesiones. Eso no garantiza un veredicto correcto. Garantiza que el veredicto que se alcance estará basado en una comprensión más precisa de lo que se sabe y lo que no se sabe.

Raymond Alekine, que ha escuchado toda la sesión con la atención de siempre, hace una observación breve que nadie esperaba y que, como casi todas las suyas, tiene una exactitud que deja poco espacio para el debate.

—Lo que SURA acaba de decir es que no nos va a dar la respuesta correcta. Nos va a dar las condiciones para que la busquemos mejor.

—Sí —digo—. Creo que eso es exactamente lo que es.

Donna habla después, con una calma que tiene algo diferente a la de los días anteriores. Menos armadura. No menos rigor.

—Quiero hacer algo que no he hecho hasta ahora. Quiero pedirle a SURA que evalúe mi argumento principal, el de la duda estructural sobre la Premisa 2, desde el perfil de razonamiento por convergencia. Quiero saber cómo lo leería Spencer. No para cambiar mi conclusión. Para entender por qué la mía y la suya parten de la misma evidencia y llegan a lugares tan distintos.

Spencer la mira con una expresión que tarda un momento en identificar. Es la expresión de alguien que acaba de ser tratado con un respeto que no esperaba.

—Yo haré lo mismo —dice—. Pediré que evalúen mi argumento desde el perfil por fisura.

El ejercicio toma casi una hora. Lo que SURA produce cuando analiza el argumento de Donna desde el perfil por convergencia es revelador para Spencer: muestra que la duda sobre la Premisa 2, vista desde su propio marco, no habría tenido el peso que Donna le da porque él la habría sumergido dentro de la masa de evidencia convergente y habría dejado que el conjunto la opacara. No porque estuviera mintiendo. Porque su manera de razonar absorbe las dudas parciales dentro de la dirección dominante.

—Eso explica —dice Spencer, mirando el análisis en la pantalla— por qué durante días escuché tu argumento y lo entendí intelectualmente pero no lo sentí como objeción de peso. No era que no lo escuchara. Era que mi manera de procesar lo disolvía antes de que pudiera hacer efecto.

Donna asiente despacio.

—Y lo que SURA muestra sobre tu argumento visto desde mi perfil —dice— es que la convergencia de la evidencia me genera sospecha en lugar de convicción. Cuando muchas cosas apuntan en la misma dirección, mi primer impulso es preguntar quién las alineó y con qué propósito. Es un sesgo. Lo reconozco. Pero en este caso particular, preguntarme eso me llevó a la Premisa 2, que resultó ser el punto débil real del argumento.

—Entonces los dos teníamos razón en algo —dice Jonas, con la sencillez de quien no necesita que las cosas sean más complicadas de lo que son.

—Los dos teníamos sesgos que, en este caso, apuntaban en direcciones complementarias —digo—. No es lo mismo. Pero tampoco es tan diferente como parecía hace diez días.

Lo que produce el ejercicio completo no es acuerdo. Pero sí algo que en diez días no había aparecido ni una sola vez: la experiencia de verse desde el lugar del otro. No de fingir que el otro tiene razón. De entender, de manera funcional y no solo teórica, por qué el mismo mapa produce rutas distintas dependiendo de quién lo lee.

Cuando Harriet propone la votación de la tarde, la sala tiene una temperatura diferente. No de consenso. De comprensión mutua. Que es, descubro en ese momento, una cosa completamente distinta pero igualmente valiosa.

—Ocho por culpabilidad. Cuatro por absolución.

El número no cambia respecto a la mañana. Pero la manera en que cada uno deposita su papeleta ha cambiado. Menos como quien planta una bandera. Más como quien firma algo que sabe que tiene consecuencias y las acepta con los ojos abiertos.

Eso, pienso al salir, es lo más parecido a una deliberación honesta que he visto en diez días. No perfecta. Honesta. Y la honestidad, en este proceso como en la medicina, es el único punto de partida que vale algo.

CAPÍTULO 10

La sospecha sobre la máquina

Sala de deliberaciones, día once — mañana

La reacción era inevitable. Lo sabía desde el momento en que SURA se encendió. No porque la herramienta sea mala ni porque el jurado sea desconfiado por naturaleza, sino porque hay una clase de preguntas que solo emergen después de que una cosa ha demostrado su utilidad. Las preguntas sobre el poder son siempre tardías. Llegan cuando ya hay algo que perder si la respuesta no gusta.

Donna llega al undécimo día con el libro bajo el brazo de siempre y una expresión que no he visto en ella antes: la de alguien que ha pasado la noche con una pregunta que no ha podido resolver y que ha decidido traerla a la sala en lugar de seguir cargándola sola.

Se sienta. Deja el libro sobre la mesa, esta vez sin abrirlo. Espera a que Harriet llame al orden. Y cuando la sesión comienza, habla antes de que nadie más pueda hacerlo.

—Tengo que plantear algo que he evitado decir porque no quería que sonara a obstrucción. Pero callarlo me parece peor.

—Adelante —dice Harriet, con la calma de quien ya intuye que esto va a ser importante.

—Llevamos tres días usando SURA. Ha producido cosas útiles. Lo reconozco sin reservas. El análisis de la Premisa 2, los accesos previos al sistema, la clasificación de tipos de duda, los perfiles de razonamiento. Todo eso ha mejorado la calidad de nuestra deliberación de maneras que no habríamos alcanzado solos en el tiempo que teníamos. Eso también lo reconozco.

Pausa. Donna mira la pantalla, que está en modo de espera con su fondo gris habitual, y luego mira al jurado.

—Pero hay una pregunta que no hemos hecho y que creo que tenemos la obligación de hacer. ¿Quién definió los criterios con que SURA clasifica una duda como estructural, inferencial o proyectiva? ¿Con qué autoridad filosófica? ¿Y qué garantía tenemos de que esa clasificación no está sesgada en una dirección que favorece sistemáticamente a la acusación o a la defensa, sin que nadie lo haya notado porque la formalidad del sistema produce la ilusión de neutralidad?

El silencio que sigue no es el silencio de quien no tiene respuesta. Es el silencio de quien está midiendo el peso de lo que acaba de escuchar.

Spencer habla primero, y lo hace con una ecuanimidad que hace diez días habría sido imposible en él.

—La misma pregunta puede hacerse sobre el juez Steinberg. ¿Quién definió los criterios con que instruyó al jurado sobre la duda razonable? ¿Con qué autoridad filosófica? La respuesta es: la tradición jurídica, los precedentes, la ley. Criterios humanos, construidos históricamente, con todos los sesgos que eso implica. ¿Por qué el criterio de SURA sería menos legítimo que eso?

—Porque la tradición jurídica es revisable, debatida, contestada en cada juicio por dos abogados que representan posiciones opuestas —dice Donna—. Los criterios de SURA no fueron contestados por nadie en esta sala antes de que los aceptáramos. Los aceptamos porque el juez los presentó como herramienta de apoyo y porque queríamos salir del estancamiento. Eso no es suficiente.

—¿Puede SURA responder a esto directamente? —pregunta Jonas, con una practicidad que en este contexto es exactamente lo que se necesita.

Harriet asiente y formula la pregunta a la pantalla.

—SURA, ¿cuáles son los criterios con que clasificas los tipos de duda y quién los definió?

La respuesta aparece con la misma tipografía austera de siempre, pero es más larga que la mayoría.

Los criterios de clasificación de tipos de duda utilizados en este sistema se basan en tres fuentes documentadas:

1. Lógica formal estándar: distinción entre premisas verificadas, premisas inferidas y premisas no sustentadas. Esta distinción es independiente del contenido del caso y se aplica de la misma manera a argumentos de acusación y de defensa.

2. Teoría de la argumentación jurídica: específicamente los trabajos de Toulmin, Perelman y MacCormick sobre la estructura de los argumentos legales y la carga de la prueba en sistemas acusatorios. Estas fuentes son públicas, citadas y revisables.

3. Psicología del razonamiento: distinción entre sesgos cognitivos documentados y razonamiento basado en evidencia. Las categorías utilizadas corresponden a literatura peer-reviewed en psicología cognitiva.

Los criterios fueron definidos por un equipo interdisciplinario cuya composición y metodología están disponibles en la documentación pública del proyecto. No son los únicos criterios posibles. Existen marcos alternativos que podrían producir clasificaciones distintas en casos específicos.

Reconocimiento explícito de limitaciones: este sistema no puede garantizar neutralidad absoluta. Ningún sistema de clasificación puede hacerlo. Lo que puede garantizar es consistencia: aplica los mismos criterios a todos los argumentos, independientemente de su origen o dirección.

Donna lee la respuesta dos veces. La segunda vez con un lápiz en la mano que no usa para escribir sino para pensar, un hábito que he notado en ella cuando está procesando algo que no quiere apresurar.

—Consistencia —dice finalmente— no es lo mismo que neutralidad.

—No —admite Spencer—. Pero es lo más cercano a la neutralidad que cualquier sistema puede ofrecer. Humano o no.

—¿Puede darse un ejemplo —pregunta Donna, dirigiéndose a la pantalla— de un caso donde la clasificación de este sistema podría favorecer sistemáticamente a la acusación sobre la defensa?

Sí. El sistema clasifica como proyectiva la duda que surge de la incomodidad con la responsabilidad de condenar a alguien. Esta clasificación es jurídicamente coherente: esa incomodidad no constituye evidencia de inocencia. Sin embargo, en un sistema donde se presume la inocencia, podría argumentarse que la incomodidad con la condena tiene un peso moral legítimo que el sistema no captura. Este es un punto de tensión real entre el marco jurídico estándar y marcos filosóficos alternativos que dan mayor peso a la posición asimétrica de acusado y Estado.

El sistema asume el marco jurídico estándar. Esa asunción podría considerarse un sesgo hacia la acusación en casos donde el marco alternativo sería más apropiado.

El silencio que sigue es de los más densos de todo el proceso. Porque SURA acaba de admitir, sin que nadie se lo pidiera de esa manera, que tiene un

sesgo potencial. Y esa admisión espontánea produce un efecto que ninguno esperaba: no desconfianza, sino algo más parecido al respeto cauteloso que se siente ante quien reconoce sus propios límites sin necesitar que los señalen.

—Eso —dice Donna, con una quietud que no es rendición sino algo más complejo— es más honesto de lo que esperaba.

—Sí —digo—. Y nótese lo que implica. El sistema no intentó ocultar el sesgo. Lo mostró cuando se lo preguntamos de la manera correcta. Eso no elimina el sesgo. Pero lo hace visible y manejable.

—¿Manejable cómo? —pregunta Jonas.

—Sabiéndolo —digo—. Si el sistema tiende a subestimar el peso moral de la incomodidad con la condena, podemos compensarlo conscientemente. No eliminarlo. Compensarlo. Igual que compensamos cualquier otro sesgo cuando somos conscientes de él.

Paula Méndez habla desde su extremo de la mesa con la voz suave que tiene siempre, pero con una firmeza que ha ido creciendo a lo largo de los días.

—En oncología usamos un concepto que se llama incertidumbre calibrada. Significa que no pretendemos que el diagnóstico es más seguro de lo que es. Le decimos al paciente exactamente qué sabemos, qué no sabemos y qué probabilidad tiene cada escenario. Eso no paraliza al paciente. Lo prepara para decidir con información honesta. Lo que SURA acaba de hacer —reconocer su sesgo potencial— es incertidumbre calibrada. Sabe lo que no sabe y lo dice.

—O fue programado para parecer que lo sabe —dice Donna.

—Puede ser —admite Paula—. Pero la pregunta que me hago es: ¿importa la diferencia si el efecto es el mismo? Si el resultado de esa admisión es que nosotros deliberamos con mayor consciencia de los límites del sistema, ¿cambia algo que la admisión haya sido genuina o calculada?

Donna guarda silencio durante un momento que tiene la densidad de la reflexión honesta.

—Filosóficamente, sí importa —dice—. Prácticamente, tienes razón en que el efecto es el mismo. Y en este contexto, el efecto práctico es lo que más pesa.

Spencer se inclina ligeramente hacia adelante.

—Donna, quiero hacerte una pregunta directa. No para presionarte. Para entenderte.

—Adelante.

—¿La sospecha que has planteado hoy cambia tu evaluación de lo que SURA ha producido en estos tres días? ¿O solo añade una capa de cautela sobre cómo usarlo?

Donna considera la pregunta durante un momento real, no performativo.

—Añade cautela —dice—. Lo que ha producido sigue siendo útil. El análisis de la Premisa 2 era correcto independientemente de quién lo hiciera. Los accesos previos estaban en el expediente independientemente de que SURA los

señalara. La clasificación de mis dudas me hizo ver algo verdadero sobre mi propio razonamiento, aunque el marco de clasificación pueda discutirse. Ninguna de esas cosas desaparece porque el sistema tenga limitaciones que ahora conocemos mejor.

Raymond Alekine, que ha estado escuchando con la atención de siempre, interviene con la economía de palabras que lo caracteriza.

—Quiero añadir algo técnico a lo que Donna planteó. Trabajo con sistemas de diagnóstico automatizado en telecomunicaciones. Todos tienen sesgos derivados de los datos con que fueron entrenados y de los criterios que alguien eligió para interpretarlos. La práctica estándar no es ignorar los sesgos ni descartar el sistema. Es documentarlos, comunicarlos y compensarlos en la interpretación de los resultados. Lo que SURA acaba de hacer es exactamente eso: documentar un sesgo potencial cuando se lo preguntamos de la manera correcta. Eso es lo que cualquier sistema bien diseñado debería hacer.

—¿Y si hay sesgos que no documentó porque no le preguntamos de la manera correcta? —dice Donna.

—Ese riesgo siempre existe —admite Raymond—. Con SURA y con cualquier otro sistema, incluido el nuestro. La pregunta no es si hay sesgos ocultos. Es si el sistema tiene más o menos sesgos ocultos que la alternativa. Y la alternativa, en este caso, es deliberar sin él.

Donna lo mira durante un momento.

—Eso —dice— es un argumento pragmático.

—Sí —dice Raymond—. ¿Es incorrecto?

Una pausa.

—No —admite Donna—. Pero me incomoda que la mejor defensa de la herramienta sea que sin ella estaríamos peor.

—A veces —digo— esa es la única defensa honesta de cualquier cosa. Incluyendo el sistema jurídico completo.

Donna asiente, apenas. Pero es un asentimiento real.

—Entonces seguimos —dice Jonas.

—Seguimos —confirma Donna—. Pero con los ojos más abiertos.

Harriet mira alrededor de la mesa.

—¿Hay alguien que quiera detener el uso del sistema dado lo que se ha planteado hoy?

Nadie levanta la mano. Ni siquiera Donna, que fue quien planteó la objeción.

—Bien —dice Harriet—. Continuamos. Y dejamos constancia de que el jurado es consciente de las limitaciones señaladas y las tiene en cuenta en su evaluación de los análisis del sistema.

Es una decisión que no tiene nombre jurídico formal. Pero tiene una precisión que cualquier filósofo reconocería: no es confianza ciega ni rechazo reactivo. Es el uso informado de una herramienta imperfecta en un proceso que, sin ella,

también era imperfecto. La diferencia es que ahora la imperfección es visible para todos y puede ser compensada de manera consciente.

Pienso, mientras Harriet organiza las papeletas, que eso es quizá la descripción más honesta de lo que puede esperarse de cualquier sistema de justicia. No la ausencia de imperfección. La consciencia de ella. Y la decisión colectiva de trabajar dentro de esos límites con la mayor honestidad posible.

Harriet propone la votación antes del receso de mediodía.

—Ocho por culpabilidad. Cuatro por absolución.

El número se mantiene. Pero la sala que lo produce es diferente a la de ayer. Más escéptica. Más lúcida. Y esa lucidez, incluso cuando no mueve votos, es en sí misma una forma de justicia que el proceso debe a todos los que están dentro de él y al hombre que espera afuera.

CAPÍTULO 11

El colapso de una certeza

Sala de deliberaciones, día once — tarde

Hay momentos en una deliberación que no se anuncian. No llegan con la dramática claridad de los puntos de inflexión que uno reconoce en retrospectiva y que en el instante en que ocurren parecen, al contrario, casi banales. Un dato leído en voz alta. Una pregunta formulada de cierta manera. Una conexión que alguien hace entre dos elementos que llevaban días en el expediente sin tocarse.

El momento del undécimo día llega así. De esa manera lateral e inesperada que tienen las cosas verdaderamente importantes de presentarse.

Después del receso de mediodía, Spencer vuelve a la sala con algo diferente en la postura. No diferente de manera visible para cualquiera. Diferente de la manera en que un médico nota que un paciente ha cambiado entre dos visitas: algo en la manera de caminar, en cómo toma asiento, en el ángulo con que apoya las manos sobre la mesa. Lleva años leyendo esa clase de señales. Esta me dice que Spencer ha estado pensando durante el receso con una intensidad que no ha tenido tiempo de ordenar todavía.

Se sienta. Mira la pantalla. Y habla antes de que Harriet haya terminado de instalarse.

—Quiero pedirle algo a SURA que llevo varias horas dando vueltas en la cabeza.

—Adelante —dice Harriet.

Spencer se dirige a la pantalla con la franqueza de alguien que ha decidido hacerlo y ya no quiere tomarse tiempo en la forma.

—Quiero que analices el argumento completo de la secuencia de comandos. No solo la premisa dos. El argumento completo, desde la evidencia que lo sostiene

hasta la conclusión que la fiscalía extrae de ella. Quiero ver exactamente qué parte de ese argumento es verificable y qué parte depende de inferencias que no lo son.

De acuerdo. El análisis completo del argumento sobre la secuencia de comandos se estructura de la siguiente manera:

HECHO VERIFICADO 1: En la madrugada del incidente se ejecutó en el sistema Nexura una secuencia de comandos que desactivó protocolos de seguridad y modificó parámetros de flujo energético hasta niveles críticos.

HECHO VERIFICADO 2: Esa secuencia requería conocimiento técnico específico del sistema.

HECHO VERIFICADO 3: La secuencia ejecutada es idéntica a la documentada en un informe técnico elaborado por Luke Wilson dieciocho meses antes del incidente.

HECHO VERIFICADO 4: Ese informe estaba almacenado en los servidores de Nexura, accesible para usuarios con permisos de nivel medio o superior.

INFERENCIA NO DEMOSTRADA A: Wilson fue quien ejecutó la secuencia.

Esta inferencia se sostiene sobre la combinación de los Hechos 1 a 4, más los siguientes supuestos no verificados:

Supuesto 1: Wilson era la única persona con acceso al informe y con el conocimiento técnico necesario para ejecutar la secuencia. [Contestado por la defensa. No reestablecido de manera concluyente.]

Supuesto 2: El acceso remoto que ejecutó la secuencia fue realizado por Wilson y no por un tercero utilizando sus credenciales. [Contestado por la defensa mediante evidencia de vulnerabilidad del sistema. No reestablecido de manera concluyente.]

CONCLUSIÓN DE LA FISCALÍA: Wilson ejecutó la secuencia con intención deliberada de causar daño.

Esta conclusión requiere adicionalmente:

Supuesto 3: La intención del ejecutante era causar daño, no realizar una prueba o una verificación del sistema. [No demostrado. Inferido del contexto del conflicto laboral.]

Peso estructural del argumento completo: Los Hechos Verificados 1 a 4 son sólidos. La conclusión final depende de tres supuestos no verificados, dos de los cuales fueron contestados durante el juicio sin ser reestablecidos de manera concluyente. La solidez del argumento completo es significativamente menor que la solidez de sus componentes verificados considerados de manera aislada.

Spencer lee el análisis en silencio. Lo hace dos veces, como tiene por costumbre cuando procesa algo que importa. Cuando termina la segunda lectura, apoya los codos sobre la mesa y junta las manos frente a la boca en la postura que ya reconozco como su postura de pensamiento intenso.

El silencio que sigue dura suficiente para que todos entiendan que lo que está ocurriendo en ese momento no es Spencer formulando un contraargumento. Es Spencer procesando algo que ha cambiado la estructura de lo que creía.

—Siete días —dice finalmente, con una voz que no tiene el tono del hombre que admite un error. Tiene el tono del hombre que está haciendo un inventario honesto—. Siete días usando este argumento como si los supuestos fueran parte de los hechos. Sin haberlos separado con esta claridad.

—No es que no lo intentaras —digo, con cuidado—. Es que dentro del debate oral es casi imposible mantener esa distinción de manera constante. La cadena de la fiscalía estaba bien construida para que los supuestos fluyeran desde los hechos sin fricción visible.

—Lo sé —dice Spencer—. Y eso, precisamente, es el problema. Que la construcción narrativa de Sorpasso fue tan eficaz que yo no la cuestioné con el rigor que le habría aplicado a cualquier informe de inteligencia. Le di a la acusación una deferencia que no le daría a ningún subordinado que me presentara un análisis con supuestos sin verificar disfrazados de conclusiones.

Donna escucha todo esto con una quietud que no es la quietud de quien espera su turno para hablar sino la de quien está presenciando algo que no quiere interrumpir.

Jonas, en cambio, no puede contenerse.

—¿Eso significa que vas a cambiar tu voto?

Spencer lo mira.

—Significa que voy a reevaluar las bases de mi voto. Que no es lo mismo, pero que puede llevar a lo mismo.

—¿Cuándo lo sabrás?

—Cuando termine de pensar —dice Spencer, con una paciencia que en él tiene algo de nuevo—. No antes.

Harriet propone que trabajen con SURA el resto de la tarde sobre los otros argumentos centrales de la acusación, aplicando el mismo nivel de descomposición que acaban de usar con la secuencia de comandos. La propuesta tiene el tono de quien quiere capitalizar el momento sin presionarlo. Spencer asiente. Donna también. Jonas mira la pantalla con una expresión que ha dejado de ser la del que quiere salir y se ha convertido, gradualmente y sin que nadie lo haya señalado, en la del que quiere entender.

Trabajan durante dos horas. Lo que produce el análisis sistemático de los argumentos restantes no es la demolición del caso de la fiscalía. Es algo más matizado y más útil: una cartografía precisa de qué parte del caso descansa en hechos verificados y qué parte descansa en inferencias de distintos grados de solidez. La imagen que emerge no es la de un caso inventado. Es la de un caso construido con habilidad sobre una base que es más estrecha de lo que la presentación de Sorpasso permitía apreciar.

Durante ese trabajo, Jonas hace algo que no había hecho en once días: pregunta al sistema por el argumento que él mismo ha sostenido con mayor frecuencia.

—Quiero saber en qué categoría cae el argumento de que la defensa no presentó una hipótesis alternativa completa y por lo tanto la duda que generó es insuficiente.

Este argumento contiene una premisa jurídicamente incorrecta. En un proceso penal acusatorio, la defensa no tiene la obligación de presentar una hipótesis alternativa completa. Su función es generar duda razonable sobre la hipótesis de la acusación. La ausencia de hipótesis alternativa completa no elimina la duda razonable si los hechos verificados de la acusación no son suficientes por sí solos para sostener la conclusión de culpabilidad.

La duda razonable no requiere que el jurado sepa quién lo hizo. Requiere que el jurado no esté seguro más allá de duda razonable de que lo hizo el acusado.

Jonas lee la respuesta despacio. Luego la lee otra vez.

—Siete días —dice, con un tono que no tiene culpa sino reconocimiento— usando ese argumento sin saber que tenía una premisa incorrecta.

—No la tenías incorrecta del todo —digo—. La lógica intuitiva es razonable: si no hay explicación alternativa, la más probable es la que señala la evidencia. El problema es que en derecho penal la lógica de la probabilidad no es suficiente. El estándar es más alto.

—Y yo lo sabía —dice Jonas—. Pero lo aplicaba de manera intermitente. Cuando me convenía.

No hay nada que responder a esa clase de honestidad excepto dejarla estar.

—¿Puede SURA darnos una evaluación sintética? —pide Donna, al final de las dos horas—. No del veredicto. De la solidez global del caso de la acusación una vez separados los hechos verificados de las inferencias.

El caso de la acusación descansa sobre cinco hechos verificados de solidez alta y cuatro inferencias de solidez variable. Dos de esas inferencias son lo que en argumentación jurídica se denominaría inferencias necesarias: son las únicas conclusiones posibles dado el conjunto de hechos verificados. Las otras dos son inferencias plausibles: son coherentes con los hechos verificados pero no son las únicas conclusiones posibles.

Las dos inferencias necesarias son: que hubo una intervención deliberada en el sistema, y que esa intervención requería conocimiento interno.

Las dos inferencias plausibles son: que el autor de la intervención fue Wilson, y que la intención era causar daño.

La acusación presentó las cuatro inferencias con el mismo nivel de certeza. La distinción entre necesarias y plausibles no fue establecida con claridad durante el juicio.

Spencer lee la síntesis una vez. Solo una vez.

—La acusación presentó las cuatro con el mismo nivel de certeza —repite, en voz baja, para nadie en particular—. Eso es lo que hizo Sorpasso. Eso es lo que yo acepté.

Nadie responde. Porque no hay nada que añadir que Spencer no sepa ya.

Harriet propone la votación de la tarde. Las papeletas circulan con el ritual de siempre, pero esta vez hay algo en la manera en que Spencer deposita la suya que es diferente a cualquier otra. No más rápido ni más lento. Con un cuidado diferente. El cuidado de alguien que no está ejecutando un acto automático sino tomando una decisión que sabe que tiene peso.

—Siete por culpabilidad. Cinco por absolución.

Un voto se ha movido desde la mañana. De ocho a cuatro ha pasado a siete a cinco. Y ese voto, que podría parecer un retroceso hacia el estancamiento inicial, no lo es en absoluto. Es el voto de alguien que ha revisado sus bases con una honestidad que ninguna cantidad de debate oral había podido producir, y que ha llegado a un lugar diferente no porque lo hayan convencido sino porque ha elegido ver con mayor claridad.

Donna mira el resultado con una expresión que no es triunfo. Nunca ha sido triunfo lo que busca, y en este momento menos que nunca. Es la expresión de alguien que ve confirmado algo que siempre supo que era verdad y que encuentra en esa confirmación no satisfacción sino peso adicional: si tenía razón en que la duda era legítima, entonces la responsabilidad de sostenerla también lo es.

Spencer, después de depositar su papeleta, permanece con los ojos fijos en la mesa durante un momento antes de levantar la vista.

—No he cambiado de conclusión todavía —dice, con una calma que no necesita justificarse—. He cambiado de certeza. Y eso, creo, es lo que corresponde hacer cuando ves con más claridad las bases de lo que crees.

Nadie contesta. Porque no hay nada que añadir. Spencer acaba de describir, con esa economía de palabras que es su manera de hablar cuando algo le importa de verdad, la diferencia entre capitular y revisar. Son cosas distintas. Y él, con once días de deliberación encima, ha elegido revisarse.

Salgo esa tarde pensando en algo que un profesor de ética médica dijo en mi primer año de facultad: que la diferencia entre ignorancia y error no es la distancia desde la verdad sino la disposición a revisarse. Spencer ha revisado. Eso, independientemente de a dónde lleve, es lo más cercano a la integridad intelectual que he visto en once días.

CAPÍTULO 12

La depuración del desacuerdo

Sala de deliberaciones, día doce — mañana

El duodécimo día comienza con la primera votación antes de que nadie haya hablado. Es decisión de Harriet, y cuando la propone nadie la cuestiona. Todos

entienden, sin necesidad de explicación, por qué: después de lo que ocurrió ayer tarde, el número importa. No para presionar a nadie. Para saber desde dónde se parte.

Las papeletas circulan en silencio. Harriet las cuenta con la misma expresión de siempre, esa compostura que en doce días no ha variado en lo esencial y que funciona como regulador de temperatura de la sala: mientras Harriet esté tranquila, la sala puede permitirse estarlo.

—Cinco por culpabilidad. Siete por absolución.

El número se ha invertido.

No dramáticamente. No con la fanfarria de una resolución. Con la sobriedad de un proceso que ha ido acumulando pequeños desplazamientos hasta que la dirección se ha vuelto visible. Spencer mira el resultado con la expresión de quien confirma algo que ya sabía pero que necesitaba ver escrito para creerlo del todo. Jonas asiente muy despacio, como registrando algo internamente. Donna no reacciona de ninguna manera visible, lo cual en ella es la reacción más significativa posible.

—¿Quiere alguien explicar su voto antes de continuar? —pregunta Harriet.

Tres personas levantaron la mano en la votación del lado de la absolución que ayer no estaban ahí. Dos de ellas hablan. La primera es una jurada que durante doce días ha intervenido con mesura: Valentina Cruz, diseñadora de interiores de cuarenta y seis años, que ha escuchado todo con una atención que nunca se tradujo en protagonismo y que ahora habla con la claridad de quien ha procesado algo durante mucho tiempo antes de decirlo.

—Cambié porque el análisis de ayer dejó claro algo que yo no había podido articular: que la acusación presentó como hechos cosas que eran inferencias. Y que yo acepté esa equiparación sin cuestionarla porque la presentación de Sorpasso era convincente. Eso no es una razón para condenar a nadie.

El segundo es un jurado que ha permanecido tan silencioso como Valentina durante doce días: Marcus Webb, contador de cincuenta y tres años, que habla con la brevedad de quien valora el tiempo propio y el ajeno.

—Lo que me movió fue la síntesis de SURA sobre las inferencias necesarias versus las plausibles. La acusación necesita que las dos plausibles sean ciertas para que la conclusión se sostenga. Y no las demostró. Las hizo parecer inevitables, que no es lo mismo.

Spencer habla después, sin que nadie se lo pida. Lo hace como siempre: con los antebrazos sobre la mesa y el tono de quien informa un resultado después de un análisis.

—Cambié porque pasé la noche rehaciendo el caso desde el principio con las distinciones que SURA mostró ayer. Y cuando separé lo que está probado de lo que es inferencia plausible, lo que queda del lado de la certeza no es suficiente para que yo vote culpabilidad con la convicción que ese voto requiere. No estoy diciendo que Wilson sea inocente. Estoy diciendo que no tengo certeza

suficiente de que sea culpable. Y esa diferencia, finalmente, es la única que importa en esta sala.

Hay un silencio que no es vacío sino pleno. El silencio de algo que ha llegado a su lugar después de un recorrido largo.

Jonas habla desde el lado que no ha cambiado, con una honestidad que ya es su manera de estar en esa sala.

—Yo sigo donde estaba ayer. No porque no haya escuchado. Sino porque lo que SURA mostró no cambió mi evaluación del conjunto. Sigo creyendo que la suma de la evidencia, incluso con las inferencias plausibles en lugar de necesarias, supera el estándar de la duda razonable. Puede que esté equivocado. Pero es donde estoy.

—¿Puede SURA mostrar qué dudas quedan activas en la deliberación después de los movimientos de hoy? —pide Donna, dirigiéndose a la pantalla con la naturalidad de quien ha integrado la herramienta en su manera de procesar.

Las dudas activas identificadas en la deliberación, clasificadas por tipo:

DUDAS ESTRUCTURALES ACTIVAS (surgen de vacíos reales en la evidencia):

1. La Premisa 2 de la acusación —que Wilson era la única persona con el conocimiento y acceso necesarios— no fue demostrada de manera concluyente. Este vacío no ha sido cerrado por nueva información.

2. Los tres accesos previos al sistema con las credenciales de Wilson no fueron analizados durante el juicio con la pregunta de si podrían corresponder a un tercero. Este vacío permanece abierto.

3. La presencia no programada de Vanderbilt en la subestación la noche del incidente no tiene explicación verificada en el expediente.

DUDAS INFERENCIALES ACTIVAS (surgen de fragilidades en la cadena lógica):

4. La inferencia de que la intención del ejecutante era causar daño, más que realizar una verificación del sistema, se sustenta exclusivamente en el contexto del conflicto laboral previo. La conexión lógica entre el conflicto y la intención específica de causar daño es una inferencia plausible, no una deducción necesaria.

DUDAS RESUELTAS O DEPURADAS:

Las dudas sobre la realidad de la intervención en el sistema han sido resueltas: la intervención ocurrió y fue deliberada. Las dudas proyectivas identificadas en sesiones anteriores han sido reconocidas por los jurados que las sostenían y han sido separadas del razonamiento activo.

La lectura del análisis produce un efecto que ya conozco de las deliberaciones médicas largas: la sensación de ver el problema con una claridad que antes no era posible porque había demasiado ruido alrededor. Lo que queda es más pequeño que lo que había al principio. También es más preciso. Y la precisión, en este tipo de procesos, vale más que el volumen.

Harriet propone que la tarde se dedique a algo específico: que cada jurado cuyo voto ha cambiado en los últimos dos días explique con detalle qué

elemento concreto produjo el cambio. No para reabrir el debate. Para que quede constancia clara de qué fue lo que movió cada posición. La propuesta tiene el rigor silencioso de quien entiende que un veredicto necesita ser sostenible no solo en el momento de producirse sino en el tiempo posterior.

El ejercicio toma una hora y produce algo inesperado: un mapa informal de los puntos de fractura de la acusación. No porque los jurados que cambiaron de postura hayan llegado a las mismas conclusiones, sino porque los elementos que los movieron convergen en los mismos tres o cuatro puntos. La Premisa 2. Los accesos previos. La distinción entre inferencias necesarias y plausibles. La manera en que Sorpasso presentó como hechos lo que eran suposiciones encadenadas.

—Eso es interesante —dice Raymond Alekine, cuando el ejercicio termina—. Todos los que cambiaron fueron movidos por los mismos elementos del análisis. Lo que sugiere que esos elementos tenían peso real desde el principio. Que no eran argumentos de la defensa que uno podía aceptar o rechazar según su postura. Eran inconsistencias en el caso de la acusación que el debate oral no había puesto en la forma correcta para que fueran visibles.

—Lo que sugiere —dice Donna— que si el juicio hubiera presentado la evidencia con ese nivel de descomposición, el jurado original podría haber llegado a esta misma claridad sin necesitar doce días ni una herramienta externa.

—Quizá —dice Spencer—. O quizá la complejidad técnica del caso hacía que esa descomposición fuera imposible de sostener en el debate oral. Los peritos hablan rápido. Los abogados construyen narrativa. Nadie detiene el juicio para separar premisas verificadas de supuestos plausibles en tiempo real.

—Por eso —digo— lo que SURA ha hecho no es reemplazar el juicio. Es completar algo que el juicio no pudo hacer por sus propias limitaciones de formato.

Hay un silencio de reconocimiento colectivo. No de acuerdo completo, porque Jonas sigue donde estaba y Donna también. Pero de comprensión compartida sobre qué fue lo que ocurrió en esa sala durante doce días y por qué tardó tanto en producir claridad.

—Tres dudas estructurales y una inferencial —dice Jonas, leyendo la pantalla—. Eso es lo que queda después de doce días.

—Eso es lo que queda con peso jurídico —corrige Donna—. No es poco. La Premisa 2 sin demostrar y los accesos previos sin analizar, juntos, constituyen una incertidumbre real sobre quién fue el autor. La presencia de Vanderbilt añade una irregularidad que nadie explicó. No tengo que probar que Wilson es inocente. Tengo que sostener que esas tres dudas son suficientes para que no pueda votar culpabilidad en buena conciencia.

—¿Y te lo parecen? —pregunta Spencer, con genuina curiosidad.

—Sí —dice Donna—. Me lo parecen. No porque quiera que Wilson sea inocente. Porque el expediente no cerró esas preguntas y el sistema no puede condenar a alguien mientras esas preguntas permanezcan abiertas sin respuesta.

—¿Y para ti, Jonas? ¿Esas tres dudas no te parecen suficientes para la absolución?

Jonas considera la pregunta durante un momento real. Es un momento que respeto: no está buscando la respuesta que suena bien. Está buscando la que es honesta.

—Me parecen significativas —dice—. Pero cuando las pongo en la balanza con el conjunto de la evidencia circunstancial —los registros, la secuencia, el conflicto, el patrón de accesos— sigo creyendo que el conjunto supera el estándar. No con la certeza que tenía hace diez días. Pero sí con la suficiente para votar culpabilidad.

—¿Puedo preguntarte algo? —digo, con la precaución de quien quiere clarificar, no presionar.

—Adelante.

—Cuando dices que el conjunto supera el estándar, ¿qué peso le estás dando a las inferencias plausibles dentro de ese conjunto? Porque si las inferencias plausibles pesan lo mismo que los hechos verificados, el conjunto parece más sólido de lo que es.

Jonas lo piensa sin prisa.

—Les doy menos peso que antes —admite—. Después del análisis de ayer. Pero no cero. Porque una inferencia plausible basada en evidencia real tiene algún peso, aunque no sea el mismo que un hecho verificado. Y la suma de varios elementos con peso menor sigue siendo una suma.

—Eso es razonable —dice Donna—. Matemáticamente. El problema es que en derecho penal la duda razonable no funciona por suma de probabilidades. Funciona por la solidez del eslabón más débil. Y el eslabón más débil aquí es la Premisa 2.

—Lo sé —dice Jonas—. Y aun así.

—Eso —dice Donna— es exactamente la diferencia entre nosotros. Y no creo que SURA pueda cerrarla.

—¿Puede? —pregunta Harriet, dirigiéndose a la pantalla.

No. El desacuerdo restante no es sobre la clasificación de los argumentos ni sobre la solidez de las premisas. Es sobre el umbral de certeza que cada jurado considera suficiente para votar culpabilidad dado el conjunto de la evidencia disponible. Ese umbral es una decisión de valor, no de análisis. No está dentro de mis funciones determinarlo.

El silencio que sigue tiene la textura específica de los finales honestos: no la satisfacción del problema resuelto sino el reconocimiento del problema delimitado. Saben ahora con exactitud dónde están. Saben qué los separa. Y

saben, también, que lo que los separa no puede ser resuelto por ningún análisis adicional.

Harriet propone la votación de cierre del día.

—Cinco por culpabilidad. Siete por absolución.

El número se mantiene adonde estaba al inicio de la mañana. No hay movimiento adicional. Pero lo que hay debajo del número es completamente diferente a cualquier votación anterior: doce personas que saben exactamente por qué votan lo que votan, qué dudas sostienen ese voto y qué tipo de dudas son. Sin ruido proyectivo. Sin inferencias disfrazadas de hechos. Sin el peso de la urgencia o del agotamiento distorsionando el razonamiento.

Es el primer resultado del día que parece, por primera vez en doce días, completamente honesto.

Salgo esa tarde con algo que no había sentido desde el primer día: la sensación de que el proceso ha llegado a su verdad disponible. No a la verdad del caso, que quizá no existe en ningún expediente ni en ninguna sala. Sino a la verdad de lo que doce personas pueden saber sobre ese caso con la información que tienen y las herramientas con que lo han examinado.

Es una verdad más pequeña y más honesta que la que cualquiera de nosotros traía el primer día. Y eso, descubro mientras bajo las escaleras del tribunal hacia la calle fría, es todo lo que un proceso justo puede prometer. No la certeza. La honestidad sobre lo que no es cierto.

CAPÍTULO 13

La casi unanimidad

Sala de deliberaciones, día doce — tarde y noche

Hay algo que los médicos aprendemos sobre los procesos que se acercan a su resolución: que el último tramo es, paradójicamente, el más difícil. No porque la situación sea más grave que antes. Sino porque la cercanía de la conclusión hace que cada decisión pese más de lo que pesaba cuando el final parecía lejano. En urgencias lo llaman presión del umbral: el momento justo antes de que algo se estabilice o se descompense definitivamente es cuando el equipo tiene más tensión, no menos, aunque haya más claridad sobre lo que está pasando.

Esa tarde la siento en la sala con una nitidez que no había tenido antes.

Harriet propone que el jurado dedique la tarde a una deliberación diferente a todas las anteriores: no sobre el caso, no sobre la evidencia, no sobre SURA. Una deliberación sobre la decisión en sí. Sobre lo que significa votar en un estado de información que ya es tan preciso como puede serlo sin nueva evidencia, y con un desacuerdo que SURA ha confirmado que es de valor y no de análisis.

—Quiero que cada uno —dice Harriet— diga en voz alta lo que llevaría consigo al salir de esta sala si votara en la dirección contraria a la que ha votado hoy.

No como argumento. Como declaración personal sobre el peso moral de esta decisión.

Donna la mira con una expresión que no es exactamente sorpresa.

—¿Eso no es volver al territorio proyectivo que SURA nos pidió separar del razonamiento?

—No —dice Harriet—. SURA nos pidió que no dejáramos que lo proyectivo distorsionara el análisis de la evidencia. No que lo eliminàramos de nuestra consciencia. Somos doce personas que van a tomar una decisión que afecta a otra persona real. No somos un algoritmo. El peso moral de esa decisión es parte de lo que somos como jurado, siempre que no lo confundamos con evidencia.

Es la intervención más filosófica que Harriet ha hecho en doce días, y la sala la recibe con el silencio de quien acaba de ver a alguien revelar una dimensión que no había mostrado antes. Harriet no es solo la presidenta eficiente. Es alguien que ha estado procesando todo esto en silencio y que ha elegido este momento, cuando el proceso está a un paso de su conclusión, para decir lo que piensa.

Es la propuesta más inusual que ha hecho en doce días. Y nadie la rechaza.

Spencer habla primero, y lo hace con la sobriedad de quien ha pensado en esto durante la noche.

—Si saliera de aquí habiendo votado culpabilidad y Wilson resultara inocente, me llevaría haber sido parte de una condena que descansó sobre inferencias que yo acepté sin suficiente rigor. Eso es algo con lo que creo que no podría vivir cómodamente. Es la razón por la que cambié de voto.

—¿Y si votas absolución y resulta culpable? —pregunta Jonas, sin tono acusatorio.

—Me llevaría haber sido fiel a lo que el proceso probatorio pudo demostrar. Y eso, aunque el resultado sea injusto en sentido moral, es lo que el sistema pide. Creo que podría vivir con eso de manera diferente. No sin peso. Pero diferente.

Jonas asiente, lentamente, como alguien que está pesando algo que lleva días midiendo.

—Yo tengo el problema inverso —dice—. Si salgo habiendo votado culpabilidad y la evidencia fue suficiente, no me llevaría nada especialmente difícil. Si salgo habiendo votado absolución y era culpable, me llevaría haber liberado a alguien que mató a una persona. Eso me pesa más que el primer escenario. Y sé que Donna diría que eso es exactamente el sesgo proyectivo que SURA identificó. Que el sistema eligió deliberadamente que el segundo error sea menos grave que el primero. Pero no puedo hacer que ese peso desaparezca porque el sistema lo diga.

—No tienes que hacerlo desaparecer —dice Donna, con una suavidad que no había tenido antes con Jonas—. Tienes que reconocerlo y decidir qué hacer con él. Que no es lo mismo.

—¿Y tú? —le pregunta Jonas.

Donna considera un momento antes de responder. Lo hace con los ojos en la pantalla apagada, como si buscara ahí una formulación que todavía no tiene del todo.

—Si salgo habiendo votado culpabilidad con las dudas estructurales que tengo activas, me llevaría haber traicionado el único principio que hace posible que el sistema funcione: que la duda razonable no es una barrera contra la justicia sino su condición de existencia. No porque Wilson me importe más que Vanderbilt. Sino porque el próximo jurado que use ese mismo principio para proteger a alguien que sí es inocente necesita que yo lo haya honrado hoy.

Hay un silencio que no es incómodo sino de peso compartido. Paula Méndez habla desde su extremo de la mesa, con la voz que siempre tiene cuando dice algo que ha calibrado durante mucho tiempo.

—Creo que todos en esta sala hemos llegado al mismo lugar por caminos distintos. No al mismo voto. Al mismo reconocimiento: que esta decisión tiene consecuencias reales para una persona real, y que esas consecuencias no desaparecen porque el proceso haya terminado. Eso no cambia lo que cada uno va a votar. Pero sí cambia cómo vamos a cargar ese voto después de salir de aquí.

Harriet propone la votación. Las papeletas circulan.

—Cuatro por culpabilidad. Ocho por absolución.

Un voto más se ha movido. Jonas mira el resultado con la expresión de quien ha contado mentalmente y entiende lo que significa.

—¿Quién cambió? —pregunta, no con acusación sino con curiosidad genuina.

Nadie responde de inmediato. Luego Marcus Webb levanta levemente la mano.

—Yo —dice—. Después de escuchar lo que dijeron Spencer y Donna. No sobre el caso. Sobre el peso de la decisión. Sigo creyendo que la evidencia apunta a Wilson. Pero también creo que apunta con una certeza que no es suficiente para ese peso. Y el peso lo puso la conversación de esta tarde, no el análisis de SURA.

—¿Puede el peso moral de la decisión ser un criterio legítimo para votar? —pregunta Raymond, dirigiéndose a la sala más que a nadie en particular.

—No en sentido técnico —digo—. Pero tampoco es posible que no lo sea en sentido humano. Lo que Marcus acaba de describir no es sesgo proyectivo en el sentido que SURA identificó. Es el reconocimiento de que el estándar de la duda razonable existe precisamente porque la condena tiene un peso que la absolución no tiene de la misma manera. Honrar ese peso no es emoción interfiriendo con la razón. Es la razón eligiendo qué tipo de error es menos irreparable.

Raymond, desde su extremo, hace una observación que nadie esperaba en ese momento pero que encaja perfectamente.

—Quiero señalar algo. Llevamos doce días y en las últimas cuatro horas hemos tenido la conversación más honesta del proceso. No sobre la evidencia. Sobre nosotros mismos. Sobre qué nos mueve a votar lo que votamos y qué queremos que nos mueva. Eso no es un desvío del proceso. Es lo que el proceso debería producir desde el principio.

—¿Por qué no lo produjo antes? —pregunta Valentina Cruz, con la curiosidad genuina de quien ha llegado tarde a una conversación que lleva tiempo ocurriendo.

—Porque antes no teníamos suficiente claridad sobre lo que sabíamos —digo—. Y sin esa claridad, la honestidad sobre lo que sentíamos sonaba a excusa, no a argumento. SURA no nos dio la honestidad. Nos dio la claridad que la honestidad necesita para ser útil.

Jonas escucha esto con una atención que no tiene nada de defensiva. Cuando habla, lo hace con la honestidad de quien ha llegado al borde de algo y lo está mirando directamente.

—Quiero decir algo que no he dicho todavía con esta claridad. Llevo doce días con miedo. No miedo de Wilson. Miedo de equivocarme. Y durante mucho tiempo ese miedo tomó la forma de urgencia por cerrar el proceso. Después tomó la forma de resistencia a mover mi postura. Y ahora, después de lo que acaba de decir Marcus, toma la forma de esto: ¿estoy votando culpabilidad porque la evidencia lo sostiene o porque cambiar de voto me parece demasiado parecido a haber desperdiciado doce días en una postura que resultó ser la equivocada?

El silencio que sigue es de los que no necesitan ser llenados.

—Esa pregunta —dice Donna, con la delicadeza de quien sabe que está tocando algo frágil— es la más honesta que has hecho en todo el proceso.

—¿Y la respuesta? —pregunta Spencer.

Jonas guarda silencio durante un momento largo. Luego mira la pantalla.

—¿Puede SURA decirme si el argumento que acabo de hacer —votar culpabilidad para no admitir que me equivoqué— tiene nombre en la literatura sobre sesgos cognitivos?

Sí. Se denomina sesgo de consistencia o de autovalidación: la tendencia a mantener una postura previa no porque la evidencia la sostenga sino para evitar el coste psicológico de reconocer que esa postura era errónea. Es una de las formas más comunes de interferencia proyectiva en procesos deliberativos prolongados.

Jonas lee la respuesta. La lee dos veces. Cuando levanta la vista, tiene la expresión de alguien que ha llegado al final de un camino largo y que sabe que lo que está al final es incómodo pero es lo correcto.

—Necesito tiempo —dice—. Hasta mañana.

—Lo tienes —dice Harriet.

Antes de que la sesión termine, pido la palabra una última vez.

—Quiero preguntarle algo a SURA. No sobre el caso ni sobre el proceso. Sobre lo que viene.

—Adelante —dice Harriet.

Me dirijo a la pantalla con la calma de quien ha estado formulando esta pregunta durante varios días.

—Si mañana el jurado alcanza una decisión, cualquiera que sea, ¿qué debería saber sobre las implicaciones de ese resultado dado el estado actual de la deliberación?

La pantalla permanece en silencio un momento más de lo habitual. Cuando responde, el texto es diferente a los análisis anteriores. Más directo. Más simple.

El estado actual de la deliberación muestra que el desacuerdo residual no es sobre los hechos ni sobre las inferencias sino sobre el umbral de certeza que cada jurado considera suficiente para votar culpabilidad. Ese umbral es legítimamente diferente entre personas razonables.

Si el jurado alcanza unanimidad mañana, ese resultado será el producto de doce personas que han examinado la misma evidencia con mayor rigor que el que habría sido posible sin este proceso. No será perfecto. Será más honesto que la mayoría de los veredictos producidos en condiciones de menor claridad sobre la naturaleza de las dudas presentes.

Si el jurado no alcanza unanimidad mañana, ese resultado también será legítimo. Indicará que la duda estructural identificada sobre la autoría es suficientemente sólida para al menos un jurado razonable como para impedir la condena. Eso no es un fracaso del proceso. Es el proceso funcionando como fue diseñado.

Mi función termina cuando el jurado haya alcanzado la máxima claridad posible sobre lo que sabe y lo que no sabe. Eso ya ha ocurrido. Lo que viene ahora es decisión humana.

Nadie habla durante un momento. Donna mira la pantalla con una expresión que no había tenido antes: algo entre el reconocimiento y algo que se parece a la gratitud, aunque en ella siempre será difícil distinguirla de la simple honestidad intelectual.

—Está bien dicho —dice finalmente.

La sesión termina con cuatro a ocho y una pregunta que Jonas se lleva a casa. No sobre Wilson. Sobre él mismo. Sobre si ha estado votando lo que cree o lo que le cuesta menos admitir.

Esa noche, por primera vez en doce, duermo sin soñar con la sala. Duermo con algo más parecido al silencio que precede a una decisión que ya está tomada pero que todavía no ha encontrado sus palabras.

CAPÍTULO 14

El límite de la orientación

Sala de deliberaciones, día trece — mañana

Jonas llega antes que nadie.

Lo encuentro cuando entro a la sala con mi café de siempre y el expediente que he llevado conmigo durante trece días sin abrirlo en los últimos cinco porque ya sé lo que contiene mejor de lo que sabré nunca. Jonas está sentado en su lugar habitual con las manos sobre la mesa y una expresión que no es la del hombre agotado que ha llegado aquí tantas mañanas. Es la expresión del hombre que ha dormido poco pero ha pensado mucho, y que ha llegado a la sala con algo que no tenía ayer.

—¿Cómo estás? —le pregunto, porque es la pregunta correcta y porque en este momento importa más que cualquier argumento.

—Decidido —dice. Y la manera en que lo dice, sin dramatismo, sin urgencia, con la calma específica de quien ha dejado de pelear consigo mismo, me dice que es verdad.

No pregunto más. Dejo el café sobre la mesa y espero a que lleguen los demás.

Cuando el jurado está completo, Harriet llama al orden y propone que antes de cualquier votación, SURA haga una evaluación final del estado de la deliberación. No como resumen. Como punto de partida para la última sesión.

La pantalla responde con una concisión que no había tenido antes. Como si el sistema también supiera que lo que sigue no necesita más análisis sino espacio.

EVALUACIÓN FINAL DEL ESTADO DE LA DELIBERACIÓN — Día trece:

Dudas estructurales activas: tres. Sin nueva información que las cierre.

Dudas inferenciales activas: una. Examinada con suficiente profundidad.

Dudas proyectivas activas: mínimas. La deliberación de la jornada anterior produjo el mayor nivel de depuración alcanzado en el proceso.

Estado del desacuerdo: el desacuerdo residual entre posiciones de culpabilidad y absolución es de naturaleza valorativa, no analítica. No puede ser reducido por análisis adicional.

Recomendación de proceso: el jurado ha alcanzado el nivel máximo de claridad posible con la información disponible. La decisión que sigue pertenece exclusivamente al juicio humano de cada jurado.

—¿Eso significa que SURA ha terminado su trabajo? —pregunta Valentina Cruz.

Sí. Puedo responder preguntas específicas si el jurado las tiene. Pero no tengo análisis adicionales que añadan claridad a lo que ya está establecido. Seguir procesando la misma información no producirá resultados diferentes.

Donna lee la respuesta dos veces. Cuando levanta la vista, hay algo en su expresión que no he visto en trece días: alivio. No el alivio de quien termina algo agotador. El alivio de quien ve que una herramienta sabe cuándo detenerse.

—Eso —dice— es lo más importante que ha dicho en cinco días.

—¿Por qué? —pregunta Jonas.

—Porque el mayor peligro de cualquier sistema de orientación es que no sepa cuándo terminar. Que siga produciendo análisis más allá del punto donde el análisis es útil, hasta que el volumen de información sustituya al juicio en lugar de apoyarlo. SURA acaba de reconocer ese límite. Y eso, para mí, es la validación más sólida de que fue diseñado con honestidad.

Spencer asiente con la economía de gestos que lo caracteriza.

—De acuerdo. Entonces lo que sigue es nuestro.

Harriet mira alrededor de la mesa.

—Propongo que cada quien tenga diez minutos de silencio antes de la votación. Sin argumentos. Sin análisis. Solo la decisión.

Nadie objeta. Los diez minutos de silencio son los más cargados del proceso. Doce personas en una sala donde durante trece días no ha habido silencio que no fuera estratégico, esperando la primera deliberación que no produce palabras sino votos.

Durante esos diez minutos, yo pienso en Luke Wilson. No en los registros de acceso ni en la Premisa 2 ni en los accesos previos al sistema. En la persona que ha estado esperando en algún lugar del edificio durante trece días mientras doce desconocidos decidían si era culpable de haber matado a alguien. No sé si lo es. Esa es la verdad más incómoda de todo el proceso: que puedo salir de esta sala habiendo votado lo que voy a votar y nunca saberlo. Nunca. No porque el proceso haya fallado. Sino porque la certeza que quisiera tener no existe en ningún expediente de este caso.

Pienso en la cara de Wilson durante el juicio. En esa expresión que describo al inicio de este relato como la de alguien que ha aprendido a no mostrar lo que siente porque sabe que cualquier cosa que muestre será interpretada. Ahora, desde aquí, después de trece días de examinar la estructura de lo que se dice sobre él, entiendo algo que no entendía entonces: esa expresión no me dice si es culpable. Me dice que es un ser humano que sabe que otras personas están decidiendo sobre su vida con información imperfecta. Eso es lo único que su cara me ha dicho con certeza.

Pienso también en Vanderbilt. En que hubo una persona real que murió en una subestación eléctrica en la madrugada de un día que para él empezó como cualquier otro. Que tenía decisiones propias, motivos propios, una presencia en ese lugar que nadie explicó completamente y que el sistema jurídico trató como periférica. Hay algo en ese detalle que me ha seguido durante trece días sin que pueda colocarlo en ninguna categoría limpia: ni prueba ni duda ni inferencia. Solo una pregunta que nadie hizo con suficiente fuerza.

Y pienso, finalmente, en los doce días anteriores y en lo que SURA hizo y no hizo. No decidió nada. No resolvió la ambigüedad del caso. No eliminó la duda que Donna sostiene con razones que son tan legítimas como las razones de Jonas para no compartirla. No me dio la certeza que habría querido tener. Lo que hizo fue más modesto y más valioso: nos mostró dónde estábamos

parados con suficiente precisión como para que la decisión final fuera realmente nuestra y no el producto del agotamiento, del miedo o de la urgencia de terminar.

Pienso en todas estas cosas durante diez minutos de silencio compartido con once personas que también están pensando en algo, cada una en lo suyo, y me pregunto si ese es el momento más cercano a la justicia que doce seres humanos pueden alcanzar: no el momento del veredicto sino el momento anterior, cuando cada uno lleva el peso de la decisión en silencio y sin posibilidad de descargarlo en nadie más.

Cuando Harriet llama el fin del silencio, la sala tiene una quietud diferente. No la quietud del estancamiento sino la de algo que ha llegado a su forma definitiva.

—Vamos a votar —dice Harriet—. Pero antes quiero hacer algo que no hemos hecho en trece días. Quiero que quien quiera decir algo antes de depositar su papeleta lo haga. No para persuadir. Para que quede constancia de dónde está cada uno en este momento.

Jonas habla primero, y lo hace con una voz que tiene la firmeza tranquila de quien ha llegado a algo después de un esfuerzo real.

—Llevo doce días con miedo de equivocarme. Anoche entendí que ese miedo no es duda razonable. Es solo miedo. Y que votar desde el miedo de equivocarme en lugar de desde lo que realmente creo sería la única forma de equivocarme con certeza. Voto absolución.

Hay un silencio breve. No de sorpresa —porque la dirección era previsible desde ayer— sino de reconocimiento. Jonas ha llegado a su conclusión por el camino más difícil: atravesando su propio miedo.

Spencer habla después, con la concisión de siempre.

—Voto absolución. Las inferencias plausibles de la acusación no alcanzan el estándar que una condena requiere. No con las dudas estructurales que quedan activas.

Donna habla la última de los cuatro. No porque le cueste. Sino porque parece querer que sus palabras lleguen cuando todo lo demás ya ha sido dicho.

—He sostenido la misma duda durante trece días. No porque sea obstinada. Porque es real. La Premisa 2 no fue probada. Los accesos previos no fueron analizados con la pregunta correcta. La presencia de Vanderbilt no fue explicada. Esas tres preguntas abiertas son, en este caso, suficientes para que yo no pueda votar culpabilidad. Voto absolución.

Harriet distribuye las papeletas. Las recoge. Las cuenta.

Cuando termina, mira la mesa durante un segundo antes de hablar. No un segundo de duda. Un segundo de reconocimiento.

—Once por absolución. Uno por culpabilidad.

El resultado cae sobre la sala con el peso específico de las cosas que ya no pueden deshacerse. Once a uno. No la unanimidad que el sistema requiere.

Pero un número que es, en sí mismo, una historia: la historia de once personas que llegaron a la misma conclusión por caminos distintos, y de una que sostiene la suya por razones que doce días de análisis no han invalidado.

El voto de culpabilidad es de Jonas Mann. No del Jonas del primer día, que quería terminar. Del Jonas del día trece, que ha examinado honestamente su propio razonamiento y ha encontrado que su postura, depurada de miedo y de urgencia, todavía tiene bases que puede defender.

—¿Quiere decir algo? —le pregunta Harriet, con la misma suavidad con que ha conducido todo el proceso.

Jonas asiente.

—He cambiado de conclusión sobre muchas cosas en estos días. Pero no sobre esta. Cuando saco el miedo de la ecuación, cuando saco la urgencia, cuando saco todo lo que SURA me ayudó a ver que no era razonamiento sino ruido, lo que queda en mí sigue apuntando en la misma dirección. El conjunto de la evidencia, incluso imperfecto, incluso con inferencias plausibles en lugar de necesarias, me parece suficiente. No voy a cambiar ese voto por coherencia social ni por agotamiento. Lo sostengo porque creo que es honesto.

El silencio que sigue es de respeto. No de acuerdo. De respeto ante alguien que ha llegado al final de un proceso de trece días y ha elegido, con plena consciencia, la postura más incómoda posible en ese momento.

Harriet lleva el resultado al guardia. El proceso legal que sigue no incumbe a la sala de deliberaciones.

Lo que queda ahí, cuando el guardia cierra la puerta, es el silencio de algo que ha terminado sin haber terminado del todo. Once a uno no es unanimidad. Y lo que ese uno representa —una duda diferente, sostenida honestamente, que el proceso no pudo eliminar— es parte del resultado tanto como los once votos que lo rodean.

SURA permanece en la pantalla con su fondo gris y su tipografía sin ornamento. No hay mensaje nuevo. No hay evaluación final. Solo el fondo gris de algo que cumplió su función y espera, sin urgencia ni impaciencia, a que alguien lo apague.

Soy yo quien lo apaga. Harriet me lo pide con un gesto cuando la sala empieza a vaciarse y yo camino hasta la pantalla y pulso el botón de apagado con la misma calma con que apago el monitor de un paciente al final de un turno largo. La pantalla vuelve a ser el rectángulo oscuro que era cuando llegué por primera vez hace trece días. El rectángulo que Jonas miró una tarde preguntándose para qué servía.

Ahora lo sé. Y la respuesta es más pequeña y más importante de lo que cualquiera habría dicho el primer día: sirve para ayudar a doce personas a ver mejor lo que ya tienen. Nada más. Nada menos. Y eso, en el territorio donde la justicia se produce, es suficiente para que valga la pena haberlo intentado.

CAPÍTULO 15

El veredicto

Corte del Tribunal Federal del Distrito, día trece — tarde

El juez Steinberg recibe el informe de once a uno con la expresión de quien ha visto muchas cosas en una sala de tribunal y sabe que casi ninguna de ellas tiene la forma que debería. Once a uno no es unanimidad. Y en el sistema que rige ese tribunal, once a uno es un jurado incapaz de alcanzar veredicto.

Lo que ocurre después es procedimental y tiene la velocidad eficiente de los protocolos que existen precisamente porque son necesarios. Steinberg convoca a los abogados. Martha Jackson llega primero, con la compostura de quien ha estado esperando más de dos semanas en una postura de contención sostenida. Matthias Sorpasso llega dos minutos después, con la expresión de quien ha visto el resultado antes de entrar a la sala y está procesando sus implicaciones.

El juez habla con la brevedad de quien no necesita el drama de las palabras cuando los hechos ya son suficientemente pesados.

—El jurado no ha alcanzado unanimidad. Once votos por absolución, uno por culpabilidad. Conforme al procedimiento aplicable, declaro el juicio sin veredicto. El acusado queda en libertad mientras el ministerio público decide si inicia un nuevo proceso.

Luke Wilson, que ha estado sentado en la sala de audiencias con la misma expresión contenida que lo acompañó durante todo el juicio, escucha el resultado sin gestos visibles. No se le va el color. No llora. No cierra los ojos. Mira al frente durante un momento largo, como si estuviera verificando que lo que acaba de escuchar es real y no una variante de los trece días de espera que ha vivido imaginando distintos finales.

Luego mira a Martha Jackson. Y en esa mirada hay algo que yo, desde la galería donde el jurado observa la lectura del resultado, no puedo descifrar completamente. No es alivio puro. Es algo más complejo que el alivio. Es la expresión de alguien que ha sido liberado de una acusación pero no de la ambigüedad que la rodeaba, y que sabe que esas dos cosas no son lo mismo.

Martha Jackson le apoya una mano brevemente en el hombro. Solo un segundo. Lo suficiente para que signifique algo sin convertirse en un espectáculo.

Sorpasso recoge sus papeles con movimientos precisos y eficientes. No mira al jurado. No mira a Wilson. Mira sus papeles y luego mira a Steinberg, con la expresión de quien está calculando el siguiente movimiento en un proceso que para él no ha terminado.

Steinberg, en cambio, sí nos mira. A nosotros, al jurado. Durante un segundo breve pero deliberado, antes de levantarse del estrado, nos mira de manera colectiva con una expresión que no contiene ninguno de los juicios que yo habría esperado —ni decepción por el juicio nulo, ni satisfacción por el proceso, ni nada legible en la escala habitual de las emociones de sala de tribunal. Lo que contiene, si tengo que nombrarlo, es algo más parecido al reconocimiento.

El reconocimiento de alguien que tomó una decisión difícil y está viendo su resultado sin saber todavía si fue la correcta.

Eso, me digo mientras él se levanta y abandona el estrado, es lo más honesto que puede mostrar alguien en su posición. No la certeza de haber hecho lo correcto. El reconocimiento de no saberlo todavía.

Harriet, a mi lado en la galería, observa todo esto con la compostura que la ha definido durante trece días. Cuando Wilson se levanta y es conducido fuera de la sala por su equipo legal, Harriet exhala despacio.

—¿Cómo te sientes? —le pregunto.

—Como alguien que hizo lo que pudo con lo que tenía —dice—. Que es lo único que cualquiera puede hacer.

Es la respuesta más precisa que alguien ha dado en trece días.

Salimos en grupo, los doce jurados juntos por última vez, por la puerta lateral del tribunal que el guardia nos indica. La tarde ha enfriado. El cielo sobre el edificio tiene ese gris específico de los días que no decidieron ser ni nublados ni despejados y terminaron siendo las dos cosas a medias. Jonas camina junto a mí durante un tramo sin decir nada. Cuando habla, lo hace mirando al frente.

—¿Crees que tomamos la decisión correcta?

—Creo que tomamos la decisión más honesta posible —digo—. No sé si es lo mismo.

—¿Hay diferencia?

Lo pienso durante un momento.

—En medicina habría diferencia. Una decisión clínica puede ser honesta —basada en la mejor evidencia disponible, tomada con el mayor rigor posible— y aun así ser equivocada porque la evidencia era incompleta o porque el caso era atípico. La honestidad del proceso no garantiza la corrección del resultado. Garantiza que el resultado es el mejor que ese proceso podía producir.

—¿Y eso es suficiente?

—Para vivir con él, sí —digo—. Para saber si fue correcto, no. Eso es algo que quizá no sabremos nunca.

Jonas asiente y no dice más. Nos separamos en la esquina con el gesto breve de dos personas que han compartido algo importante y que entienden que lo que compartieron no crea ninguna obligación de continuidad.

Paula Méndez pasa a mi lado en el pasillo con una sonrisa que no es de alegría sino de algo más difícil de nombrar. La expresión de alguien que ha hecho un trabajo difícil y que sabe que lo hizo tan bien como pudo.

—¿Volverás a urgencias mañana? —me pregunta.

—Mañana —digo.

—¿Y esto cambia algo en cómo trabajas?

Lo pienso de verdad antes de responder.

—Creo que seré más precisa al distinguir lo que sé de lo que infiero. Y más honesta sobre cuándo la incertidumbre es estructural y cuándo es mía.

Paula asiente.

—Eso ya vale el mes —dice, y continúa caminando.

Spencer se despide de Donna en la puerta del tribunal con un apretón de mano que dura un segundo más de lo estrictamente protocolar. Donna lo mira a los ojos durante ese segundo con algo que yo interpreto como reconocimiento mutuo: dos personas que han pasado trece días en posiciones opuestas y que han llegado al final sabiendo que el otro estaba siendo honesto. Eso no es poco.

Donna se despide de mí con una brevedad que es su manera natural, sin ornamento.

—Fue útil —dice, sobre SURA.

—Sí —digo.

—Sigo creyendo que debería haber sido posible sin él.

—Yo también. Pero no lo fue.

—No —admite—. No lo fue.

Se marcha. Y en esa admisión de dos palabras hay todo el arco de un personaje que ha sido el más honesto y el más difícil de todo el proceso: alguien que nunca cedió lo que no debía ceder, que nunca aceptó lo que no podía aceptar, y que al final reconoce, sin que le cueste menos por reconocerlo, que algo que no quería necesitar resultó ser necesario.

Raymond Alekine sale solo, con la misma compostura con que llegó el primer día. Pero cuando pasa junto a mí me dice algo en voz baja que no esperaba.

—Lo que SURA mostró sobre los accesos previos. Eso debería haberse preguntado durante el juicio. No en la sala de deliberaciones.

—Sí —digo.

—Eso dice algo sobre el formato del juicio. No sobre el veredicto.

—Sí —repito—. Dice que hay preguntas que el formato actual no está diseñado para hacer, y que a veces la diferencia entre la justicia y su ausencia está en las preguntas que nadie formuló.

Raymond asiente. Continúa caminando. Yo me quedo un momento en la puerta del tribunal mirando la calle antes de bajar los escalones.

Me quedo un momento sola en los escalones del tribunal antes de bajar a la calle. El edificio tiene detrás de mí la solidez silenciosa de las instituciones que existen desde antes de que cualquiera de sus ocupantes naciera y que seguirán existiendo después. Eso que antes me parecía simplemente arquitectura hoy me parece otra cosa: la manifestación física de que las sociedades han decidido, durante siglos, que necesitan lugares donde las disputas entre personas se resuelvan de alguna manera que no sea la fuerza. Que necesitan procesos. Que necesitan jurados.

Que quizá, llegado el momento, necesiten herramientas que los ayuden a deliberar mejor.

Pienso en lo que va a pasar ahora con Wilson. Con Sorpasso. Con el caso. Pienso en si alguien va a analizar lo que ocurrió en esa sala de deliberaciones con el rigor que merece, si alguien va a preguntar qué produjo SURA que la deliberación sola no habría producido y si ese algo justifica el riesgo que Donna señaló desde el principio. Pienso en si el siguiente jurado que use una herramienta así va a tener el mismo Donna, alguien que mantenga la presión sobre sus límites, o si la herramienta irá creciendo en autoridad y encogiendo en escrutinio hasta convertirse en lo que ningún sistema debería ser: una decisión disfrazada de orientación.

No tengo respuestas para ninguna de esas preguntas. Pero las tengo, y eso ya es diferente a cuando llegué aquí hace trece días sin saber siquiera que eran las preguntas correctas.

Trece días. Once votos. Una duda que el proceso no pudo cerrar. Un hombre libre que puede o no serlo en el sentido que la justicia necesitaría. Un sistema que produjo el resultado que su diseño permite producir cuando funciona bien. Y una herramienta que iluminó lo que había sin decidir nada.

No sé si Luke Wilson mató a Sterling Vanderbilt. Y eso, después de trece días de deliberación con las mejores herramientas disponibles, sigue siendo verdad. Lo que sé es que el jurado que produjo ese resultado once a uno no llegó ahí por agotamiento ni por presión ni por la urgencia de Jonas de terminar ni por la rigidez inicial de Spencer ni por el escepticismo de Donna. Llegó ahí porque once personas examinaron honestamente lo que sabían y lo que no sabían, y tomaron la única decisión que podían tomar desde ese lugar: la de no condenar cuando la duda estructural sobre la autoría permanece abierta.

Es un resultado que el sistema llama juicio nulo. Yo lo llamo otra cosa.

Lo llamo el primer veredicto en la historia de ese tribunal que puede decir, con alguna certeza, cómo fue producido.

Y eso, aunque no sea lo que la justicia pide en sentido absoluto, es más de lo que la mayoría de los veredictos pueden decir sobre sí mismos.

Bajo los escalones. La calle está fría y está llena de personas que no saben nada de Luke Wilson ni de Sterling Vanderbilt ni de SURA ni de trece días en una sala donde doce desconocidos intentaron hacer algo difícil de la manera más honesta que pudieron. Eso me parece, de repente, lo más reconfortante del mundo: que el mundo sigue siendo el mundo, ajeno a todo esto, y que eso no es indiferencia sino la escala correcta de las cosas.

El caso Wilson importa enormemente a las personas que están dentro de él. Al sistema que tendrá que decidir qué hacer a continuación. A los estudiosos del derecho que seguirán debatiéndolo. Y a mí, que me lo llevaré como uno de esos casos que no resuelves sino que cargas, como ciertos pacientes que no salvan pero que te enseñan algo sobre la medicina que ningún libro podría.

Pero el mundo sigue. Y eso está bien.

Mañana vuelvo a urgencias.

EPÍLOGO

El precedente silencioso

Seis meses después

La llamada de Donna Lasalle me sorprende un martes por la mañana, entre dos guardias y un informe clínico que lleva tres días esperando que le encuentre el final correcto. Su nombre aparece en la pantalla del teléfono con la misma sobriedad con que ella aparecía en la sala de deliberaciones: sin anuncio previo, sin preparación posible.

—¿Cómo estás? —pregunta, cuando descuelgo.

—Bien. Ocupada. ¿Tú?

—Escribiendo —dice—. Un artículo sobre el caso Wilson. Para una revista de filosofía del derecho. Quería hablar contigo antes de publicarlo.

—¿Qué quieres saber?

—Quiero saber si sigues creyendo que SURA fue necesario. No útil. Necesario.

Lo pienso durante un momento real, porque Donna hace preguntas que merecen ese tratamiento.

—Creo que fue necesario en el sentido en que es necesario cualquier instrumento que permite hacer algo que sin él no habría podido hacerse. No en el sentido de que no había otra manera posible de deliberar. En el sentido de que la manera en que deliberamos sin él no estaba produciendo lo que necesitábamos.

—¿Y eso te parece suficiente justificación para introducirlo en un proceso judicial?

—No por sí solo —digo—. Pero combinado con el nivel de escrutinio que tú misma le aplicaste durante cinco días, sí.

Hay una pausa.

—Eso es lo que quería que dijeras —dice Donna—. Que la herramienta no es suficiente sin el escrutinio. Que el escrutinio no es accesorio. Es la condición de posibilidad del uso legítimo.

—¿Lo pondrás así en el artículo?

—Así exactamente —dice—. Y citaré el caso. Con tu permiso.

—Lo tienes.

Cuelga sin más preámbulo, como siempre. Y yo me quedo con el teléfono en la mano pensando que Donna Lasalle es, probablemente, la persona más importante que estuvo en esa sala. No porque tuviera razón en todo. Sino porque se aseguró de que nadie dejara de preguntarse si la tenía.

Spencer Truman me escribe un correo tres semanas después del caso. Sin asunto. Solo texto.

Cavallo. He estado pensando en lo que dijo SURA sobre las inferencias necesarias versus las plausibles. En mi trabajo anterior, cuando redactaba informes de inteligencia, esa distinción existía pero nadie la formalizaba de esa manera. Me pregunto cuántas decisiones tomé entonces basadas en inferencias plausibles que traté como necesarias. No lo sé. Probablemente no lo sabré nunca. Pero ahora lo pregunto. Saludos, S. Truman.

Le respondo con una sola línea: *Hacer la pregunta ya es diferente a no hacerla.*

No vuelve a escribir. No lo necesita.

Jonas Mann me llama una noche, más tarde de lo que llamaría alguien que tuviera plena seguridad sobre si es bienvenido.

—¿Te molesta que llame? —pregunta, antes de nada.

—No —digo—. ¿Qué pasa?

—Nada urgente. Es que… leí que el ministerio público decidió no abrir un nuevo proceso contra Wilson. Que el caso quedó cerrado.

—Lo leí también.

—¿Cómo te sientes con eso?

Lo pienso de verdad.

—Como alguien que hizo lo que pudo con lo que tenía —digo, usando sin quererlo las palabras de Harriet—. No sé si Wilson es culpable. Nunca lo sabré. Pero el proceso que produjimos fue el más honesto que pudimos producir. Eso es lo que puedo decir.

—Yo sigo creyendo que era culpable —dice Jonas. Sin urgencia. Sin necesidad de que yo le dé la razón.

—Lo sé.

—¿Eso te parece un problema?

—No —digo—. Me parece que eres el jurado que el sistema necesita que exista. El que llega al final de un proceso honesto y sigue sosteniendo su postura porque cree que es lo correcto, no porque le cueste cambiarla.

Hay un silencio.

—Eso es lo más amable que alguien me ha dicho sobre ese voto —dice Jonas.

—No era amabilidad. Era descripción.

Se ríe. Es la primera vez que lo escucho reírse sin el componente de alivio o de nerviosismo que tenía en la sala. Es una risa tranquila. La risa de alguien que llegó a un lugar difícil por el camino correcto y que puede vivir con eso.

Escribo esto sentada en el mismo escritorio donde escribo los informes clínicos. No como médica. Como testigo de algo que no sé todavía si fue el inicio de algo o el experimento aislado que quedó documentado en un archivo de tribunal sin repetirse.

Las reacciones al caso se distribuyeron en tres corrientes que seis meses después no han convergido. La primera abraza lo que SURA produjo como

demostración de que la inteligencia artificial puede mejorar la calidad del razonamiento colectivo sin usurpar la función decisoria humana. La segunda —la corriente de Donna, aunque Donna no encabeza corrientes— sostiene que cualquier sistema que clasifica tipos de razonamiento ejerce una influencia que no puede separarse completamente de la decisión que orienta. La tercera es la más incómoda de nombrar porque no tiene representantes que la sostengan en voz alta: es la corriente del uso sin escrutinio, la que tiende a producirse cuando una herramienta demuestra utilidad y el entusiasmo por sus resultados supera la paciencia para sus límites.

Es la corriente más peligrosa. Y la más probable.

Escribo esto también para esa corriente. Para quien la lea y entienda que el valor de lo que ocurrió en el caso Wilson no está en SURA sino en la manera en que el jurado lo usó: con consciencia de sus límites, con disposición a cuestionarlo, con la presencia de alguien que mantuvo la presión sobre sus bordes durante todo el proceso. Sin eso, SURA habría sido una herramienta diferente. Con eso, fue lo que debía ser.

El precedente que dejó el caso Wilson no es tecnológico. No es jurídico en el sentido tradicional. Es epistémico: por primera vez en la historia de ese tribunal, un jurado salió de la sala sabiendo no solo qué había decidido, sino por qué lo había decidido y qué tipo de incertidumbre había aceptado al hacerlo.

Eso no es justicia perfecta.

Pero es justicia más consciente de sí misma.

Y quizá eso sea lo más cercano a la justicia que los seres humanos podemos alcanzar: no la certeza que el resultado exigiría, sino la honestidad sobre lo que no es cierto.

Cierro el documento. Me quedan cuatro horas para la guardia.

La justicia, como la medicina, no termina. Se renueva. Y eso, aunque a veces sea agotador, es lo único que significa que sigue siendo necesaria.

— Fin